

## En Casa de Pero-Nernandez.

### LEYENDA ESPAÑOLA.

#### CONCLUSION DEL CAPITULO X.

—¿Y qué importa esa circunstancia? Lo que yo necesito es tres testigos (esto me lo dijo en voz baja, hablandome casi al oído); y ya sabéis que la legislación no ha soñado hasta ahora en decir que un arriero no lo pueda ser. Ahora bien, el negocio es muy sencillo; mas cuidado, señor alférez, que dispuesto como estoy á ser generoso con los que me sean leales, lo estoy mas todavía á castigar á los que falten á mi confianza.

La conversacion iba tomando un giro bastante serio; pero mi curiosidad por saber pormenores terribles sin duda, pero que decian relacion á mi amada, me hicieron cerrar los ojos á todo.

El conde prosiguió:

—Ya os he dicho que mi hermana pereció desgraciadamente; mas la desaparicion de su cadaver unida á un vago rumor cuya procedencia no sé, ha dado estos dias lugar á ciertas dudas infundadas sobre la realidad de su muerte, y necesito desvanecerlo. Ya os lo he dicho, señor alférez, y vos me habeis hecho justicia: si mi hermana resucitara, mi mayor placer seria restituírle el condado: pero una cosa es que mis sentimientos sean en este punto tan leales como vos mismo habeis reconocido, y otra que yo tenga algun oculto enemigo (y digo oculto, porque ostensiblemente ¿quién se atreveria á mostrarse tal?), que envidioso de mi privanza y del favor que me dispensa el rey, pretenda poner en duda el desgraciado fin de Leonor, y los titulos consiguientes con que yo poseo su herencia. Así, pues, lo que necesito es que vos que os hallásteis en el pueblo el dia de la batalla, depongais en union con ese matrimonio, á quien prevenireis y hablareis sin que yo suene en esto para nada, que en efecto os consta la muerte de esa desgraciada muger, como que fué enterrada por vos y por vuestros compañeros en uno de los sitios que ahora ocupa el cauce del rio, el cual, sino estoy engañado, ha mudado hace años de curso. ¿Habeis comprendido ya ahora?

Al oír esta proposicion, quedéme sin saber lo que me pasaba.

—Pregunto si me habeis entendido, me dijo el conde con severidad, viendo que yo no le contestaba.

—Señor, le respondi, es tan extraño lo que me acabais de decir...

—¿Y bien!

—Perdonad, señor conde; pero asegurar yo una cosa que puede tener consecuencias...

—¿Y qué! ¿Creéis que no las tendrá negaros á prestarme ese obsequio?

La terrible mirada con que el conde pronunció estas palabras, me hizo ver que mi situacion era mas critica de lo que yo creia. Así, no me atrevi á exasperarle, y me contenté con decir:

NUEVA EPOCA.—TOMO II.

—Señor conde, el negocio es muy grave, y vos equivocais mis reparos con una negativa á servirlos.

—No hay reparo ninguno que hacer, ni vos corréis en esto riesgo alguno.

—Pero puede correrlo la verdad. Vuestra hermana puede vivir.

—Si viviera, hubiera vuelto á mi lado, y ademas yo os aseguro que ha muerto.

—Pero desapareció su cadáver, y yo no puedo decir: *en tal sitio fué sepultado*, porque si se tratara, v. gr., de averiguar lo que puede haber acerca del particular...

—No puede haber averiguacion posible, porque el sitio en que habeis de decir que la enterrasteis, lo ocupa ahora el rio.

—Pero aun cuando yo diga lo que me habeis indicado, no estoy seguro de que el arriero y su muger quieran deponer como que yo.

—Entonces depondrán vuestros padres. De ellos bien lo podreis conseguir, aun cuando solo sea por la cuenta que les trae no tenerme enojado con vos.

—¡Ah no, de ninguna manera! Si alguno se ha de comprometer, que no sean mis padres al menos; pero un último reparo, señor conde. ¿Cómo he de poder asegurar yo que la enterrada era hermana vuestra, si no la he conocido jamás?

—Os enseñaré su retrato, y hasta el traje con que iba vestida el dia de su catastrofe. Miradlo; ahí lo teneis.

El conde abrió la puerta de un gabinete, y me enseñó el retrato de Catalina, vestida con el mismo traje blanco que llevaba la dama del corral. No habia ya la menor duda: Catalina era la hermana del conde, y este segun todas las muestras era el autor de Dios sabe que crimenes.

Al ver yo delante de mí aquella melancólica imagen, mirándome con la misma tristeza con que contestó hacia doce años á mi ardiente declaracion, y al verme interpuesto entre ella y su presunto asesino, no pude menos de estremecerme, esponiendome á que el conde lo notase; pero este, á quien sin duda hacia mal la vista de aquel retrato, se habia vuelto de espaldas, y no pudo advertir mi turbacion.

—¿Hay algun otro reparo que hacer? me preguntó con voz menos entera que antes, despues de unos instantes de silencio.

—Ninguno, señor, le contesté, haciendo un esfuerzo sobre mi mismo, y obedeciendo maquinalmente á una especie de voz secreta que me decia: *declara y disimula*. ¿Ante quién hemos de prestar esa declaracion?

—Ante el alcalde mayor de Toledo.

—Entonces, si no hay otro remedio, se hará como vos decís.

Dicho esto, me despedí; y al dia siguiente quedé hecha la declaracion en los términos que el conde queria, habiendome costado no poco esfuerzo conseguir que la hiciesen conmigo el pobre arriero y su muger, ó sea el tío Ramon y la tía Teresa.

—¿Cómo! dijo el escudero: ¿con qué el tío Ramon y la tía Teresa fueron vuestros co-declarantes? Entonces, ya no es extraño que esta noche les hayan sucedido los percances que tanto les han hecho rabiar. ¡Declarar en falso! ¡Oh! eso es grave, y si con efecto es verdad que esa pobre Catalina ó Leonor ha au-



dado esta noche, como decís, en la danza de los ensabanados, lo único que debo admirar es lo suave de su venganza, especialmente respecto á vos, que sois el mas culpable de los tres. ¿Mas qué diantres tiene Gavilan que no hace sino ahullar y mas ahullar cada vez que se nombra á Catalina?

—Es cosa extraordinaria, dijo el alférez, y no sé que pueda haber de comun entre esa desgraciada y el perro.

—Seguid, amo mio, seguid. Vuestro cuento es mas interesante de lo que yo habia creído.

## CAPITULO XI.

**En que el oficial continúa la relacion consabida.**

—Prestada la declaracion, prosiguió el alférez, entregóme el conde de Irache una muy regular cantidad de dinero, encargándome la diése en recompensa al tio Ramon y á su muger, como lo hice efectivamente. Esto les vino muy bien á los dos, puesto que compraron con ella la hacienda que tienen ahora, dejando el tio Ramon desde entonces su antiguo oficio de arriero. No dejó de llamar la atencion de las gentes del pueblo tan repentina metamorfosis; pero ellos se gobernaron de tal modo, é inventaron tales mentiras respecto á la adquisicion del dinero, que al poco tiempo se dejó de hablar, y á nadie se le ocurrió desde entonces ocuparse mas de este asunto, al menos ostensiblemente. Tranquilos ambos con esto, no pensaban sino en aumentar los frutos del capital adquirido, mientras yo, que nada habia querido recibir del conde en premio del servicio prestado, estaba cada vez mas suspenso, meditando en la indole del acto en que me via comprometido. Por lo que toca al conde, declaróle el juez investido en la posesion de todos los bienes que habian pertenecido á su hermana, confirmandole el rey el título que hasta entonces tenia como prestado, y creciendo con esto su poder de una manera maravillosa. Sus deferencias conmigo comenaron entretanto á enfriarse, notando yo que le incomodaba mi presencia cuando iba á verle, ó que al menos no le era tan grata como antes. Yo experimentaba interiormente la misma repugnante sensacion; pero el deseo de indagar algo mas relativamente á Catalina, y la esperanza de que llegase un dia en que el conde se espontanease conmigo, ó soltase alguna expresion que pudiera aclarar mis sospechas acerca de mi amada, me hicieron superior á mi mismo, y continué mis visitas, si bien con no tanta frecuencia. De nada me sirvió este espediente, porque el conde no hablaba nada relativamente al asunto, haciendo girar la conversacion sobre otros indiferentes, y siempre con marcada frialdad. Viendo yo esto, quise un dia probar si le obligaba á romper su obstinado silencio, y le menté la declaracion que me habia hecho prestar. Su contestacion fué mirarme con un gesto de displicencia, y volverme bruscamente la espalda, dejándome con la palabra en los labios. Entonces conocí que era inútil empeñarme en saber su secreto, y que habia peligro tal vez en reproducir la especie: con esto decidíme á callar, y notando que mis visitas producian cada vez peor efecto, desistí poco

á poco de hacérselas, absteniéndome al fin de verle de una manera definitiva.

Así estuve largo espacio de tiempo, y así resolví proseguir por mi propia seguridad, cuando un dia, trascurridos seis meses de prudente retraimiento, recibí un aviso del conde á la hora del anochecer. Su llamada me hizo temblar, no pudiendo yo figurarme que pudiera ser cosa buena el objeto que la motivaba.

—Estais comprometido, me dijo, no bien me presenté en su gabinete y estuvimos solos los dos. Leonor, cuya muerte habeis declarado...

—¿Qué?

—Leonor... vive.

—¡Vive! ¿Qué decís?

—Y estais comprometido, repito, porque vuestro juramento fué en falso, y ya sabeis como se castigan semejantes declaraciones.

—Pero ya sabeis, señor conde, que vos me obligasteis á...

—¿Yo? Y bien! Cuando eso fuese cierto, os seria no solo difícil, sino muy peligroso probarlo, porque en primer lugar nadie sabe lo que ha pasado entre nosotros, ni vos podeis convencer á nadie de que yo os he obligado á mentir; y en segundo lugar, ya conoceis que solo referiros á mi en asunto tan delicado, seria autorizarme á pedir que en vez de cortaros el cuello, como el juez dirá que se haga, os quemen vivo con el arriero y con su habladora muger, como sin duda se ejecutará no bien yo despliegue mis labios.

—¿Pero dónde está Leonor? ¿Cómo habeis sabido que vive? ¿Quién os ha dado esa noticia? Mi vida me es indiferente, señor, con tal... con tal que vos tengais la satisfaccion de abrazar á esa hermana querida.

—Ah! ¿Con qué os alegrais por lo visto de que yo recobre á mi hermana? Veo que sois tan torpe como siempre, y que será preciso hablar claro.

—¡Dios mio! dije yo para mí: ¿qué me va á decir este hombre?

—La virtud y el delito, prosiguió el conde con voz sombría, distan tanto entre si como el cielo de la mansion de los condenados, y sin embargo tienen de comun la cualidad de unir á los hombres con vínculos indisolubles. Vos estais unido á mi causa sin poder separaros de ella. Vuestra declaracion es un crimen que es parte integrante de otro. Sois mi cómplice, señor oficial. Tomad asiento, y oid.

Yo no sabia lo que me pasaba. El conde se sentó en su sillón, acercando para mi otro, en el cual me dejó caer maquinalmente. Puestos en contacto los dos, porque el conde segun su costumbre me tomó las manos cuando iba á proseguir su relacion, me creí tan malvado como él. Una diferencia no obstante habia entre sus manos y las mías. Las suyas ardian de fiebre; las mías estaban heladas.

El conde prosiguió:

—Amigo mio...

Esta palabra *amigo* me hizo mal; pero dejé que continuase.

—Amigo mio, entre las ideas que ocurren á los mortales, hay unas cuantas que las inspira Dios: las demas las inspira el demonio. La que tuvo mi abuela al fundar el condado de Irache, no la inspiró la Di-



vinidad. ¿Cómo se figuró esa señora que hubiera siempre entre sus descendientes quien se acomodase con paciencia á las condiciones de sucesion que en mal hora le ocurrió establecer? A la segunda generacion vinimos al mundo dos seres, y esos fuimos mi hermana y yo. ¿Lo determinó el cielo así? No, porque á ser el cielo el autor de la aparicion de Leonor, no me hubiera creado á mí. El que me evocó de la nada fué el mismo sér que inspiró á mi abuela. Yo vine al mundo con una mision terrible, y esa mision... la cumplí ya en parte.

Al decir estas palabras, dejó el conde caer la cabeza sobre uno de los brazos del sillón, tapándose la cara con las manos.

—Segun eso, le dije yo, mirándole con ojos desencajados, ¿sois vos el asesino de vuestra hermana?

—Yo no queria atentar á su vida, contestó el conde con abatido acento. Lo único que deseaba era que se retirase á un convento, y que me abandonase el condado.

—Ah, ya! le repliqué. Queriais matarla de otra manera, y ella sin duda se resistió, y por eso...

—Os equivocais. Leonor conocia mi carácter, y sabia los resultados que podria producir su resistencia. Catalina entró en el convento.

—¿Entró? Pues entonces...

—Entró; pero sin renunciar al condado hasta que tomase el velo definitivamente. Esta dilacion me alarmó; pero tuve paciencia año y medio. Trascurrido ese plazo, lo único que conseguí fué que me nombrase administrador de sus bienes, pero sin renunciar sus derechos ni hacer su profesion religiosa. ¿Cómo la habia de hacer si estaba casada?

—¿Casada?

—Si casada en secreto, ó amancebada con algun amante, que será lo mas cierto tal vez. Pero esto lo sabré luego. La abadesa del convento era parienta suya, y protegia á no dudar sus amores. Mis espías vieron una vez á un hombre desconocido entrar en el convento por el jardín en la oscuridad de la noche, y me dieron aviso de ello. Era esto á la sazón que las huestes de S. A. el rey, estaban acampadas á las inmediaciones de Ciudad-Real, frente á frente con la de los moros que amenazaban la poblacion. Por lo que mis espías me dijeron, vine á adivinar lo que habia, y di orden de prender á aquel hombre; pero este habia sospechado sin duda que se le acechaba, y no volvió á presentarse. Desesperado al ver que no podia dar con él, fui á verme con la abadesa. Esta trató de disimular, diciendo que el hombre en cuestion era el médico del convento, enviado á llamar por ella para asistir á una de las monjas que se habia puesto enferma repentinamente. Como bien podeis conocer, esta contestacion no me satisfizo, y menos viendo la turbacion de mi hermana, á quien hice llamar para ver lo que respondia. Mis penetrantes ojos descubrieren en ella un talle mas abultado del que correspondia á su decoro y á la casa en que se encontraba.

—Estás en cinta! exclamé colérico... y Catalina se desmayó.

—Y vos sois su encubridora, señora, dije á continuacion á la abadesa: y esta entonces hubo de confesármelo todo... todo, menos el nombre del espo-

so que mi hermana habia elegido acaso en el mismo convento. Y al decir el esposo, digo mal porque repito que debo decir el amante, el hombre que la habia deshonrado. Esos matrimonios secretos que lo son solamente ante Dios, necesitan la sancion de los hombres para no deshonrar á las mugeres.

—Pero... ¿y si los hombres se oponen á la voluntad del Eterno?

—Entiendo, señor alférez, contestó el conde; mas ya he dicho que mi mision es terrible, porque es la del ángel caído... es luchar frente á frente con Dios. Dejémoslo, empero, esto á un lado. Casada Catalina ó deshonrada, el daño que me hacia era igual. En el primer caso iba á dar al condado un sucesor legitimo, y en el segundo un sucesor que podia legitimarse. Yo debia impedir ambas cosas, y busqué en el acto los medios de llevar á cabo mi idea. Para ello necesitaba un brebaje que hiciera abortar, y...

—Conde! exclamé al llegar aqui mi interlocutor: estais diciendo cosas horribles.

—Lo mismo, continuó el conde, me hizo observar la abadesa cuando á solas y sin testigos le indiqué mi pensamiento. Eso es horroroso, me dijo; pero yo repliqué que tambien lo era haberse ella constituido en encubridora de los ilícitos amores de mi hermana con mengua de la casa de Dios, y con desdoro de las demas virgenes que estaban confiadas á su cargo. A esta observacion no supo responder la abadesa, y últimamente hubo de ceder á lo que yo la proponia, como cedisteis vos á mi demanda relativa á la declaracion.

Al decir esto el conde, me puse pálido como la muerte y no supe que contestarle.

—Convenidos la abadesa y yo, prosiguió él, en lo que habia de hacerse, faltábame lo mas principal, que era el brebaje indicado. Yo habia oido decir que los moros eran los mas á propósito para esta clase de confecciones, y que entre ellos sobresalia un sabio llamado Alhagib, el cual acompañaba á Almanzor, caudillo de las huestes enemigas acampadas aquellos dias como á unas cuatro leguas de la poblacion, donde estaba sito el convento en que estaba Catalina encerrada. Ansioso de dar cima á mi idea, envié secretamente á llamar al moro, entregándole un salvoconducto y pagándole la venida á peso de oro. Vino, pues, Alhagib á mi campo en una noche oscura, y enterado de mi pretension, ofreciome traerme la bebida á la noche siguiente, asegurándome el éxito apetecido, siempre que la abadesa cumpliera las instrucciones que él le daria delante de mí. Esta expresion delante de mí quitome toda especie de recelo, y convine con el árabe en todo; empero para mas seguridad, añadí por mi parte otra condicion, y fué que él quedaria en rehenes durante las dos ó tres horas que se necesitaban, segun él mismo habia indicado, para que la bebida produjese su efecto. Alhagib contestó: enhorabuena! y vino á la noche siguiente... mas ay! él se hallaba sin duda de acuerdo con la abadesa, ó tal vez confabulado con Catalina, ó lo que es mas cierto, con ambas, porque no bien nos aproximamos á Ciudad-Real, me vi cercado repentinamente por seis árabes de á caballo que estaban á la cuenta emboscados, y que sin saber cómo, parecieron brotar de la tierra. Acontecimiento tan inesperado á tan corto trecho de la hueste real, de la cual no distaba



el convento sino unos tres cuartos de legua, me dejó, cual podeis inferir, petrificado como una estatua. ¡Traidores! fui á gritar, y no pude, pues antes de ponerme aquellos aleves las manos en la boca, se me anudó la voz en la garganta. ¿Cuál, empero, no fué mi sorpresa, cuando volviendo á un lado los ojos, vi en medio de la oscuridad á mi hermana conducida en un soberbio caballo por un hombre desconocido, y seguida de la abadesa, á quien otro ser misterioso, llevaba en otro caballo? En vano quise echar mano á la espada para precipitarme sobre los raptos. Estos echaron á correr á todo galope, siguiéndoles Alhagib y los demas que me habian sorprendido, desapareciendo todos con la rapidez del relámpago. ¡Traidores! grité entonces, ¡traidores! dándome fuerzas la desesperacion. En esto comenzaron á oirse en la ciudad espantosos gritos producidos por la noticia de haber sido robado el convento, estendiéndose luego la alarma por toda la hueste del rey. Yo pinté mi sorpresa en los términos que me nos pudieran comprometerme, y pidiendo una espada—(la mía me la habian quitado los infieles)—lançame tras los fugitivos. Vano afán! Los raptos me llevaban ventaja, y me fué imposible alcanzarlos con mis valientes. Al día siguiente de este suceso, se dió á seis leguas de Ciudad-Real la batalla de que teneis noticia, y bien os podeis figurar que entre todos mis enemigos los que mas buscaba yo, serian la abadesa y mi hermana. De aquella no sé lo que fué. De esta, vos sabeis como yo, que quedó tendida en el campo.

—Así es como un crimen llama á otro, dije yo interrumpiendo al conde: ¿mas cómo ha sido la resurreccion de esa desventurada muger?

—No sé como tuvo lugar, me contestó el conde; pero el cura de vuestro pueblo acaba de venir á Toledo, y me ha revelado que vive.

—El cura! dije yo estremecido, recordando la noche en que Catalina fué traída por mi padre á casa, y el párroco enviado á llamar, só pretexto de asistir á mi madre.

—El cura, sí, continuó el conde. Los testigos que deposieron con vos acerca de la muerte de mi hermana, se confesaron con él esta cuaresma, y atando cabos por otras confesiones, ha venido ese sacerdote á caer en la cuenta no solamente de que mi hermana vive, sino tambien del sitio en que está.

—¿Y ese hombre, repuse yo, se ha atrevido á revelaros lo que los pecadores le han dicho en secreto de confesion?

—El cura necesita de mí, replicó el de Irache, á fin de que medie con el rey para salvar á un pariente suyo condenado á morir por un crimen que no es del caso referir ahora. Yo me he negado á servirle de intercesor, y el entonces me ha precisado á acceder, prometiendo revelarme en que sitio se halla mi hermana.

—¿Y os lo ha dicho?

—Está ya en mi poder.

—¿En vuestro poder?

—Sí... en el castillo de Irache. Ahora no se me escapa.

—Entonces... ¿que pensais hacer de ella?

—He aquí la razon, señor alférez, de haberos en-

viado á llamar. Si el mundo llega á saber que mi hermana vive, vos que habeis declarado su muerte, estais perdido sin remision, y lo mismo vuestros dos cómplices. Así... es necesario que muera.

—¿Que muera! exclamé estremecido.

—¿Os aterra esa idea! dijo el conde. Entonces, paraos á responder de vuestro falso testimonio, y con vos el tio Ramon y la pobre tia Teresa. Yo en esto me lavo las manos, como conoceis que lo puedo hacer.

—¿Como! ¿Seriais capaz....

—Señor alférez! Para deshacerme de Leonor, ya podeis con cer que si me empeño, tengo brazos y puñales de sobra. Yo estoy para enlazarme en la actualidad con la hija del duque de Olmedo, y este enlace quedaria desbaratado, viniendo esa muger á arrebatarme el condado que la pertenece y que forma en la actualidad la parte principal de mis estados. ¡Muera!... ¡oh... sí! ¡es preciso que muera!

—¿Qué horror! dije sin poderme contener; pero reflexionando despues que si me negaba á hacer el papel de verdugo, habria mil que me sustituyesen, como el conde decia, hice un esfuerzo sobre mi mismo, y de la mejor manera que pude, aparenté mostrarme convencido de la necesidad de aquel asesinato, no ya por ser útil al conde, sino por serme útil á mí. Lo único que le supliqué, fue que me permitiese, en vez de recurrir al puñal, hacer uso de un veneno cualquiera, con tal que terminase la vida con la menosagonia posible por parte de la que habia de morir. El conde contestóme que en buen hora, y parti para el castillo de Irache, quedándose él con el cura que entró al tiempo que yo salia. ¡Noche horrible! Mi único propósito era, como bien conocereis, salvar á la infeliz Catalina, á aquella muger celestial que habia sido el angel de mis sueños, y á la cual tenia que renunciar de nuevo para siempre, porque estaba enlazada á otro. ¿Cómo, empero, salvar la victima? ¿Cómo dar á entender al conde que estaba ejecutada su muerte? Él no se sentia con ánimo para asesinarla por sí; pero queria ver su cadáver para convencerse por sus propios ojos de que era materialmente imposible otra nueva resurreccion. Horriblemente martirizada mi alma y sin saber qué partido tomar para libertar á la victima, llegué sobre las doce de la noche á las puertas del castillo de Irache, edificio vasto y sombrío situado en un despoblado á tres leguas y media de Toledo. El conde se me habia adelantado á pesar de haberse quedado con el cura, y me estaba esperando allí. ¡Nuevo conflicto, nueva desesperacion! Catalina no podia menos de reconocerme, y el conde que no habia ido allí sino para mayor seguridad de quedar ejecutadas sus órdenes, iba á descubrir el secreto de mis antiguas relaciones con ella. Estremecido con esta consideracion, revolvía en mi mente los medios de salir de este nuevo laberinto, cuando habiéndome el conde al oido, me dijo:

—He venido para ver si podia evitar este asesinato, y desgraciadamente es imposible. Se obstina en no decir una palabra sobre los acontecimientos de su vida posteriores á su evasion del convento, y ni sé por quien fué recogida el día de la batalla, ni quien la condujo despues á la ermita en que la he sorprendido, gracias al aviso del cura. Todo esto, empero, me importaba poco, si me hubiera confesado á lo menos quien es su marido ó su amante, y si es madre ó ha dejado de



serlo. Así, muera con su secreto, ya que tanto se obstina en callar. Ese papel contiene una ponzoña. Dád-sela y despachad, señor alférez. Yo no quiero verla morir.... pero bajaré á verla muerta.

Dicho esto, se retiró á un departamento inmediato á la puerta de la prision en que estaba Catalina encerrada. Yo bajé acompañado de un esclavo, de un negro cuyo cargo en el castillo era guardar á los encarcelados, escogido expreso al parecer para que no revelase á nadie los crímenes y atrocidades de que en aquella horrible mansion era sin duda depositario, porque tenia mutilada la lengua, y....

—¡Mutilada la lengua! exclamó el escudero, al llegar aquí el oficial. Por Dios que el moro de quien os he dicho que fué ajusticiado en Toledo, me habló antes de morir de un pobre negro que habia sido criado suyo, y que tenia mutilada la lengua, el cual se llamaba....

—Astarot interrumpiendo á su amo.

—En efecto, Astarot, tal fué el nombre que pronunciaron los labios de Mulhacen cuando me hizo donacion de su perro.

—Y tal el proferido por el conde, cuando hizo cojer al negro la linterna para que alumbrase mis pasos al bajar la escalera del calabozo en que estaba encerrada Catalina.

Gavilan, que cuantas veces habia oido nombrar á esta durante el relato del oficial habia siempre dado algun ahullido, al oir ahora decir Astarot, soltó un quejido tan prolongado, é hizo tales demostraciones, que no pudieron menos de maravillarse el alférez y el escudero.

—¡Astarot! ¡Astarot! dijo este. ¿No hay en la sagrada Escritura un demonio que se llama así? Cuando Mulhacen me habló de él, mientras no hizo otra cosa que nombrarle, creí que me hablaba del diablo.

—Yo tambien le creí por su figura y por el ministerio que ejercia, un espiritu evocado del averno; pero me equivoque como vereis: Astarot era un hombre de bien, animado de los mejores deseos de salvar á la pobre victima.

—¡Ah! seguid, seguid, amo mio, dijo el escudero: esa historia que me contáis está relacionada con un secreto que Mulhacen me confió al morir, y no sabeis cuanto me interesa que acabeis vuestra relacion.

—¡Un secreto! ¿Y sabré yo cual es?

—¡Oh, sí, todo lo sabreis.... todo! Vereis que endemoniada madeja resulta de todo esto.

—Entonces, tal vez aclareis una parte de mis ideas respecto á ciertas cosas que ignoro, aunque atañen á mi relacion.

—Sin duda, dijo el escudero: así como vos me habeis dicho una parte de otras cosas que yo necesitaba saber. Con que.... concluid, concluid.... y lo que vos no acerteis á esplicaros, acaso sea yo quien os lo espique.

## CAPITULO XII.

En que el señor alférez da fin á su interesantísima historia.

El oficial miró á Diego Perez con cierta espresion de sorpresa, y despues continuó de este modo.

—Bajé, como iba diciendo, las escaleras del calabozo, alumbrándome Astarot con una luz, y cerrando detrás de sí la puerta de hierro que daba entrada al subterráneo. Al verme con el negro á solas, no pude menos de estremecerme, considerando lo imposible que me seria hacer nada en obsequio de Catalina, teniendo aquel testigo delante. Mi ansiedad duró poco tiempo, porque no bien bajé tres escalones, acercóseme el negro, y con una espresion indefinible de ternura y dolor, dióme á entender, dándome un abrazo y besándome cariñosamente, que tenia en él un amigo. Tras esto, arrebatóme el papel en que estaba contenida la ponzoña que el conde me habia dado, y arrojándolo al suelo, lo pisó, dándome luego otro en su lugar, y haciéndome una seña significativa para que guardase silencio. Pasmado al ver aquellas demostraciones, no sabia á que atribuir-las, notado lo cual por el negro, abrió el papel que acababa de darme, y tomando una parte de los polvos que contenia, se los puso en la boca y los tragó, dándome claramente á entender que no habia riesgo en tomarlos. Juzgad ahora cual quedaria yo, cuando en vez de encontrar en el negro un obstáculo insuperable á mis planes, hallé un hombre que me proporcionaba los medios de llevarlos á ejecucion. Lleno de reconocimiento á la providencia, levanté las manos al cielo, abrazando luego á Astarot, y apretándole fuertemente la mano. El entonces me hizo una seña, y haciéndome mirar hácia el techo, me dió á entender que habia algo en él de que era preciso guardarme; mas no pude caer en la cuenta de lo que podia ser, y así no comprendi sino á medias lo que me queria decir. Deseoso de salir de la duda, ibale á interrogar en voz baja acerca de aquel misterio, mas no lo pude verificar, porque el negro me hizo ver nuevamente que debia guardar silencio, y echó á andar escalera abajo. Hube, pues, de seguirle y callar, y despues de haber descendido como unos noventa escalones, durante los cuales no hicimos sino dar vueltas y mas vueltas, llegamos á otra puerta de hierro, á la puerta del triste y sombrío recinto en que estaba la infeliz Catalina.

Describiros aquella mansion, seria materia imposible. Figuraos un calabozo sin un solo rayo de luz, ni mas aire para respirar que el escaso que podia renovarse por una estrecha aspillera practicada en una de sus paredes, y todo esto en un recinto ahogado donde apenas cabiamos de pies, frio, húmedo, hediondo, asqueroso.... y podreis formaros una idea de aquella especie de sepultura en que estaba Catalina enterrada. Yo no pude verla de pronto, porque adelantándose el negro, interpúsose entre los dos. Cuando se me quitó de delante, noté que le encargaba silencio poniéndose el dedo en los labios, y entonces la vi.... ¡desgraciada! metido el cuello dentro de una argolla, y con una cadena en los pies, teniendo solo libres las manos. Al ver aquel cuadro horrible, al contemplar en semejante trance aquella hermosura, ya ajada por tan prolongado sufrir, no pude contenerme y di un grito.

—¡Catalina! ¡Catalina! exclamé: ¿es posible que os vean mis ojos en una situacion tan espantosa?

—¡Silencio, desgraciado! respondió ella con voz casi imperceptible: silencio, ú os perdeis para siempre, sin que por eso me salveis á mí!



Y el negro me miró al mismo tiempo con ojos inflamados de cólera, y luego oí sobre mi cabeza un ruido como de un ventanillo de hierro, y entonces comprendí lo que el negro había querido indicarme cuando me había señalado el techo. El conde estaba viniendo desde arriba lo que en el calabozo pasaba, y aquella exclamación mía imposible de contener, le delataba mis relaciones con la inocente y desgraciada víctima. Espantado al caer en la cuenta de la imprudencia que había cometido, disponíame a reparar mi yerro, cuando ví al negro desenvainar un cuchillo, vibrándolo sobre mi cabeza, á tiempo que por la escalera sonaban los pasos del conde.

—Tente, tente, Astarot, dijo este al entrar en el calabozo: eres fiel y me quieres vengar, dando muerte á ese traidor; pero antes de quitarle la vida, es preciso que yo le interrogué.

Y luego, dirigiéndose á mí:

—¿Con que es cierto, me preguntó lo que el cura me había dicho? ¿Con qué tú conocías á Leonor, y tus padres la habían recogido en su casa, y me callabas ese secreto?

—Señor, le contesté, ese sacerdote es un ser infernal, un malvado, á quien doy sin embargo las gracias por proporcionarme la gloria de acabar mis días aquí á los pies de esa desgraciada. Valga mi vida al menos por la suya, y bendeciré vuestro nombre y el de ese sacerdote maldito.

—¡Maldito os atreáis á decir! exclamó el conde. ¿Así habláis de un ministro de Dios, que al darme cuenta del paradero de esa reprobada, de esa impia, de esa muger sacrilega, ha vuelto por la causa del cielo? Preguntadle quien es su amante.... preguntádselo, y después juzgareis.

Estas palabras helaron la sangre en mis venas, agitándose en mi imaginación de un modo horriblemente confuso el recuerdo de mis desgraciados amores, el del amante que evocaba el conde, el del cielo cuya causa invocaba, y el del infierno personificado en él y en el cura, porque yo no podía persuadirme de que un hombre que trataba así á su hermana, y un sacerdote que aprovechando los secretos de la confesión, la había entregado á sus manos, pudieran ser sino dos demonios. ¿Qué crimen, aunque fuese criminal aquella desventurada muger, podía ser bastante á justificarlos?

—Os habeis quedado suspenso, me dijo el conde, y os repito que le preguntéis por el moro á quien se entregó cuando debía tomar el velo.

—¡Un moro! exclamé pasmado. ¡Señora! ¿Es cierto lo que dice el conde? ¿Os dejasteis seducir de un infiel?

—Cuando yo le entregué mi corazón, respondió Leonor suspirando, no sabía sino que era el mejor y el mas bello de todos los hombres. Cuando supe después que era árabe, no era tiempo de volver el pie atrás. ¡Era ya mi esposo ante Dios!

—¿Oís? me dijo el conde. Era Allagib.... era al menos el que vino en su nombre, disfrazado con cana y luenza barba al campamento de Cídad-Real la noche que os he referido.... era el que apostó aquellos árabes que auxiliaron su rapto después.... era el que á poco tiempo fué padre del fruto de un amor reprobado ante Dios y ante los hombres, fruto que esa muger está obstinada en negarse á decir donde

está, único medio de obtener clemencia en lo concerniente á su crimen. Volved ahora á decir que el cura ha hecho mal en delatarme ese amor, cualesquiera que sean los medios á que para ello haya recurrido.

—Mi horror á los infieles es innato, como vos lo sabeis Diego Perez, y así creo escusado decir que aquella infausta revelación me hizo al pronto modificar en gran parte el mal juicio que había formado respecto al cura y al conde, y el concepto que hasta aquellos momentos me había merecido Catalina.

—Yo soy algo mas ancho de manga, contestó el escudero, en materia de juzgar amores entre cristianos y moros.

—En eso perdonad, Diego Perez, replicó el oficial. Relaciones de esa naturaleza no pueden ser sino obra del diablo, si no hay alguna otra consideración que las pueda justificar, y vos debéis convenir en que soy disculpable, si amando como amaba á Catalina y siendo cristiano viejo, como lo soy, me creí indignamente humillado en el primer momento de sorpresa al tener por rival á un hereje, á un hombre enemigo de Dios, como el conde decía.

—El conde es tambien cristiano viejo, repuso Diego, y al cura le sucede lo propio, y maldito si son mejores que ese moro á que os referís. Ya veo, cuando así os explicais que teneis altamente merecido lo que os ha pasado esta noche.

—¿Merecido decís? ¡Pues qué! ¿Creeis que porque pensase de esa manera, dejé de abogar en favor de aquella desventurada? Yo no debo disimular el horror que se apoderó de mi alma cuando supe tan sacrilego amor; pero eso no quitó que mis labios intercediesen por Catalina, rogando al Conde que la perdonase, ó que si merecía castigo, lo demandase ante la Inquisición, único tribunal competente en tan delicada materia.

—¡Magnífica ocurrencia! ¿Y qué dijo el cristiano viejo de trache al oír vuestra indicación?

—Que siendo el señor de horea y cuchillo, no necesitaba de nadie para hacer justicia en su casa. Así, sordo á todos mis ruegos, pronunció sentencia de muerte contra aquella pobre muger, obligandome á mí á ser su verdugo en castigo de haberle callado mis antiguas relaciones con ella. Es el único medio, añadió, de evitar que caiga sobre vuestros padres todo el peso de mi encono, en venganza de la acogida que dieron á esa impia en su casa.

—Pero conde, repuse yo. Eso que me proponeis es horrible. Mis padres no sabían tal vez lo que dice relación á ese amor, y ser mi mano la que la asesine es una atrocidad que vos mismo no podeis de modo alguno aprobar.

—Yo no sé, replicó el conde, si vuestros padres eran sabedores de la infame pasión de esa muger, porque cuando ellos la recogieron había dado ya á luz el fruto de su amor reprobado, y la encontraron desmayada en el campamento. Así vuelvo á insistir en mi orden; mas sin embargo la retractaré, siempre que esa malvada confiese donde existe el ser de que hablo. Por última vez, Leonor: ¿quieres perecer ó vivir? Dime que es de ese hijo ó de esa hija, y tu sentencia de muerte será trocada por la de reclusión.

—Entiendo, dijo ella, rompiendo el largo silencio con que hasta entonces había estado escuchando mis



palabras y las del conde: quieres saber en donde se encuentra el fruto de mis entrañas para asesinarle en union de su inocente y desventurada madre; pero es secreto que no sabrás nunca hasta que llegue el tremendo día de la espacion de tus crímenes. El condado que me arrebataste pertenece de derecho á ese sér, y él te lo vendrá á reclamar en su nombre y en el mío... ¿y quién sabe? en nombre de su padre tambien, de ese á quien solo sabes llamar moro, porque ignoras alguna cosa mas. Mandadme asesinar: nada importa. El crimen que cometas en mí, no quedará sin venganza.

Estas palabras produjeron en mi corazon un efecto diametralmente opuesto al de la revelacion que me habia hecho el conde, y él y el cura volvieron á parecerme lo que me habian parecido antes: dos seres abortados por el averno. En vez de creer ilegítimo el amor de aquellos infelices, contentéme con decir para mí: *aquí hay algo que no comprendo*, y mi horror se convirtió en compasion, mi anterior sorpresa en respeto hácia aquella pasion misteriosa.

Catalina prosiguió:

—En cuanto á los padres de ese oficial, guárdate de tocarles un solo cabello. Tú no puedes hacerles daño sin que aceleres el día del castigo de tus delitos. Así, apresúrate á coronar el que estás meditando contra mí. ¿Cómo quieres que se abra mi tumba? ¿Con el puñal, ó con el veneno? A todo estoy dispuesta.

—Señor alférez, me dijo entonces el conde: vos elegisteis el segundo medio. ¿Dónde está el papel que os he dado?

Esta pregunta me hizo estremecer; pero el negro me dirigió una mirada de significativa inteligencia, y sacando el papel, se lo di al conde.

Este lo acercó á la linterna, y despues de unos instantes de silencio, durante los cuales no cesó mi corazon de latir congojosamente, ni él de examinar el papel.

—Es el mismo que os di, exclamó, y veo que no habeis usado conmigo ninguna supercheria. Esto me reconcilia con vos. Ahora ya sabeis lo que sigue.

—¡Pero señor! le dije: ¿ha de ser mi mano la que le suministre el veneno?

—¡Ah! vamos, exclamó el conde. ¿Preferis el puñal de Astarot?

—¡Oh, no, no! contesté. Si he de matarla, sea á lo menos sin derramar su sangre. ¡Catalina.... Catalina! ¡perdon!

Y acerqué á sus hermosos lábios la que los vivos ojos de Astarot me decian que no era ponzoña, y ella.... ¡qué horror! ella la tomó, sin tener yo seguridad ninguna de que supiese que no lo era. Esta incertidumbre espantosa me hizo perder la luz de los ojos, y caí desvanecido en el suelo. Cuando saqué mi letargo, me vi fuera de la prision, tendido en un sofá con el conde á mi cabecera, el cual al parecer estaba espionando el momento de mi resurreccion, porque tal la puedo llamar.

—¿Os sentis mejor? preguntóme, no bien abrí los ojos á la luz. Yo tambien he estado malo, y eso que no me he atrevido á presenciar la agonía de esa muger.

—¡Ha muerto! dije yo: ¡ha muerto ya!

—Astarot se ha encargado de enterrarla dentro de

la misma prision, emparedando luego el calabozo para que no queden vestigios del crimen que habeis cometido.

—¡Un crimen! ¿Yo un crimen?

—¿Pues no? Pero bien decís: no es delito una accion por muy horrible que sea, cuando el móvil que nos arrastra á cometerla es nuestra propia seguridad. Vos, ya lo veis, estabais perdido si despues de vuestra declaracion, venia Leonor á desmentiros, presentándose entre los seres vivientes. Dadme las gracias por lo que hemos hecho. Nada teneis de que temer ya.

—¡Ah! ¿qué es lo que decís? exclamé. Idos, conde, alejaos de mí. Vuestra presencia me contamina, y con solo respirar en el sitio en que vos respirais, me creo tan malvado como vos.

—¡Tan malvado como yo! contestóme. Gracias, gracias, Satanás, me has oído. Yo te habia pedido un compañero capaz de igualarme en maldad, porque yo no bastaba por mí solo á sostener el horrible peso con que está abrumándome el crimen, y veo que me lo has concedido. Tengo ya el Cirineo que buscaba. Gracias otra vez, muchas gracias.

Y esto diciendo, estaba dando saltos, cual si se hubiera vuelto demente; y demente debia de estar, demente en fuerza de sus mismos delitos, el que habia de esa manera.

Astarot entró á interrumpir aquella escena diabólica.

—¿Has cumplido mis órdenes? le preguntó su amo.

Un sí dicho á este con la cabeza, y un no á mí con su penetrante mirada, fué la muda respuesta que dió.

—Entonces, dispon mi litera, dijo el conde. Tene-mos que salir de este castillo antes que sea de día, y comienza ya á alborear.

Dicho esto, salió del aposento, aunque para volver al instante. Astarot quedó un momento conmigo, y me hizo comprender con sus señas que Catalina no estaba muerta, sino solamente dormida. Hecho esto, apretóme la mano, y salió á cumplir las órdenes de su amo, sin que yo le volviese á ver mas. Pocos instantes despues, entró el conde, y me dijo que estaba satisfecho de la buena maña de Astarot en lo de emparedar el calabozo, como él le habia ordenado. Yo estaba sin saber lo que me pasaba. El conde formó en el patio del castillo los soldados que lo guardaban, y encargándoles fuesen fieles al rey, hizome conducir á su litera, y partimos juntos los dos para la ciudad de Toledo. En el camino me juró por lo mas sagrado, como si hubiera algo sagrado para él, que no habia que temer por mis padres, puesto que habia deshecho yo todo el mal que ellos le habian inocentemente causado. En cuanto á lo demas, añadió, estos no pueden ya revelar nada que diga relacion á mi hermana, ni tratar de comprometerme, sin comprometerlos á vos. Hé aqui la razon que he tenido para adelantarme á los planes que se puedan tramar contra mí, haciéndoos tomar parte en mi causa, como veis que la habeis tomado. No es ya mi interés, es el vuestro el que os debe obligar de hoy mas á sellar á vuestros padres los labios, si algun día, que no lo espero, se quisieran hacer indagaciones que pudieran perjudicarme. Así, por esta parte estoy tranquilo. Lo único que ahora me falta es ver de averiguar donde existe ese maldecido Alhagib que tan mala pasada me jugó, y sobre



todo esa criatura, fruto de los amores de mi hermana, de quien nada ha sabido decirme el cura de vuestro lugar. Vos teneis un corazon de manteca que os hace muy poco á propósito para ciertas cosas, y así, os dispense de que me ayudeis á dar cima á otro nueva atrocidad, si acaso necesito cometerla. Idos, pues, inmediatamente á la hueste, ya que esos perros moros de Granada vuelven otra vez á las suyas; procurad sostener como siempre vuestra reputacion de hombre bravo, y contad con mi proteccion mientras continueis siéndome fiel. Es cuanto me ocurre decir respecto del particular. Así, á Dios, y partid hoy mismo. Cuando os necesite para algo, os haré inmediatamente llamar.

Dicho esto, bajó de la litera á las puertas de la ciudad, y se dirigió á ver al rey. Yo tomé la direccion de mi casa, y mandando un pliego á mis padres encargándoles guardasen silencio sobre la aventura de Catalina, aun cuando los pusiesen en tormento para hacer averiguaciones, dirijime á las fronteras de Granada. Cuatro meses despues vinisteis vos á prestarme vuestros servicios; me salvasteis dos veces la vida en las escaramuzas con los moros; proseguimos lidiando continuamente por espacio de catorce meses mas; hizome el conde llamar á Toledo; diome orden de venir aquí á fin de averiguar, si me es posible, quienes fueron los que recogieron una niña que debió de nacer en estas inmediaciones el día de la consabida batalla, me he encontrado con la novedad de que mis pobres padres eran muertos, he me hospedado en casa de mi tio; me ha pasado esta noche lo que ya sabeis, y hé aqui concluido el relato, cuyo secreto me parece escusado deciros cuanto importa á mi tranquilidad.

### CAPITULO XIII.

**En que Diego da alguna luz relativamente á esta historia, revelando otro secreto al alférez, tras lo cual sabe este cierta cosa que si bien la considera-mos, no es para ponerle contento.**

Acabado por el oficial el cuento que va relatado, dijo el escudero:

—En verdad que no deja de ser terrible eso que acabais de contarme; y no sé si os arriende la ganancia el día en que Dios determine dar al conde lo que se merece. Vos en tanto no me habeis dicho que determinacion tomó este relativamente á Albagib, y es vacío que me parece notable en vuestra narracion.

—Y no es eso lo peor, Diego Perez, sino que no puedo llenarlo, porque ya os he dicho que el conde me precisó á salir para la hueste, y así me es imposible deciros lo que hizo ó dejó de hacer en lo concerniente á ese moro, porque lo ignoro absolutamente.

—A lo menos sabreis acerca de él algo mas de lo que me habeis dicho, y si es así, no debeis callármelo.

—Os he dicho cuanto sabia, y no tengo mas noticias que daros.

—¿No? Pues entonces os las daré yo, y lléveme el diablo ahora mismo, si ese Albagib de que habeis hablado, no es el moro que fué ahorcado en Toledo

mientras estabais vos en la hueste, un mes antes de conoceros yo.

—¿El que os regaló á Gavilan?

—El mismo. ¿No os he dicho hace poco que yo tambien tenia un secreto, y que lo que yo os refiriese podría acaso contribuir á aclarar algun tanto ese embrollo cuyo hilo habeis dejado pendiente? Mis ideas eran tambien algo oscuras, y vos las habeis alumbrado: así nada mas justo que pagaros en la misma moneda. Prestadme atencion, y escuchad.

Yo, como sabeis, soy un hombre que no tengo padre ni madre, y que á eso añado la fatalidad de ignorar quienes puedan serlo. De aqui mi natural propension á juzgar con cierta indulgencia todos los amorios posibles, porque ¿quién sabe lo que puede haber en el secreto de mi nacimiento? Lo mismo puedo ser hijo del rey que del último de la plebe, y no digo de un moro ó de un judío, porque á serlo, no llevaria en el brazo derecho una cruz, señal con la cual fui encontrado en la puerta de la catedral de Toledo, donde me recogio un sacerdote, bueno y caritativo si los hay, y bien diferente por tanto de ese otro bribon de este pueblo, á quien mucho será, voto á brios, que yo no le ajuste sus cuentas cuando sea sazón oportuna. Llamabase mi bienhechor Jaime Perez, y deseoso de evitarme en lo sucesivo la vergüenza que pudiera resultarme de presentarme á los ojos del mundo sin apellido de ninguna especie, dióme el suyo cuando me bautizó, haciéndome pasar por hijo de no sé que parienta suya. En esto fué aquel santo varon un pobre hombre en toda la estension de la palabra, porque á mi me importa un comino que me tengan por espósito ó no, y lo esencial es que cada uno sea hijo de sus buenas obras, como yo lo soy de las mías. Así jamás he ocultado á nadie que no tengo mas padres que ellos, y cuando alguno se me ha reido, le he roto la crisma y *laus deo*. Tal me sucedió cierto día, en que teniendo yo diez y ocho años, se atrevió á motejarme un truhan por lo oscuro de mi nacimiento. Irritado al oír sus zumbas, obliguéle á ponerse en guardia, y sacando la espada (ya sabeis que es permitido á todos los espósitos llevarla como es regular, porque la ley los declara nobles), fué tan desgraciada su suerte, que le atravesé una tetilla, dejándole tendido en el suelo. Esto hizo á los demas respetarme; pero en cambio me puso en el caso de haber de abandonar á Toledo, porque el herido era un hidalgo de lo mas granado, y tenia favor con el rey, y era lucha muy desigual la que con él me esperaba si acudia á los tribunales para vengarse de su desgracia, como me juró que lo haria, acusándome de alevoso, cuando en Dios y en mi ánima os juro, que aunque á solas y sin testigos, su herida fué en legítimo duelo. Despedime, pues, del buen Jaime, á cuyos paternales cuidados lo habia debido todo desde el día en que me recogió, siéndole entre otras cosas deudor de saber leer y escribir, cosa que, como sabeis, no es comun que digamos en estos tiempos. Verdad es que esta habilidad no me ha servido lo que á vos la vuestra, pues vos sois todo un señor alférez, y yo hasta ahora no he podido pasar de soldado liso y pelado, ó si quereis mejor, de escudero. Esto, empero, no es ahora del caso. El apuro en que me encontraba tenia remedio muy



fácil, consistiendo en irme á la hueste, como con efecto lo hice, burlando así la persecucion de mi encarnizado contrario. Distinguíme regularmente en las escaramuzas con los moros, y en una de ellas conseguí salvar la vida del duque de Olmedo, desviando una lanza sarracena que tenia encima de sí, y matando al que iba á clavársela, ni mas ni menos que lo hice despues cuando aquella otra correria en que caisteis vos del caballo, y tuvisteis sobre vuestra cabeza el alfanje de aquel perro moro, á quien pude cortar el cuello antes que descargase sobre vos el golpe que os asestaba. Aquel hecho me valió proteccion por parte del duque de Olmedo en lo concerniente al hidalgo, el cual hubo de calmar su ojeriza ante tan poderosa mediacion, alegrándome yo mucho entonces de este venturoso incidente, aunque ahora comienzo á sentirlo, desde que me habeis revelado que ese duque quiere casar á su hija con el picaro conde de Irache. Para venir á parar en esto, mas valiera que la lanza del moro le hubiera enviado al otro barrio. ¡Hija única y casarla con el conde! Estoy por ir y decirle que es tan picaro como él, ó que ha perdido el juicio y la cabeza que yo contribuí á conservar.

—Al grano, al grano, dijo el alférez.

—Libre yo de todo cuidado, prosiguió Diego, respecto á las consecuencias del lance que me habia obligado á huir, podia, concluida la campaña, restituírme al lado del buen Jaime; pero era este tan pobre, que no quise aumentar su indigencia con el cuidado de mi manutencion, y seguí en la hueste tres años, enviándole durante ese tiempo todo el fruto de mis ahorros que, como podeis conocer, serian casi insignificantes, y con ellos lo mejor de las presas que me tocaban de cuando en cuando, las cuales eran ya cosa decente, y mas en el peloton á que yo entonces pertenecia, del cual no habia poblacion segura ni aun en la misma vega de Granada. ¡Ya veis! éramos todos guerrilleros, y con esto está dicho todo. Si algo ha de acabar en España con el resto de canalla moruna que existe todavia entre nosotros no han de ser las huestes en regla, sino esas tremendas cuadrillas formadas á manera de motin, las que den ese resultado.

—Es lo que estais diciendo constantemente siempre que se habla de guerra, dijo con impaciencia el alférez; ¿mas que tiene que ver eso ahora con el secreto á que os referís?

—En verdad, contestóle Diego, que no sois vos el mejor modelo en esto de evitar digresiones; pero tenéis razon: vamos al grano.

A los tres años de mi permanencia en la hueste, ó por mejor decir, en las partidas, fué llamado á Toledo Ruy-Gomez el capitán de la mia, y mi peloton fué con él. Con esto abracé al Sacerdote que con tanta solicitud habia hecho conmigo las veces de padre, y le hallé, aunque viejo, muy bueno, y muy agradecido á mis recuerdos y demas que os he referido. Mi única ocupacion en aquellos dias era hacer centinela de cuando en cuando en el torreón de Santa Leocadia, y así pasaba lo mas del tiempo al lado de aquel hombre venerable, casi con tanto gusto como matando moros, ocupacion á que francamente me habia insensiblemente aficionado mas de lo que corresponde en justicia. Un dia, cuando iba á hacer la guardia en el torreón susodicho, ví el rostro de Jaime inmutado, y preguntéle qué era lo que tenia.

—NUEVA EPOCA.—TOMO II.

—Vengo, me dijo, de ese torreón á donde te diriges tú ahora. En él está preso un árabe á quien han condenado á morir. Antes de sufrir su sentencia, ha manifestado deseos de abrazar nuestra santa religion y de confesarse conmigo. Llamado de órden superior, me he dirigido allá con el objeto de prestarle los últimos auxilios, sin saber á que atribuir su empeño en que hubiera de ser yo quien le abriese las puertas del cielo.

—¿Y quién mejor que vos, le interrumpí, pudiera desempeñar ese encargo, siendo como sois el mas ejemplar y mas santo de los sacerdotes? Ese árabe ha tenido sin duda noticia de vuestras virtudes, y por eso...

—¡Pluguiese á Dios, Diego, que fuese realmente así! Pero yo no debo escuchar clojos de que soy indigno. Llena el alma de santa tristeza al ver que iba á auxiliar á un moribundo, y de santa alegría tambien al saber que era yo el elegido para hacerle eternamente feliz, he ido al torreón, como digo, y ya me preparaba á escucharle, cuando ha llegado un pliego del rey revocando la orden anterior, y haciéndome salir de la estancia en que el moro está puesto en capilla. Mulhacen, que así entiendo que se llama, no ha podido sufrir en paciencia que se le prohibiese elegir el sacerdote que le placiese para arrodillarse á sus pies, y ha jurado morir impenitente antes que aceptar el que el rey parecia designarle en el pliego. Yo he tenido que alejarme de allí, y de aquí la tristeza en que me vés, porque ese moro va á perder dos vidas, la percedera y la eterna, por esa insistencia tenaz en que sea yo quien le oiga, y no otro sacerdote cualquiera. Así, puesto que tú vas allá, haz, si puedes porque desista de un empeño tan incorrecible, y entretanto oraré yo al Señor para que mueva tus labios, y á él le alambre y le recila en su seno.

Tales fueron las palabras de Jaime, y escusado me parece deciros el interés que escitaron en mí á favor de aquel pobre reo. Fui, pues, con los demás compañeros de mi peloton á la hora que estaba prescrita para el relevo diario, y tocóme ser el primero en hacer centinela dentro del calabozo, con órden de observar cuidadosamente todos los movimientos del árabe y demas que se encarga en tales casos. Mulhacen venia á tener como unos treinta y seis años, y era alto, delgado y hermoso sobre toda ponderacion, blanca y sonrosada su tez, suavemente arqueadas las cejas, vivos y centellantes sus ojos, desembarazada la frente, si bien con algunas arrugas, aguilena la nariz, pequeña la boca, las mejillas un tanto hundidas, y negra y poblada la barba. Estaba, cuando yo llegué allí, sentado en el suelo sobre una estera, cruzadas las piernas al uso de su pais, los brazos cruzados tambien en actitud de meditacion, y amarrado el cuerpo con una gruesa cadena, la cual le tenia asido á un poste que le servia de reclinatorio. Gavilan como yo le llamo, ó Zacatín como él le denominaba, segun ha dicho muy bien el alcalde, sobre lo cual ya he dicho que despues he de exigirle ciertas esplicaciones; Gavilan, digo, estaba allí tambien, mirando tristemente al sarraceno, y lamiéndole las manos y los pies.

(El perro al oírse nombrar de dos diferentes maneras, correspondió con otros dos ahullidos al recuerdo del escudero; como para dar testimonio de



que era verdad lo que oía. Diego Perez continuó.)

—Al ver aquella noble y gallarda figura delante de mí, creí mirando su tranquilidad que el buen Jaime se había equivocado en creer capaz de irritarse á quien con tanta calma esperaba el momento fatal; y deseoso de salir de dudas, aproveché la soledad en que estábamos para interpelarle en voz baja.

—¡Mulhacen! le dije.

El moro volvió la cabeza con la misma tranquilidad, y fijó los ojos en mí sin hablar una sola palabra.

—Soy un amigo de ese sacerdote que habeis enviado á llamar, y al cual han hecho salir de aquí, añádile soplando las palabras, temeroso de que me oyesen.

—¡Ah! exclamó él con exaltación, saliendo de su calma aparente, no sin inminente peligro de que los centinelas de afuera pudieran oírle: ¡amigo de Jaime, decís?

—O por mejor decir, hijo suyo, porque ese sacerdote me ha criado haciendo las veces de padre.

El moro me miró largo rato como para escudriñar mi interior, y luego me dijo:

—Hasta ahora no me ha engañado ninguna fisonomía. Cristiano, tú eres hombre de bien, y puedo fiarme de ti.

—¿En que puedo servirte, le dije, con tal que no se oponga á mi consigna, ni al servicio de Dios y del rey?

—Yo habia, me contestó, enviado á llamar á Jaime para confiarle un secreto, porque sabia que podía hacerlo sin peligro de que lo divulgase. En su lugar me han traído un hombre á quien yo no llamé, un sacerdote que á primera vista parece un buen servidor de Alá; pero que á poco que se le observe no puede engañar á ninguno, porque se trasluce su alma á través de su hipocresía.

—¡Voto á brios! exclamó el capitán al llegar aquí el escudero. No parece sino que Mulhacen os estaba haciendo el retrato del cura de este lugar.

—Es lo que no sé, dijo Diego; pero nada tendria de extraño que estando ese cura en Toledo por el tiempo en que esto pasó, fuese él con efecto el sacerdote á que el moro se referia.

Mi intención, prosiguió Mulhacen, era morir en la religion á que pertenece mi amada, una mujer á quien yo seduje y que ignora si vive todavía. Mi historia es larga de referir, y mi última hora se acerca. Estos caracteres que ves escritos en mi brazo izquierdo (dijo esto arremangándose el brazo), contienen una parte de esa historia y mi última voluntad. En la prision donde me han tenido por espacio de mas de diez años, no me han consentido papel ni recado ninguno de escribir, y he tenido que grabar en mi piel los secretos de mi corazón, sirviéndome de pluma un alfiler, y de tinta mi propia sangre. ¿Quieres encargarte, cristiano, de entregar á Jaime este escrito?

Yo miraba absorto su brazo donde habia seis líneas de puntos y caracteres ininteligibles, y empecé á dudar del buen juicio del moro cuando oí tan extraña propuesta.

—Veo que te has quedado suspenso, me dijo Mulhacen, comprendiendo lo que estaba pasando en mi alma: y que no aciertas á concebir como sea esto posible. Los instantes son preciosos, cristiano. ¿Llevarás este escrito á Jaime?

—Sin duda, le contesté yo; ¿pero cómo queis que lo haga, formando parte de vuestro brazo?

—Es cosa muy sencilla, dijo él: préstame un momento tu daga.

—¿Para qué?

—Para esto, exclamó, quitándome la daga del cinto.

Y sin dar la mas leve muestra de dolor, ni poder yo impedir lo que hacia en fuerza de mi mismo asombro, describió cuatro rayas en su brazo con la punta de mi puñal haciendo un cuadrado casi perfecto, tras lo cual se arrancó la piel que estaba contenida dentro de ellas, echándose tierra en la herida á fin de restañarse la sangre, así como en la piel arrancada para no mancharme con ella.

—Ya ves, me dijo, cuán sencillo es lo que te parecia tan árduo. Lleva á Jaime ese trozo de piel, y dile que lo haga llegar á manos de un esclavo negro y mudo á quien esta mañana he visto aquí, el cual tiene por nombre Astarot, y de quien es ese perro que ves, perro que otro tiempo fué mio, perro que aun reconoce á su antiguo amo, que le lame y le hace compañía cuando vá á dejar de existir. ¡Pobre Zacatin! añadió: ¿cómo podía yo figurarme que despues de tantos años de ausencia habias de serme leal?

Y el que yo llamo ahora Gavilan respondia á las caricias de su amo con extremos parecidos á esos que le estais viendo hacer al pié de la cama al escuchar su nombre primitivo.

Yo estaba enternecido, asombrado, sin saber lo que me pasaba; pero esforcéme por reponerme, á fin de preguntar á Mulhacen si era cierto lo que de él se decia, á saber, que estaba condenado á morir por haberse fingido cristiano, y haberle cogido *infraganti* espiando la hueste del rey.

—¿Eso dicen de mí? me contestó. En Granada me atribuian la pérdida de una batalla, y esto al menos tenia algun viso de verdad; ¿pero cómo he podido ser espía del ejército de tu rey desde el fondo del calabozo donde el mio me ha tenido encerrado, y del cual me han sacado ahora por reclamación de los tuyos? Mas exacta es esotra asercion de haberme fingido cristiano; pero de esto hace ya mucho tiempo. La virgen de mi amor era cristiana, y la fasciné y la engañé; pero no por eso merezco la saña de que soy objeto por parte de tu rey y del mio.

—Por Cristo vivo, dijo el oficial interrumpiendo de nuevo á Perez, que esas palabras que me referis coinciden admirablemente con las que profirió Catalina en el fondo de su prision.

—Por eso os dije, contestó Diego, que entre vuestro secreto y el mio habia mas de un punto de contacto, y que el uno tal vez serviria para darnos un rayo de luz sobre los enigmas del otro.

—¿Pues y ese Astarot de por medio? No podeis figuraros el ansia con que estoy deseando saber en que viene á parar todo esto.

—Viene á parar dijo el escudero, en que el moro me habló de una hija que habia sido iruto de su amor, la cual habia sido confiada por él al cuidado del negro Astarot, lo mismo que su pobre madre, no pudiendo yo indagar mas respecto á la historia del ár-



be, porque cuando yo me disponía á hacerle nuevas preguntas y á encargarle que muriera cristiano como Jaime me había dicho, entró Ruy-Gomez en la prision, y Mulhacen no pudo proseguir porque el tal Ruy-Gomez le dijo que el rey mandaba se le trasladase al subterráneo del torreón, donde debía ser ejecutado, colgando despues su cadáver en la horca, en la plaza mayor de Toledo. Así me fué imposible saber cual era el verdadero delito por el cual se le condenada, pareciéndome no obstante indudable que debía tener relacion con el engaño de que se acusaba respecto de una virgen cristiana. Entonces no hice cálculo ninguno sobre quien podia ser esta; pero ahora, con lo que vos me habeis dicho, me parece escusado decir que no puedo apartar de mi mente la idea de esa pobre Catalina, ó Leonor, ó como la llaméis, siendo ella sin duda la virgen que con tan vivas muestras de dolor llamaba seducida y engañada.

—¿Y nada mas os dijo ese moro de lo que me habeis referido?

—Nada, salvo lo que sabeis ya, al hacerme donacion de Zacatin, aprovechando un breve intervalo en que Ruy-Gomez volvió á salir. *«No tengo, me dijo, otra cosa con que pagarte, sino ese perro: no quiero que me vea morir, y así, llévatelo y cuida de él.... Cuida de él, cristiano, añadió, y nada malo te sucederá mientras le trates como se merece.»*

Esto dicho, dióme un abrazo, encargóme de nuevo pusiese sin dilacion en manos de Jaime el giron de piel consabido, y me hizo asegurar á Zacatin para que no le siguiese. A poco volvió Ruy-Gomez, y llevóse al moro de allí, conduciéndole al subterráneo. Yo quedé relevado de mi guardia, llena el alma de consternacion y sin saber á que atribuir el ministerio de ejecutar al reo en el fondo de aquella prision, y luego esponder su cadáver. Ahora veo que el conde de Irache debió de tener parte en todo esto.

—¿Y fué ejecutado?

—Y colgado; pero á la mañana siguiente apareció la horca sin el cuerpo, viéndose en lugar de este una alcuza columpiándose del dogal.

—Yo creí fabula esa circunstancia cuando me la contaron en la hueste, y verdaderamente, Diego Perez, no deja de ser cosa extraordinaria.

—Lo mas particular, dijo el escudero, es que anoche al quedarme á oscuras oí en la escalera una voz, la cual quise reconcer, y mucho será que no fuese la de ese Mulhacen ó Alhagib, ó como quiera que se le llame.

—Entre tanto no me habeis dicho si cumplisteis ó no su encargo.

—Yo no tengo mas que una palabra, y habiéndosela dado al moro, claro está que la cumpliría. Jaime recibió de mis manos el misterioso y extraño escrito.

—Y él, ¿qué hizo?

—Dirijirse al momento en busca del negro As-tarot.

—¿Y despues?

—No le he vuelto á ver mas.

—¿Pues qué se hizo de él?

—No lo sé; pero una mano desconocida me entregó por la noche una carta, en la cual me decia Jaime: *«Hijo mio, salid de Toledo, y no tengais cuidado por mí. Hay una Providencia en el cielo, y ella*

*me volverá á vuestros brazos cuando determine cumplir sus inescrutables designios. Dios es justo y protege la inocencia, y sabrá volver á su tiempo por la causa de la justicia.»*

—¿Sabeis, Diego, que estoy pasmado con lo que me estais refiriendo?

—Obediente á las órdenes de Jaime, fui aquella misma noche á visitar al Duque de Olmedo, á fin de que me alcanzase licencia para volver de nuevo á la hueste. Conseguilo, y á la mañana siguiente salí para la frontera de Granada con otros de mi peloton. A los dos meses os conocí, y deseoso de probar fortuna ejerciendo el oficio de escudero, decidíme á ofreceros mis servicios. Vos los admitisteis, y creo que no estais arrepentido de haberlo hecho. así. Yo por mi parte no lo estoy tampoco. Lo demas, escusado es contarlo, porque lo sabeis como yo. Tras catorce meses de lucha continua con los moros, habeis sido llamado á Toledo, y enviado despues á este lugar con el encargo que me habeis dicho. Hijo de obediencia y no mas, os he seguido sin preguntar nada, hasta que los sucesos de esta noche han dado, sin buscarla, ocasion al relato de nuestras historias. Lo que de ellas debais deducir, discurrido con vuestra discrecion. ¿Procedereis á vuestras indagaciones relativamente á esa niña de que os habló el conde de Irache?

—¡Oh si! procederé, procederé, contestó el oficial.... pero será para protegerla.

—Y yo os ayudaré, dijo Diego, en esa obra de caridad. Es preciso poner un coto á las infamias del conde.

Aquí llegaba el diálogo, cuando sonaron estrepitosamente en el pasillo los cencerros que con tanta prevision habia dispuesto el escudero.

—Señores, dijo la criada entrando: es ya la hora del anochecer y en los pueblos cenamos á esa hora. ¿Se halla el enfermo en disposicion de bajar á la cocina, ó le subimos la cena aquí?

—El enfermo se halla ya bueno, contestó el escudero por su amo, y creo que no tendrá inconveniente en que nos dirijamos abajo.

—No por cierto, contestó el oficial.

—Pues entonces, repuso la criada, pueden vue-sasmercedes hacerlo; pero el señor alcalde me ha encargado que por lo que respeta á ese perro....

—¡Ah! vamos, exclamó Diego: no quiere por lo visto contarle en el número de los convidados.

—Puntualmente.

—Entonces, Gavilan, seguirás al pié de la cama, y atado para que no te me escapes haciendo otra vez de las tuyas como esta noche pasada. Id y decid al señor alcalde que somos al momento con él, y que estan cumplidas sus órdenes. Gavilan cenará despues con lo que tenga á bien destinarle.

La criada volvió la espalda, y el oficial comenzó á vestirse, ayudándole el escudero.

—Ataviadme bien, dijo el alférez: quiero presentarme en la cena todo lo mas decente posible.

—¡Oiga! contestó Diego, cayendo al momento en la cuenta de lo que su amo quería decir.

—Sí, repuso el oficial. ¿No os parece que mi prima merece la pena de que yo fije en ella los ojos?

—Yo lo creo; mas no es ese el *quid*, sino que ella los fije en vos.



—¿Cómo?

—Como que está para casarse con el sobrino del cura, y esta, á mi manera de ver, no deja de ser dificultad de cuenta.

—Es Aldonza demasiado linda para que yo desista por eso.

—¿Y Catalina?

—¡Oh! Dios solo sabe cuanto amor he tenido á esa muger; pero á que viene ahora ese recuerdo, sabiendo vos todo lo que ha pasado?

—Como segun las señas vive aun....

—¿Estais en vuestro juicio, Diego Perez? ¿Puedo yo enlazarme con ella, habiendo elegido ya esposo?

—No es eso; pere creo que el que ha amado una vez en los términos que habeis amado vos, debe renunciar para siempre á amar á otra muger que la primera. Ademas, Aldonza es vuestra prima.

—¡Y bien!

—Parienta dentro del cuarto grado, y no podeis casaros con ella.

—¿Y el Papa, Diego Perez?

—Con efecto; pero en los tiempos en que estamos, creo que son muy caras las dispensas.

—Eso no es cuenta vuestra, sino mia.

—¿Y si yo la amara tambien?

—¡Quién! ¿vos? ¡un escudero! Vamos, vamos.... Ya veo que estais siempre de broma.

—Menos cuando hablo sério, amo mio. Pero no disputemos sobre esto. Ya estais vestido; vamos á cenar, y veremos andando el tiempo quien es el que se come la breva.

Dicho esto salió el escudero del cuarto, dejando estupefacto al alfeiz con aquella especie de reto. No sabian ni el uno ni el otro que Aldonza en quien mis lectores habrán reconocido ya la hija de la hermana del conde de Irache y del árabe misterioso, no estaba destinada aquella noche á hacerles compañía en la mesa.

#### CAPITULO XIV.

*De cómo el cura era un pajarraco de los peores que se conocen, y de como el ama y Pacomio parece que no le iban en zaga.*

Los rasgos nada bellos por cierto con que el oficial y el alfeiz han bosquejado de cuando en cuando una parte de la fisonomía del cura, y la escena del mismo con el alcalde referida en otro lugar, no habrán dado á mis lectores una idea muy favorable de este personaje siniestro. ¿Que sacerdote era ese que así explotaba el confesonario para servir al conde de Irache, constituyéndose en instrumento suyo para la realizacion de sus horribles designios, delatando el paradero de Leonor á fin de ponerla en sus manos, y mezclándose por lo que se deduce del relato de Diego Perez, en la misteriosa catástrofe del moro ajusticiado en Toledo? ¿Cómo siendo sabedor del secreto del nacimiento de Aldonza, y habiendo entregado la madre de esta á la venganza del conde, le habia callado lo que mas le interesaba saber, esto es, el paradero de la niña? ¿Cómo la destinaba para esposa de un sobrino suyo, teniendo parte en la persecucion de los que la dieron el sér, y corriendo tan grave peligro en faltar á la confianza que el conde habia en él depositado? ¿Cómo, en fin, después de la prohibicion de enlazar á Aldonza con To-

ño pronunciada por el fantasma, insistia en llevar á cabo su incomprensible proyecto, despreciando sus amenazas y olvidando la mala noche que él y el ama habian pasado? Tan estraña conducta merece la pena de explicarse, dando al lector algunos pormenores sobre el personaje en cuestion; y uno y otro hace la crónica, aunque algo tarde como se vé, en este catorceno capítulo. Escrupuloso y fiel observador del orden que en ella se sigue, no he debido yo permitirme alteraciones de ninguna especie en lo relativo á este punto, y así no he querido tocarlo hasta que el manuscrito lo hiciese. Ahora que le ha llegado su turno, reproduciré exactamente todos los pormenores indicados, tomándome no obstante la licencia de traducirlos del lenguaje antiguo al idioma castellano corriente, porque de no hacerlo así podria suceder que muchos de mis lectores no comprendiesen una porcion de cosas que estan interesados en saber, y defectos de esta naturaleza son los que menos se disimulan en obras como la presente. Esa licencia á que me refiero me la he tomado ya sin decirlo en todo lo que llevo contado; pero nunca he empleado en mi version la afanosa tarea que ahora, porque nunca es el texto de la crónica tan difícil de traducir como lo es en la actualidad. No parece sino que el autor queria hacer formar del vicario la idea mas siniestra posible, recurriendo para hacer su retrato á las voces mas sombríamente oscuras que entonces tenia la lengua.

Era, pues, ese cura un mal cura, y tanto, que jamás le hubiera sido, á no haberle valido para ello la proteccion del conde de Irache. Este le hizo capellan suyo cuando metió á su hermana en el convento, enviándole poco despues al pueblo donde pasa la escena de esta curiosísima historia, en el cual permaneció constantemente, salvo alguna que otra ocasion, en que con pretexto de visitar á sus padres y á otros parientes suyos que él decia tener en Toledo, iba á hacer algunas visitas al conde, con los fines que los dos se sabian. El aspecto del flamante vicario era á primera vista el mejor, pudiendo solo un ojo ejercitado descubrir á través de su rostro rebosante en mansedumbre evangélica, la perversidad de su alma. Poco á propósito los lugareños para hacer esta clase de observaciones, creíanle un santo varon, y por tal pasaba en la época á que nuestra narracion se refiere, salvo á los ojos del pobre alcalde, que por lo que ya vá contado, puede inferirse con facilidad que no le asistia motivo para tenerle en tan buen concepto. Emisario secreto del conde, uno de los motivos de su permanencia en el pueblo era al parecer indagar la verdadera causa de los ruidos y demas ocurrencias diabólicas de la casa de *Pero-Hernandez*, estando aquel muy interesado en saber qué clase de gente era la que allí se albergaba. Es el caso que entre los muchos rumores que corrian acerca de aquel palacio, se referia uno á la existencia de no sabemos que monederos falsos que se abrigaban en su recinto; pero el cura se convenció de que no podia ser eso, pues el mejor indicio en tales casos es ver moneda falsificada, y no hallándose de esta el menor rastro en ninguno de los pueblos de España por el tiempo á que nos referimos, era evidente que el rumor aquel carecia de todo fundamento. Mas crédito dió el cura á la voz de que en aquella casa sombría



había algún tesoro escondido; pero por mucha que fuese su avaricia, no se atrevió á penetrar en ella, y así se limitó meramente á ver si le era posible descubrir entre los vecinos del pueblo alguno que estuviese en relaciones con aquella morada, y sirviéndole tanto para esto la confianza que los pecadores depositaban en él como en su padre espiritual, no se descuidó en esta parte de adquirir todas las noticias posibles, escudriñando cuidadosamente las conciencias de todos ellos. Nadie le dijo en el confesonario nada que le pudiera dar luz sobre lo que anhelaba saber; pero en cambio supo otras cosas acaso mas interesantes, entre ellas la declaración prestada por el oficial sobre la muerte de Leonor, cuando el tío Ramon y la tía Teresa fueron á confesarse con él. Parecióle al vicario esta noticia digna de ser explotada, y participóselo al conde por lo que le pudiera convenir. Agradecido este á su celo, aumentó por de pronto la pension de que en su curato gozaba, dándole orden de proseguir en sus averiguaciones relativamente á su hermana, de cuya historia le indicó una parte, sin descender á ciertos pormenores que no creyó del caso revelar. Recordando entonces el cura haber visto en en la casa de los padres del oficial, pocos dias después de la batalla en que Leonor habia quedado por muerta, una jóven de extraordinaria hermosura á quien apellidaban Catalina, sospechó si seria ella el objeto de las indagaciones del conde, y confesando á los padres del alférez, convencióse de que era así, sabiendo por su boca el paradero de aquella desventurada. Escitada la curiosidad del vicario al oír á aquellos decir que Catalina era madre, quiso averiguar lo demas; mas como ellos ignoraban los pormenores que les preguntó, y como por otra parte queria servir al de Irache, trató de conseguir lo uno y lo otro revelándole lo que sabia. Informado el conde de todo, aumentó de nuevo al vicario su ya mas que pingüe pension, y apoderóse de Catalina, arrancándola de una ermita entre Ciudad-Real y Toledo, á donde habia sido conducida por el padre del oficial, permaneciendo oculta en aquel sitio todo el tiempo trascurrido hasta entonces, amparada por el ermitaño, por el virtuoso Domingo, anciano venerable y ejemplar que se habia retirado del mundo diez y ocho años habia, para no pensar sino en Dios morando en aquel santuario.

La caridad de este santo varon en dar acogida á la victima, valióle por parte del conde un encierro en el castillo de Irache, donde hizo que le diesen tormento á fin de que confesase los secretos que acaso debia saber respecto del paradero del amante y la hija de Leonor; pero el anciano resistió al martirio, y si algo en efecto sabia, su labio se negó á revelarlo. En cuanto á los padres del oficial, la primera intencion del conde fue apoderarse de ellos tambien: pero el cura, asustado algun tanto con lo sério que se ponía el asunto, le hizo observar que estos al confesarse con él no le habian dicho otra cosa sino que Catalina era una dama de la mas elevada alcurnia, y que cuando la recogieron habia dado á luz una niña, segun ella les refirió, sin decirles otros pormenores, ni haber ellos querido preguntárselos por no alligirla con su indiscrecion; habiéndola sacado de su casa y llevádola al santuario, á fin de obligar á su hijo á no alimentar un amor que no podia ser correspondido. Así era com-

pletamente inútil pasar á proceder contra ellos, porque nada podrian añadir á lo dicho en la confesion. El conde conoció lo razonable de estas observaciones, y desistió de toda diligencia contra los padres del oficial. Este en tanto sabia mas que ellos, y habia por otra parte ocultado sus relaciones con Catalina después de haberle sido mostrado el retrato de Leonor; y así el conde adoptó la resolucion de comprometerle en su muerte, tanto para castigar su silencio, como para evitar que sus padres pudieran algun dia atestiguar la acogida dada á la dama, cuyo asesinato debian estar interesados en ocultar, una vez en él mezclado su hijo, tras la declaración prestada antes en union del tío Ramon y de la tía Teresa.

Quando con motivo de la captura de Leonor supo el vicario todo lo demas que el conde le habia ocultado, confirmóse en la vehemente sospecha que desde la confesion de los padres del alférez habia comenzado á concebir de que la hija de Catalina no podia ser otra que Aldonza, atendida la estraña manera con que habia sido confiada al alcalde, obligándole á hacerla pasar por fruto de su matrimonio, y á hacerlo constar así en los libros de la parroquia. El se habia perdido en conjeturas acerca de aquel misterio, y como los cien escudos de oro entregados al alcalde anualmente indicaban con lo demas de que ya está informado el lector, que aquella muchacha debia pertenecer á una familia de elevado rango, y como el anuncio de reclamarla á su debido tiempo parecia decir claramente que trascurrido ese plazo desaparecian los motivos que sus padres pudieran tener para darle su nombre y sus riquezas, y tal vez algun titulo illustre ó cosa por el estilo, todo esto habia contribuido á que el cura pensase desde muy antiguo en obligar al alcalde, como al fin lo veriñcó, á consentir en el casamiento de Aldonza con su sobrino, á fin de aprovechar la coyuntura de entroncar con alguna gran casa, explotando en su pró las ventajas de un enlace de esta naturaleza, no perdiendo tampoco en el trato si por ventura se equivocaba, pues Toño, aunque pasaba por rico para mas obligar al alcalde á acceder á la proposicion, no tenia bienes ningunos, y así siempre se espcnia á ganar llevándose á cabo el proyecto. Tales habian sido las razones del párroco para pensar en ese matrimonio. Cierta ahora, ó poco menos que cierto, de que Aldonza era la legitima heredera del condado de Irache, reflexionó detenidamente si debia decírselo al usurpador, y halló ser lo mas conveniente dilatarlo para mas adelante, toda vez que de revelárselo lo mas que le podia resultar era un tercer aumento en su pension, y esto siempre lo tenia seguro, al paso que callándose la especie, no solo continuaba disfrutando la mitad de los cien escudos anuales que el alcalde partia con él, sino que tales vueltas podian dar las cosas, que fuese su sobrino á la postre quien se calzase con el condado. Por otra parte, entre los malvados hay siempre poderosos motivos para que mutuamente se teman, y el cura no las tenia todas consigo cuando consideraba las mañas de que el conde era capaz, si le daba algun dia la idea de tener un testigo menos en lo relativo á sus crímenes. Aldonza en este último concepto era una garantia y un arma que el vicario podia manejar segun le conviniese mejor, pudiendo llegar á servirle hasta para sincerarse de la parte que habia tenido en el asesinato de su madre



venturosamente frustrado gracias al negro Astarot; cosa que tanto él como el conde estaban lejos de sospechar por el tiempo á que nos referimos.

Decidido á guardar silencio por todas estas consideraciones, y por alguna otra razon tanto ó mas poderosa tal vez aunque ahora no la diga la crónica, solo una idea le desazonaba, y era lo que el conde le habia dicho acerca de ser un perro moro el padre de aquella niña. Si esto era verdad, ¡á Dios condado! Aldonza era un sér ilegítimo que no podia nunca aspirar al honor de legitimarse; pero cuando el conde temia que la prole anatematizada pudiera arrebatarse la herencia, presunciones tenia sin duda de que no era del todo imposible semejante legitimacion. Así, aun bajo ese punto de vista, ratificóse el cura en la idea de que lo mejor por de pronto era estar en guardia y callarse.

El conde mientras tanto no se dormia, y ya que no podia averiguar el paradero de Aldonza puso todo su empeño en indagar el del padre. Un moro á quien habian hecho los cristianos prisionero, dióle al mes de la captura de Leonor noticia de otro moro encarcelado en una de las torres de Granada, el cual hacia muchísimo tiempo que estaba encerrado allí por orden de su rey, sin permitirle comunicacion ninguna, en castigo, segun se decia, de haber sido la causa en otros tiempos de la pérdida de una batalla. Esto de *batalla perdida* llamó la atencion del conde, porque la que ganó el rey cristiano á seis leguas de Ciudad-Real, se habia en su concepto debido á faltar á los sarracenos la asistencia de alguno de sus gefes, y nada tendria de extraño que habiéndose alejado del campamento la noche anterior á la accion aquel Alhagib que sabemos, fuese ese Alhagib el caudillo á que el moro se referia, y que la ausencia de sus reales para arrebatarse á Leonor, hubiera ocasionado la derrota que el rey granadino castigaba en él, condenándole á perpétua prision. Fué esto un rayo de luz para el conde, y una vez concebida tal sospecha, trató de apoderarse á todo trance del objeto que la motivaba. La empresa no era fácil en verdad, porque cómo penetrar en Granada, y tras esto en el calabozo donde yacia preso Mulhacen, que era el nombre que el moro le daba? No pudiendo conseguir por la fuerza lo que era solo propio del ardid, trató de seducir al alcaide por medio de emisarios secretos; pero este resistió la seduccion, y en vez de hacer entrega del preso, avisó á su rey de las artes que los cristianos ponian en juego para apoderarse de él. Las cadenas de Mulhacen redobláronse así en vez de romperse. No era hombre el conde entretanto para desistir de su idea porque este medio le saliese mal, y aprovechando la coyuntura de haber caido enfermo el rey castellano y de haberle confiado este la lugartenencia del reino, hizo con el rey moro un tratado cediéndole varias poblaciones en las faldas de Sierra Morena, y recibiendo en cambio á Mulhacen, el mismo que fué puesto en capilla en el torreón de Santa Leocadia, segun nos ha contado el escudero.

Grande fué la alegría del conde al tener en su poder al amante de la desgraciada Leonor, porque ese Mulhacen era en efecto aquel Alhagib disfrazado que la vispera de la batalla la habia arrebatado del convento, fingiendo traer el brebaje que el conde le tenia encargado. Este en tanto no se satisfacía con haberse apoderado de él, si no conseguia saber en

donde existia su hija. Así, prometiéndole la vida, si le hacia esa revelacion; pero el moro le miró con desprecio, sin querer darle explicacion ninguna, no ya precisamente en lo tocante á Aldonza, mas ni tampoco en lo relativo á sus amores con Leonor. Amenazóle entonces el de Irache con ejercer su venganza en esta, callándole que la habia ya tomado; pero el moro volvió á su desden, contentándose con decirle que queria morir como cristiano. De aqui la llamada de Jaime para que fuese á auxiliar al reo; pero el conde tenia un sacerdote mas al caso para sus miras, y de aquí haber cerrado á aquel las puertas del calabozo, para abrirlas al padre cura, cuyo retrato, antecedentes y miras, son en el presente capitulo nuestro primero y principal objeto.

El vicario que anhela saber tanto ó mas que el conde de Irache los secretos del musulman, dirigióse exhalado al torreón; pero el moro comprendió la tramoya, y rechazó con indignacion el sacerdote que le enviaba. Despues de esto ocurrió la aventura referida por el escudero, la traslacion de Mulhacen al subterráneo, su ejecucion secreta en él, la desaparicion del cadáver, y la de Jaime que no volvió mas despues de su visita á Astarot; misterios hasta ahora incomprendibles, y cuyo velo no debo yo alzar mientras no lo haga la crónica.

Grande fué la sorpresa del cura cuando se miró rechazado por el árabe, no solo en el calabozo de arriba, sino tambien en el del subterráneo, viéndose así imposibilitado de saber lo que apetecia. En el primer momento de enojo, estuvo por decir al conde todo lo que sabia de Aldonza; pero reflexionándolo mejor, convenciéndose nuevamente de que esto merecia pensarse mas despacio, y presenciando la ejecucion del moro envenenado por Astarot, sin poder conseguir del reo, que muriese reconciliado con nuestra santa Religion Católica. Cuando á la mañana siguiente divulgóse por la ciudad la noticia de la desaparicion del cadáver que al anochecer del dia anterior habia sido colgado en la horca, él y el conde quedaron como estatuas sin saber lo que les pasaba, y mas sabiendo que el centinela encargado de hacer la guardia al cuerpo, habia desaparecido con él. Incidente tan inesperado parecia no dar lugar á duda, de que en la ejecucion de Mulhacen habia alguna supercheria, y era necesario evitar las consecuencias de todo esto. El conde hizo mil indagaciones; pero no pudo averiguar nada. Una alcuza en vez de un cadáver: tal fue el único resultado que tras infinitas pesquisas vinieron ambos á sacar en limpio.

El rey convalació de su dolencia, y el conde dejó de ejercer la lugartenencia del reino, aprobando aquel todos sus actos y dispensándole su favor y su confianza con el abandono que siempre. El cura se volvió á su lugar haciendo mil calendarios sobre lo que habia pasado, y con orden de distribuir sumas considerables á los que se sintiesen con ánimo para entrar en la casa de Pero-Hernandez, recinto sospechoso para el conde desde muy antiguo, y ahora con particularidad ocurriendo lo que habia ocurrido. Para el conde era indudable que aquella endemoniada mansion encerraba mas de una victima salvada de su persecucion entre las muchas que habia sacrificado; pero no se atrevia á proceder de una manera publica en sus indagaciones, por no esponerse á las consecuencias de esa misma publicidad, dando



ocasion á que llegasen á los oídos del rey ciertas cosas que estaba en el interés del valido permaneciesen para siempre ocultas. El vicario en este concepto era el único que podía servirle sin dar lugar á esos inconvenientes, y ya hemos dicho que la razon principal de permanecer allí el cura era esa precisamente.

Este anhelaba como el que mas saber lo que allí dentro pasaba; y así puso en ejecucion el mandato del conde, prometiendo secretamente cantidades considerables á muchos que pasaban por bravos en aquel pueblo y en los circunvecinos, si se resolvian á entrar en aquel palacio, dándole luego minuciosa cuenta de todo lo que viesen en él. Tres hombres penetraron en la casa á consecuencia de estas invitaciones, y ya saben nuestros lectores que entraron y no salieron.

Lleno de terror el vicario al ver el éxito de sus tentativas y al presenciar la espantosa escena de la aparicion de los tres referida en otro lugar, con *item mas* la del esqueleto, resolvió desistir para siempre de esta clase de indagaciones, dejando en libertad al demonio de hacer lo que le placiese dentro de aquel maldito palacio, con tal que no se metiese con él de puertas afuera, ni le embarazase en sus planes relativos á la pobre Aldonza. El demonio á lo que parece escuchó la impía plegaria con que el malvado se lo suplicó, porque ningún espíritu infernal puso obstáculo á que el alcalde accediese á sus designios, ni en la casa del cura se oyeron por la noche los frecuentes ruidos que en las demas, ni sucedió á este, en fin, cosa alguna de la cual pudiese inferir que la casa de Pero-Hernandez debiera serle temible. Esto en el año y medio transcurrido desde la aparicion de los tres hombres, hasta el día en que llegaron á aquella poblacion el alférez y el escudero. Con esto estaba el cura contentísimo, disfrutando en compañía del ama la crecida pension que le daba el conde; lo que había sobrado de las sumas destinadas por este á premiar á los bravos que entrasen en la casa, los cincuenta escudos anuales de los ciento que una mano desconocida entregaba todos los años al alcalde para la subsistencia de Aldonza, los diezmos y primicias de los fieles, los productos de los bautizos y entierros, casamientos, misas, responsos y demás que era de cajon en el curato que desempeñaba, y que como es de inferir no se descuidaría en explotar el que entre sus virtudes primeras contaba el egoismo y la avaricia.

Mas no era todo egoismo en él. Un ojo observador como el del árabe hubiera descubierto entre él y el ama relaciones un poco mas cordiales de las que convenian al decoro de esta y al estado á que aquel pertenecía. Al menos por lo que toca á Diego Perez, no cayó esta flaqueza en saco roto, ó diganlo sino sus maliciosas y picarescas alusioncillas la noche en que el cura y el ama dieron cuenta á sus refugiados de lo que les había ocurrido con los consabidos fantasmas. Este primer anuncio de guerra á los proyectos del párroco, fué para él tan inesperado, que en el primer momento de estupor hizo propósito de arrepentirse de su mala vida pasada, renunciando á todo proyecto que pudiera perjudicar á Aldonza, ya que el cielo había dispuesto que sus miras particulares fuesen hasta entonces la causa de no haberla entregado al conde como había entregado á

su madre. Tal era el estado de incertidumbre y tribulacion en que se hallaba su espíritu, cuando el alcalde y los demas fugitivos vinieron á acogerse á su casa. La relacion de lo que le había pasado fué bastante ajustada á la verdad, y lo mismo las palabras del ama; pero uno y otro se callaron algo, y ese algo fué la prohibicion que los fantasmas les impusieron respecto á vivir separados. Por eso dijo el cura que en su cuento había cosas que no podían revelarse, y por eso dijo su cómplice que ella tambien se pudria algo que á nadie podía decir sino en secreto de confesion.

La noticia del robo de la iglesia obligó al cura á dirigirse al templo, y ya hemos visto en otro lugar el efecto que produjo en su alma la vista de Zacatin unida á las palabras del alférez refiriéndose á Catalina. La que él había creído en el primer momento de terror una escena sobrenatural dispuesta por el cielo para poner coto á sus crímenes, apareció á sus ojos desde entonces bajo otro punto de vista. Las palabras del alférez, aunque las pronunciase beodo, parecían indicar que Catalina había jugado en la danza, y el recuerdo de la voz del fantasma tan parecida á la de Mulhacen, si bien destigurada á propósito por lo que el cura pudo recordar, fué otro nuevo rayo de luz que hizo á este caer en la cuenta de lo que aquello podía ser, y de aquí, como ya tambien sabemos, la cita dada al alcalde.

Esa entrevista en tanto no nos dice sino lo que pasó entre los dos; pero ignoramos otros pormenores que dicen relacion al vicario, y que es preciso manifestar ahora.

Este, no bien dijo su misa, retiróse á su domicilio, y encerrándose en el cuarto bajo de que ya tenemos noticia, rompió el sello del pergamino que le había entregado el fantasma. No había dentro de él nada escrito, y esto frustró en gran parte, en su parte mas esencial, la curiosidad del vicario, viéndose precisado á contentarse con la llavecita que estaba introducida en el sello, sin comprender su significado, y con media medalla de oro asida á los dientes de la llave y aconcajada por la opresion con que estaba rollado el pergamino. Esto le satisfizo algo mas, presumiendo que la que el alcalde tenía era la otra mitad de la medalla. Este en tanto tardaba bastante, y mientras acudía á la cita, subió el cura á prevenir al ama se trasladase con la pobre Aldonza á otra casa que le indicó como mucho mas á propósito para tenerla guardada, añadiéndole al oído algunas frases que se referian á Toño, y diciéndole *hasta la noche*. En esto vino el alcalde, y el cura volvió al cuarto bajo, teniendo con él la entrevista á que le había citado, y llevándose el chasco de no hallar en la bolsa que tenía el alcalde, cosida en lo interior del jubon, sino una llavecita pequeña, en vez de la otra mitad de la consabida medalla. Esto le puso de mal humor, y así despedido el alcalde, volvió á encerrarse en el cuarto bajo, donde estuvo largo tiempo ocupado en hacer con el pergamino una buena porcion de experimentos, recurriendo unas veces al agua y otras al calor de la lumbre; pero no consiguió lo que anhelaba, que era ver si por esos medios descubria lo escrito en él, pareciéndole inconcebible un pergamino dirigido al Rey sin una sola letra por dentro.

Cansado ya de perder el tiempo en pruebas in-



fructuosas, quiso aprovecharlo mejor meditando detenidamente sobre lo que estaba pasándole, y vio que su posición era realmente muy seria, pues si como ya no dudaba, se había Catalina salvado y Mulhacen le hacía compañía en la casa de Pero-Hernandez, era muy de temer que de un momento á otro llegase un día triste para él, y así, era necesario escudarse, convenciéndose cada vez mas de que ese escudo no podía ser otro sino el que desde por la mañana estaba abroquelándole ya, que era tener en su poder á Aldonza. Su modo de discurrir era tan lógico y tan infernal como puede serlo un discurso largo y prolijamente meditado por una cabeza malvada. Si en la lucha que al parecer estaba próxima á entablarse, vencían Mulhacen y Leonor descubriéndose los crímenes del conde, podía él quedar en buen lugar, ó conseguir al menos clemencia, devolviendo Aldonza á sus padres: si era al revés, y vencía el conde, la ponía en manos de este, y hacía también su negocio, y tanto en uno como en otro caso nada perdía en realizar la boda, puesto que en el primero daba á su sobrino nada menos que una condesa, y en el segundo era fácil desembarazarse de una mujer completamente inútil, una vez desvanecido el condado. ¿Y por qué no podía suceder que tanto el conde como su hermana se fastidiasen completamente, si él sabía manejarse de modo que las cosas llegasen a ese extremo? Bajo todos los puntos de vista, Aldonza era en las manos del cura un arma defensiva y ofensiva segun le conviniese manejarla.

Formó, pues, el vicario su plan; pero como podía suceder que á pesar de todo lo dicho, se hubiese equivocado el alférez en creer haber visto á Catalina entre los humos de la borrachera, ni mas ni menos que él en encontrar parecida á la de Mulhacen la voz con que le habia hablado el fantasma, trató de saber ante todo si aquella se habia salvado, y sin revelar nada al conde de lo que le convenia ocultar, escribióle una carta lacónica escrita con tinta simpática, diciéndole:

*En este lugar han ocurrido algunas novedades. Ved si en el castillo de Irache existe aquello que escondió Astarot. Se dice que el demonio anda suelto, y conviene pisarle la cola. Dios os conserve en su divina gracia.*

Hecho esto, cerró el pliego, y entregándolo al tío Ramon á quien habia hecho llamar, dióle orden de partir inmediatamente á ponerlo en las manos del conde. Pocos momentos despues, vino el ama. Era ya cerrada la noche.

—Y bien, Gertrudis! dijo el cura: ¿está Aldonza ya con tu hermano?

—Si, contestó Gertrudis, y por cierto que se ha quedado suspenso el alcalde, segun me ha dicho la tia Teresa, al ver que nos habiamos ido de casa.

—Es necesaria esa precaucion. Esos fantasmas tienen comunicacion con las casas del extremo del pueblo, y luego se suben por los tejados y recorren los demas edificios. La casa de tu hermano está aislada, y no ofrece los mismos inconvenientes, siendo así la mas á propósito para guardar á Aldonza y guardarnos, si esta noche vuelven los ruidos como la noche pasada.

—¡Dios mio!

—¡Eh! ya te he dicho que no temas.

—¡Tengo un miedo!

—La casa de Pacomio te volverá la tranquilidad. Allí no se han oido hasta ahora los ruidos que en las demás casas, ni ha habido apariciones, ni vestigios, ni nada en fin de lo que se ha visto en los edificios contiguos á los demás de la poblacion. ¿Y Toño?

—Acaba de llegar ahora, segun se le tenia prescrito.

—¿No le ha visto nadie?

—Se ha hecho todo con la mayor precaucion, y además ya veis que es de noche.

—Es preciso que el oficial y el escudero no se aperciban de lo que pasa.

—Pacomio ha tranquilizado al alcalde, y están tomadas todas las disposiciones que hacen al caso.

—Cerremos, pues, la puerta de casa, y vayamos allá.

—Vamos.

—Vamos.

Y echaron á andar por la calle, dirigiéndose sigilosamente y sin que nadie los viera, á casa de Pacomio el sacristan, donde Aldonza habia sido llevada.

## CAPITULO XV.

**Toño, Aldonza, Gertrudis, Pacomio, el Cura y otros varios sujetos. Preparativos de boda.**

La casa en que habitaba Pacomio era, como se ha dicho, un edificio enteramente aislado de los demás, y estaba situada cerca de la del cura en las inmediaciones de la iglesia. Era la mas alta del pueblo, exceptuando el Palacio de Pero-Hernandez, el cual tenia tres pisos y un minarete muy elevado, mientras aquella tenia solo dos y una boardilla en medio del tejado, la cual, por lo mismo de estar en el centro, no se via desde la calle sino á bastante distancia. Dicha casa á primera vista parecia una especie de cuartel, y de tal habia servido por su mucha capacidad en las antiguas guerras con los moros. Andando el tiempo, el último dueño que habia tenido, hizo de ella donacion á la iglesia, habiéndola habitado desde entonces los curas anteriores al nuestro; pero este, á quien el conde de Irache habia proporcionado otra morada, aunque menos capaz, mas bonita y mas susceptible de comodidades, la cedió desde luego á Pacomio, que como buen hermano de Gertrudis, era acreedor á eso y mucho mas.

La planta baja de este edificio tenia cuatro departamentos, ocupados por lo general con utensilios viejos de la iglesia; el piso principal otros tantos, y una buena cocina además; y el piso segundo, tres solo, los cuales consistían en dos salas y en un oratorio, construido probablemente por alguno de los vicarios para sus ejercicios piadosos, y hasta para decir misa en él cuando hubiera necesidad. A Pacomio, siendo hombre solo, le sobraban como es natural las siete octavas partes de la casa, y así no acostumbraba á ocupar sino uno de los cuartos del piso segundo inmediatos á la cocina, y esta última con particularidad. La boardilla, en los días de invierno, le merecia también notable predilección, pues sobre ser bastante cómoda, abriendo una ventana que tenia, entraba el sol de lleno en su recinto, y si no se movia aire, se estaba allí lo que se llama bien, calentándose el individuo sin tener que gastar en carbon. Así, lo me-



jor de aquella casa era entonces el cuarto del tejado, al revés de lo que en otras sucede, donde suele ser lo peor. Pacomio lo tenía aseado, mientras el resto de las habitaciones que no estaban ocupadas por él, eran todas basura y telarañas.

Cuando el cura llegó con el ama á la casa de que estamos hablando, estaba el sacristan á la puerta esperándolos impaciente.

—¡Gracias á Dios! exclamó al verlos: creía que vuestras mercedes no pensaban en venir nunca.

—¿Está todo dispuesto? dijo el cura.

—Aldonza, contestó Pacomio, está encerrada arriba, en la boardilla, y no hace mas que llorar al ver que la he dejado sola allí, cerrando la puerta con llave despues de tabicar la ventana.

—¿Y mi hijo? preguntó Gertrudis.

—¡Eh! repuso el sacristan, mas bajito! que hay gente cerca y nos puede oír.

—Siempre son las mugeres imprudentes, añadió el cura refunfuñando. Aquí no hay hijo que valga, sino Toño y no mas que Toño. ¿Dónde está ese muchacho?

—Durmiendo. Fastidiado de esperar á vuestras mercedes, y cansado ademas del viaje, se ha recostado sobre mi cama.

—Cerrad bien, dijo el cura, la puerta de la calle, echando la barra de hierro, y hasta que esto se haya concluido, cuidado con abrirla ni responder, aunque la hundan á golpes. ¿Está el oratorio dispuesto?

—Todo está corriente, padre vicario, respondió Pacomio atrancando la puerta.

—Disponed, pues, todo lo necesario, y haced que estén dispuestos esos hombres por si necesitamos su auxilio. Vos, Gertrudis, subid á ver á Aldonza, y consoladla lo mejor posible. Yo por mi parte voy á ver á Toño.

El ama subió á la boardilla, donde Aldonza estaba encerrada. Pacomio hizo salir de los cuartos bajos una porcion de hombres armados que el cura le habia hecho traer, y los distribuyó por la casa en los sitios mas convenientes por si acaso le daba á algun fantasma la ocurrencia de venir á turbar el acto que se preparaba. El cura subió á ver á Toño, que como habia dicho el sacristan, estaba en el piso segundo, roncando á mas roncár en su cama.

Antes de seguir adelante, conviene que sepa el lector que el tal Toño acababa de llegar de la poblacion en que estaba, siendo introducido de noche en la casa del sacristan por órden espresa del tio, comunicada á Gertrudis cuando, segun hemos visto en el capitulo anterior, le habló aquellas palabras al oido. El prometido esposo de Aldonza era un jóven como de unos diez y siete años, y segun se parecia á Gertrudis, hubiera podido pasar por hijo suyo mas bien que por sobrino del cura. Su figura era gallarda; pero por una estraña fatalidad, todo lo que era bello era tonto, siendo así una especie de busto sin pizca de meollo por dentro, añadiéndose á esto lo grotesco y repugnante de sus maneras, nada en armonia tampoco con su agradable exterioridad. Sentado ó puesto en pié sin menearse, y sin hablar sobre todo, tenia cuantas dotes se podian aprovechar para fascinar á cualquiera; pero apenas movia un pié, ó empezaba á soltar la sin hueso, desvanecianse las ilusiones y mostrábase tal cual era: una

bonita bestia y nada mas. Habíase criado en un pueblo distante dos jornadas del cura, yendo este á visitarle algunas veces, y otras, aunque mas raras, el ama, sin consentir que viniese él á visitarlos á ellos, por razones que ellos se sabian. No tenia padre ni madre (esta historia está llena de huérfanos); pero hacian las veces de tales un pobre labrador y su muger, á quienes el vicario habia encargado la educacion de la criatura, reducida á dejarla comer, vestir, calzar, holgar y divertirse como mejor le placiese. Con esto á las prendas de estúpido, añadió tambien Toño las de vago. El cura daba lo exigüamente preciso para su manutencion y demas que era consiguiente, y el ama por bajo de mano aumentaba algunas cosillas, conociendo que la avaricia del vicario se quedaba siempre algo corta. Así pasó el muchacho la infancia y los primeros años de su juventud, y así hubiera llegado tal vez hasta la edad de la virilidad, á no haber ocurrido el incidente de existir una Aldonza en el mundo, y un cura empeñado en dar cima á su favorito proyecto de casar con ella á aquel zángano.

El vicario no dijo á su sobrino ni una palabra de ese consorcio, hasta que llegada la hora de realizar sus designios, resolvió enviarle á llamar. Para que se presentase á la novia con todo el decoro posible, envióle un vestido nuevo, sin olvidarse de que le acompañaran dos mozos de su lugar en calidad de criados, para mas fascinar al alcalde á quien habia dicho que era rico. Todas estas y otros medidas tomadas con el mismo objeto, eran ahora enteramente inútiles, estando Aldonza en poder del cura, y habiendo este cambiado de idea en cuanto á realizar el matrimonio de una manera pública y solemne. La órden dada por el vicario á su sobrino, fué que viniese al momento, esperando sus ultiores mandatos en una casita de campo que el mismo vicario tenia á media hora del pueblo donde pasa la escena de esta historia. Su objeto era prevenirle allí acerca de la manera con que habia de hacer su papel de muchacho bien acomodado, temiendo si no daba este paso, que enseñase el sobrino la pata y le hiciese quedar malamente ante la novia y sus padres. Merced al cambio de circunstancias que este dia habia ocurrido, no fué esto necesario tampoco. Toño llegó á la quinta, y con uno de los dos mozos que le acompañaban, hizo saber su arribo al vicario. Este entonces mandó á Gertrudis enviase á su hermano Pacomio á recibir al recién venido, trayéndole de noche á su casa y procurando que nadie le viese. El sacristan cumplió sus instrucciones, y mientras él iba á la quinta y el alcalde tenia con el vicario la entrevista que ya se ha referido, Gertrudis sacó engañada á Aldonza, diciéndola que iba á ver á sus padres, consiguiendo de esta manera darle por prision la boardilla. Este último paso era arriesgado porque los vecinos del pueblo podian ver la entrada de Aldonza en la casa del sacristan; pero el diablo dispuso las cosas en términos de que nadie notase la traslacion de la pobre muchacha, á pesar de hacerse de dia. A la hora del anoecer envió Pacomio á decir al alcalde que Aldonza estaba en lugar seguro en otra poblacion inmediata, y que no temiese por ella, pues el cura queria alejarla del alférez y del escudero, amparando como debia contra



las artes de la seducción la inocencia y candor de la muger destinada á ser su sobrina.

Tenemos, pues, bajo un mismo techo á los dos futuros esposos, sin que nadie sepa de ellos sino el cura, el sacristán y Gertrudis. Dejemos ahora á esta con Aldonza, y á Pacomio repartiendo su gente por el interior de la casa y oigamos al sobrino y al tío.

—¡Ehl! dijo el cura, acercándose á la cama en que Toño estaba roncando, y tirándole las narices: ¡eh! ¡buena pieza! ¿qué haces ahí durmiendo?

—¡Ay que barbaridad! exclamó Toño, abriendo un palmo de boca y despertándose con dificultad. ¿Quién diablos me agarra la trompa?

—¿No me das un abrazo, Toñito?

—¡Ay que diantre! ¿Erais vos? Pues á fé que no me lo podía figurar, porque os tenía por menos bestia. ¡Tratar mis narices así!

—Vamos, Toño, eso no vale nada. Ponte en pié, y escucha.

—¿En pié? Nones. Para escuchar es diferente estar de cualquiera manera.

—Pero para casarse es preciso disponerse como corresponde. ¿No sabes que has venido á casarte?

—¡Toma! eso lo sé hace tres días, pero hasta ahora no me ha dicho nadie si vá esto de burlas ó de veras.

—Va de veras, querido Toño. ¿No quieres ver la novia?

—¿Quién? ¿yo? ¡Vaya una pregunta!

—¿Por qué?

—Porque es claro que sí. ¿Quién se casa sin saber ante todas cosas si su muger es bonita ó fea?

—Y también querrás saber si te ama.

—Eso no me importa un comino. Con tal que sea bonita...

—Es rica.

—Eso importa menos aun. El que me ha mantenido soltero, seguirá manteniéndome casado aunque mi muger nada tenga.

—¿Cuentas siempre con la bolsa del tío?

—Pues ya se vé que cuento.

—Pues mal hecho, porque lo que te he dado hasta aquí ha sido una obra de caridad que no sé si podré continuarla en los términos que hasta ahora lo he hecho.

—¡Bueno! si vos no me manteneis, no faltará otra alma caritativa que se encargue de esa incumbencia.

—¿Y quién ha de hacerlo, Toñito, el día en que yo te falte? Eres huérfano; no tienes padres.

—¡Valientes majaderos los dos! ¡Morirse cuando yo vine al mundo! Pero en fin si vos me faltáis, ahí está la tía Gertrudis que no se olvidará de su hijo, como me ha llamado mil veces.

—Enhorabuena; pero si yo me muero, ¿qué podrá hacer Gertrudis por tí? ¿No conoces que soy su sosten, lo mismo que lo he sido tuyo?

—¡Pues bien! me casaré con muger rica, ya que estais empeñado en ello. Pero hablemos claro: si es fea...

—Es bella como un ángel.

—Pues entonces no hablemos mas. Yo soy bonito, y quiero tener hijos que no desmerezcan de mí. ¿Cuándo es el matrimonio?

—Ahora mismo. Limpíate el polvo del camino; asía-

te como corresponde, y lo demás corre de mi cuenta.

—El vestido nuevo, ¿no es eso?

—Yo en un principio había pensado que el casamiento se verificase con toda solemnidad, y en ese caso estaría muy en el órden que te ataviases lo mejor posible. Habiendo cambiado de idea, y siendo el enlace sin ceremonia, no es tan preciso ese requisito; pero en fin... nunca está demás. Ponte el vestido nuevo.

—Corriente; pero traedme luego la novia, porque como dice el tío Cantillo, estas cosas deben pensarse poco, pues si se piensan mucho...

—Es verdad, no se casaría ninguno. Mas tú no estás en el mismo caso, porque á ti no te toca pensar nada, sino á mí y á los padres de la muchacha, como autores del matrimonio.

—Pues mirad, me alegro muchísimo de no tener que discurrir yo nada, porque siempre que pienso en algo, no puedo remediarlo... me duermo.

—Hasta luego, Toño.

—Id con Dios; pero cuidado con que sea vieja.

Tal fué el diálogo que pasó entre el cura y el dignísimo idiota destinado para esposo de la víctima. Esta entretanto estaba en el desván, lamentando la ausencia de sus padres, y el modo misterioso y siniestro con que había sido allí conducida.

—Vos me habeis engañado, decía á Gertrudis. Me habeis dicho que mis padres estaban aquí, y Pacomio ha repetido lo mismo, y os habeis burlado de mí, dejándome encerrada en esta boardilla, donde no puede socorrerme nadie si me sucede alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia te ha de suceder, hija mía, respondía Gertrudis. Yo soy tu buena amiga, ya lo sabes; y cuando te hemos traído aquí, es señal que así te conviene. ¿Dudas también del padre vicario?

—¡Ah! no, del padre vicario, no; y por eso me estraña mas que me hayan sacado de su casa, donde, aunque no muy contenta, porque al cabo no estaba con mis padres, tenía menos miedo que aquí.

—¿Pero no te he dicho ya que el traerte había sido disposición del señor cura? El te dirá para que lo ha hecho, y estoy segura que le agradecerás el cuidado que se toma por tí.

—Ya se vé que me lo agradecerá, dijo el vicario entrando en la boardilla.

—¡Ah! ¿Vos aquí? exclamó Aldonza, echándose á los pies del vicario. Entonces, ya no temo nada, porque vos no me quereis mal.... ¿no es verdad que no me quereis mal?

—¡Yo, hija mía! ¿Y por qué? Pero veo que has debido llorar bastante, cuando yo te había hecho traer para hacer tu felicidad. ¿Te han tratado mal por ventura el ama ó su hermano Pacomio?

—No, tratarme mal, no señor; pero me han dejado aquí sola, y.... no sé.... desde que no veo á mis padres, me parece que todo lo que me rodea me amenaza con alguna desgracia. ¿En dónde estan mis padres?

—Una niña que vá luego á tener esposo, no necesita mas padres que él. Son palabras de la Escritura.

—¿Yo un esposo! ¿qué es lo que decís?

—Pues no sabes ya desde anoche....

—Sí, sí.... anoche me lo dijeron: pero luego dijisteis vos que una voz bajada del cielo había prohibido



ese enlace, y yo estaba tranquila ya, y era imposible figurarme esto.

—Pues no has pensado bien, hija mia, porque ni la voz que me habló era bajada del cielo, ni lo que yo dije anoche tuvo otro objeto que sondear tu corazón y ver por las señales de tu rostro, si tenías algún amor escondido. Tú, hija mia, estás fascinada por un hombre á quien viste ayer.

—¡Padre vicario!

—Sí, por un hombre que acaba de llegar á este pueblo... pero, Gertrudis, esperadme allá abajo, porque esta niña ante todas cosas tiene que confesarse conmigo.

El ama salió de la boardilla, y dejó al cura solo con Aldonza. La pobre muchacha empezó á temblar como la hoja en el árbol.

—Veo que estás temblado, dijo el cura; pero yo como sacerdote no puedo infundirte temor. Abreme tu corazón, hija mia, y confíesame todas tus culpas. Yo te absolveré compasivo si veo en ti señales de enmienda.

—Pero, padre vicario, dijo Aldonza derramando un torrente de lágrimas: este sitio en que estamos no es la iglesia para que yo me confiese, y además, para confesarse, es preciso ante todas cosas disponerse como corresponde.

—¡Aldonza! háblame como á Dios. Tú amas á otro hombre.

—¡Sí, padre! Le amo... desde el momento que le he visto, no he podido menos de amarle.

—¡A un villano, á un infame, á un inicuo!

—¿Qué decís? ¡Diego Perez!

—¡Ah! vamos, exclamó el vicario para sí: ya sabemos que no es el oficial el preferido entre los recién llegados.

Y luego, volviéndose á ella:

—¿Con qué es Diego Perez, le dijo, el que fascina tu corazón? Preciso será que ese hombre te haya dicho algunas palabras capaces de hacerte caer en la tentación de quererle.

—No, padre, no me ha dicho nada. Sus ojos han hablado por él.

—¡Sus ojos! ¡Imposible! Algo mas.... algo mas que miradas ha habido.

—¡Padre!

—¿Nada te ha dicho?

—¡Nada.... nada! pero lo he comprendido todo. Además, cuando los ruidos de anoche, él era el único que tenía valor, el único que á todos daba ánimo. ¿Cómo quereis que yo no le amara?

—¿Ni aun siquiera te ha estrechado la mano?

—¡Padre!

—¡Oh sí! te la ha cojido, y algo mas.... algo mas que cojértela ha hecho.

—Es verdad! Me la besó tiernamente.... y despues me estrechó entre sus brazos.

—He aquí la razón por qué tus padres no podían consentir que permanecieses un instante mas á su lado; he aquí por qué has venido á mi casa; he aquí por qué has sido traida al sitio en que ahora te encuentras. Para penitencia á tu culpa, sino has cometido otra mas....

—No, padre! os lo he dicho ya todo.

—Para tu penitencia, repito, basta el mal rato que has pasado aquí; mas para que yo pueda absolverte,

es necesario algo mas.

—¿Y qué exijis de mí?

—Que al momento te dispongas á dar la mano á Toño.

—¿Qué decís?

—Que espera allá bajo, y que debes renunciar para siempre al amor de ese advenedizo, de ese infame, de ese vil escudero.

—Padre! me destrozais el corazón. Vos no conocéis á mi amado cuando de ese modo habláis de él.

—Por su clase es indigno de ti.

—Mi familia no es noble, señor; yo soy una muchacha de la plebe; el amor que yo tengo á Diego no puede sonrojar á mi padre.

—Tu padre tiene bienes de fortuna, y Diego no posee nada.

—¿No posee nada, siendo tan discreto, tan gallardo, honrado y valiente?

—Tus padres no le quisieron por yerno.

—Yo no aspiraba á darles un hijo: me contentaba solo con amarle.

—Tú no puedes amar á nadie, si tus padres se oponen á ello.

—Mis padres dispondrán de mi mano; pero no de mi corazón.

—Tú dictas tu sentencia, hija mia. Yo por ahora no pido tu corazón; lo que reclamo en nombre de tus padres es tu mano, solo tu mano.

—Señor! tened compasión de mí. ¿Puedo ser yo esposa de un hombre, cuando mi corazón ama á otro?

—Le amas porque no hay un deber bastante poderoso á impedirlo. Casada, amarás á tu esposo; trás la mano vendrá el corazón. Venga inmediatamente la mano.

—¡Dios mio! Yo me voy á volver loca, exclamó Aldonza fuera de sí, al verse cada vez mas estrechada por las exigencias del cura: ¿es posible que un ministro de Dios se espese de esa manera? Yo os tenía por bueno, Señor, y veo....

—No prosigas, insensata, dijo el cura sellándole los labios: hasta aquí te ha hablado el amigo... el ministro de Dios viene ahora. Aldonza, en nombre del cielo, yo te mando renunciar á ese amor.

—Ah! exclamó Aldonza, eso es mas cruel que lo que antes me habíais dicho. Antes os limitabais á mi mano.... ¡ahora me arrancais las entrañas! Habladme como amigo otra vez.... ¡el ministro de Dios me dá miedo!

—Sin embargo, replicó el cura con espantosa solemnidad, es necesario oír al sacerdote. Esa pasión que te hace delirar es efecto de artes diabólicas empleadas por el escudero. No domina un hombre tan pronto en el corazón de una jóven sin el auxilio de Satanás. Los sucesos de anoche son horribles. Tu amor es caso de inquisición.

—¿De inquisición! ¡Ah! ¿qué decís?

—Sí, Aldonza. Recuerda el sacrilego robo que se ha verificado en la iglesia.... recuerda la tumba y las hachas que en tu casa se aparecieron... recuerda el perro de Diego Perez que tanto miedo te infundía anoche.... recuerda....

—¡Ah! ¡por piedad! yo me abogo.

Y la pobre muchacha al oír estas espresiones del cura no pudo en el estado en que se hallaba resistir semejantes recuerdos, y cayó desvanecida á sus pies.



El vicario se asomó á la escalera, pidiendo auxilio al ama y á su hermano. Estos no sabiendo á que atribuir aquel inesperado incidente, dirijéronse á la boardilla seguidos de los hombres armados. Toño, vestido ya como de fiesta, subió á la boardilla también.

—¿Qué ocurre? exclamó el sacristán, acercándose no sin recelo al sitio en que estaba el cura.

—¿A donde vá esa gente? dijo este. Haz que vuelvan esos hombres abajo, que no es necesario su auxilio.

—¿Cómo habeis llamado así tan....

—Está bien que se hallen dispuestos por lo que pueda ocurrir, mas repito que lo que es por ahora no hay nada que huela á fantasmas.

—¿A fantasmas? exclamó Toño mientras se retiraban los hombres y Gertrudis iba por agua para rociar la cara á Aldonza: si lo decis por mí, teneis razon, porque estoy hecho un fantasma completo desde que os estoy esperando. ¡Pero calle! ¿Una niña con vos?

—Anda abajo, Toño, anda abajo.

—¡Toma! pues está desmayada. ¿Es esa por ventura mi novia?

—Repito que te marches de aquí, dijo el cura con tono enfadado.

—Y es bonita á lo que parece. ¿Pero qué diablos de patatús le ha dado?

—Aquí está el agua, dijo Gertrudis, entrando donde estaban los tres, es decir, el vicario, Aldonza y Toño.

—¿Agua? exclamó este último: ¡jarre allá!

Y dió un puntapié á la vasija, haciéndola rodar por la escalera.

—¿Qué haces? dijo el cura.

—¡Pues es claro! contestó el animal del sobrino. Para que la pobre muchacha vuelva del desmayo en que está, el mejor remedio es el aire. Venga un sombrero; yo la haré volver.

—Eres un majadero, un animal.

—¿Animal? Ahora veremos.

Y sin pedir licencia al vicario, abrió la ventana de la boardilla, no sin costarle bastante esfuerzo, dando entrada á un viento fortísimo que á la sazón estaba soplando.

Fuese casualidad ó no lo fuese, Aldonza comenzó á volver en sí, no bien Toño abrió la ventana.

—No lo veis? dijo este.

—Enhorabuena, contestó el vicario; pero vuelve á cerrar al momento, y tú, Gertrudis, apaga la luz.

—No es necesario, dijo Gertrudis, porque el viento se ha encargado de hacerlo.

—Sí, exclamó el vicario, es verdad; pero lo ha hecho demasiado tarde. ¿Oyes ladrar un perro?

—Con efecto. Parece el mismo de anoche.

—Sí, el mismo es... ¡el perro nos ha visto! Vamos abajo inmediatamente.

Y cogiendo entre los tres á Aldonza, que estaba aun medio alestargada, dirijéronse con ella al piso inmediato, previniendo á los hombres armados que estuviesen todos alerta.

Gavilan entretanto ladraba desde algun sitio alto al parecer, segun se oían claros los ahullidos que el viento enviaba. ¿Empezaba otra barahunda como la noche anterior? La poblacion estaba sosegada, y la casa de *Pero-Hernandez* no daba señal la mas leve de turbar su tranquilidad. ¿Por qué, pues, ladraba aquel bicho? Gavilan habia quedado en el cuarto del oficial, atado á los pies de la cama, y fuerza será trasladarnos á la

casa del señor alcalde, para saber á que hemos de atenernos relativamente á este punto.

## CAPITULO XVI.

### ¡A la casa de la boardilla!

Vestido medio de gala el alférez, y llana y lisamente el escudero como de costumbre tenia, bajaron á cenar con el señor Alcalde, segun se les tenia prevenido, á la hora del anochecer.

La mesa estaba puesta en la cocina, y tenia cuatro cubiertos. Despues de los saludos de costumbre, sentóse el alcalde á la cabecera, la alcaldesa en el lado opuesto, y el alférez entre los dos, quedando el otro asiento vacante, porque Diego se quedó en pié.

—¿No os sentais? le preguntó el alcalde.

—Como veo que no hay asiento para mí.... contestó el escudero.

—¿Cómo que no? dijo la alcaldesa. ¿Pues no lo tenéis aguardándoos en frente del señor oficial?

—¿Es para mí ese sitio? ¡Mal negocio!

—¿Por qué?

—Porque no habiendo otro mas, es prueba de que la señora Aldonza no tiene á bien honrarnos esta noche.

—En efecto! exclamó el oficial, no sin sentir que Diego se le hubiese adelantado en hacer recaer la conversacion sobre aquella sensible ausencia. ¿No cena con nosotros mi prima?

—Está en casa del señor vicario, dijo el alcalde con acento bastante triste, no pudiendo disimular la pena que ocutaba en su pecho.

—¿En casa del vicario! ¿y qué hace allí? preguntó el oficial de muy mal humor con tan inesperado incidente.

—Son cosas de familia, dijo la alcaldesa con acento no menos triste del que habia usado su esposo. Cene-mos, y no preguntéis mas.

—¿Cuanto apostamos, dijo Diego Perez comenzando á hincar el diente en la cena, á que adivinase la verdadera causa de la ausencia de la señora Aldonza?

—¿Qué quereis decir? preguntó el alcalde.

—Nada: que siendo asunto de familia el que ha motivado esa ausencia, debe de ser tambien de la familia el que ha motivado el asunto. ¿Qué os parece, amo mío?

—No os entiendo.

—¿No? Pues entonces me esplicotearé. La familia del señor alcalde constaba ayer de tres individuos, que eran él, la alcaldesa y su hija: luego vinisteis vos y fueron cuatro, no contando yo en el número, porque no soy, como vos lo sois, deudo ó cosa por el estilo de ninguno de los tres. Ahora bien: ese aumento de uno, no entraba por lo visto en las cuentas de vuestros amabilísimos tíos; y para corregir el exceso y evitar algun otro mas, que siendo tan gallardo como sois pudiera muy bien ocurrir, han dicho para sí: aquí sobra alguien. ¿A quién sacaremos de casa? ¿A nuestro sobrino? Eso no, porque sobre ser un desaire á que no es acreedor en manera alguna, nosotros le quere-mos demasiado para ni por sueños hacérselo. Aldonza, pues, y solamente Aldonza es la que se de-



be alejar. Y se ha marchado efectivamente, y la familia queda reducida al número *tres* como antes. ¿Eh? ¿qué tal? Me parece que he dicho algo.

—Y aun algos, dijo el alcalde enfadado: esa es una suposición injuriosa, y extraño que el señor oficial os consienta tener tanta lengua.

—Con efecto, añadió el alférez, cubiertas las mejillas de carmin al verse convertido en protagonista de las alusiones del escudero: pecáis mas de lo que es menester de atrevido y de deslenguado.

Y luego, queriendo apurar lo que pudiera haber de cierto en lo que Diego acaba de decir.

—Mi tío, prosiguió, sabe bien que soy un hombre de honor, incapaz de faltar en lo mas mínimo a los respetos debidos á mi prima.

—¡Toma! contestó Diego sin alterarse: ¡como si fuera faltarla quererla como corresponde, no ya precisamente como deudo, sino como algo mas que simple primo!

—Eso es ya demasiado, Diego Perez, exclamó el oficial irritado.

—Demasiado, dijo el alcalde.

—Demasiado, añadió la alcaldesa.

—Y van tres demasiados, contestó Diego con la misma imperturbabilidad, y sin embargo tengo que añadir, que si no es mi amo la causa del incidente á que nos referimos...

—No señor, no lo es, dijo el alcalde.

—Entonces lo soy yo, dijo Diego, y este ya no es asunto de familia, como ha dicho la señora alcaldesa.

Un movimiento de sorpresa se dejó notar en los padres, y otro de alarma en el oficial.

—¡Vos! ¿y por qué?

—Porque tambien la quiero, y porque ella me corresponde.

—A tan brusca declaracion, levantáronse todos de sus asientos.

—¿Qué es lo que dice? exclamaron el alcalde y la alcaldesa, mirando á Diego Perez con desprecio.

—¿Qué habeis dicho? dijo el alférez, notándose en el tono de su voz el acento del amor propio ofendido.

—Digo, prosiguió el escudero sin alterar su acostumbrada calma, ni dejar de seguir cenando, que la señora Aldonza por lo visto tiene hasta ahora tres adoradores: el sobrino del padre cura á quien está prometida, vos que teneis mas derechos que él á ser preferido en la boda, y yo que aspiro á lo propio, sin mas derechos para conseguirlo que los que ella me quiera conceder. ¿A qué tapujos, señor alférez? Vos me habeis dicho arriba que la amais; yo os he dicho que la amo tambien; sus padres la han sacado de casa para dejarnos á buenas noches.... La cosa merece la pena de romper las hostilidades y ver quien se come la breva.

Tanta audacia no era ya para sufrida, y así exclamó el alcalde:

—¡Habrá insolencia! ¿Y vos, sobrino mio, consentis que ni aun por vía de broma se atreva á proferir esas palabras?

—¡Un escudero, dijo la alcaldesa, atreverse ni siquiera á soñar....! La culpa la tenemos nosotros por habernos familiarizado con él.

—En verdad, prosiguió el alférez, que si es broma es algo pesada, y si no lo es....

Unos golpes que á la sazón sonaron á la puerta interrumpieron al oficial.

—Señor alférez, dijo la criada: abajo hay nn desconocido que al parecer pregunta por vos.

—¿Por mí? que suba y entre en la sala. Tío, con vuestra licencia....

—Pues si señor, dijo Diego mientras el oficial salía á ver quien era el que le llamaba: he hablado con esta franqueza, no mas que para daros ejemplo. Vamos ahora á ver si el señor alcalde tiene á bien usarla conmigo. Cuando subisteis arriba, disteis á mi perro otro nombre del que yo le acostumbro á dar. ¿Tendréis á bien decirme quien os ha dicho que Gavilan se llama Zacatin?

El alcalde no se dignó contestarle.

—¡Ola! prosiguió Diego. ¿Callais? Entonces voy á ver si el padre cura me dá razon del misterio.

—El cura, dijo el alcalde asustado al oír aquella especie, no tiene nada que ver con eso. Vos fuisteis, y no os acordais, el que nos revelasteis á todos el verdadero nombre del perro.

—Tengo muy buena memoria, señor alcalde, y á mí no se me comulga con ruedas de molino. Podéis tomar asiento á la mesa. Yo dejo el mio vacante.

Y se levantó para irse á casa del padre vicario.

—¿Buscáis, dijo el alcalde, un pretexto para presentaros á Aldonza? Enhorabuena; pero os cansais en vano, porque el cura no está en su casa y os será muy difícil dar con él, y sobre todo con ella.

—¡Ah! ¿Con qué no me engañaba? ¿La causa de la ausencia era yo? Ciertamente que no se os puede negar que habeis tomado bien vuestras medidas, ó por mejor decir, el padre vicario, que segun decis no está en casa. ¿Y á dónde ha ido á pasar la noche?

—Señores dijo el oficial entrando. Esta noche tenemos novedades. El conde de Irache está para llegar de un momento á otro. El que ha venido es un enviado suyo que acaba de prevenirme disponga el señor alcalde todo lo que sea preciso para alojarle como corresponde.

—¡El señor conde aquí! dijo el alcalde. ¿Pues qué ocurrencia le dá en venir á esta poblacion, y mas á hora tan desusada?

Nuevos golpes dados á la puerta, anunciaron que llamaba algun otro.

—¿Quién es? preguntó la criada.

—El señor Diego Perez? contestó una voz.

—Que suba quien sea, contestó el escudero, y salió como el alférez á recibir al que preguntaba por él.

—¿Pero no estais asombrado, sobrino, dijo la alcaldesa al oficial, de la insolencia de ese escudero? Yo no quiero tenerle en casa.

—Sin embargo, dijo el alférez, esta noche le necesito, porque esa venida del conde.... Dejando, empero, esto á un lado, ¿qué ocurrencia ha sido esa, tía mia, de sacar Aldonza de casa? Yo, hablando ingenuamente, sentiria mucho que esa boda que teneis concertada....

—Es boda inevitable, dijo el alcalde; y espero que como hombre de honor, segun os acabais de llamar, me ayudareis á llevarla á cabo y á burlar los planes de Diego.



—¡Pues qué! ¿Diego....

—Sí, él es la causa de haberla alejado de aquí.... pero silencio, que vuelve.

—Señores, dijo este: otra nueva. Además del conde de Irache, viene también el duque de Olmedo.

—¿El duque de Olmedo también? exclamó el alcalde: no deja de ser cosa singular elegir este pueblo y esta hora para honrarnos con su visita. ¿Cómo me arreglo yo con dos huéspedes de tan alta categoría?

—¿Y quién os ha traído esa nueva? preguntó el oficial.

—Francamente, contestó el escudero, es cosa que no puedo deciros, porque él no me ha dicho quien era.

Al decir el escudero estas palabras, estaba como suspenso. El hombre que acababa de llamarle, después de decirle que el duque iba a llegar de un momento a otro, le había entregado una llavecita, diciéndole que abriese con ella la bolsa que la noche anterior había visto sobre el altar en el sótano. El escudero obedeció la orden, y sacando la bolsa que siempre llevaba consigo, metió la llavecita en el candado, no sin recordar las palabras: «*esta bolsa que ves es para ti, y para otro lo que tiene dentro.*» Abierta, halló dentro otra bolsa, cerrada con otro candado, y en él estas palabras en letra minúscula como las anteriores: *Para entregarla al duque de Olmedo.* Sorprendido Diego al ver esto, volvió la vista para interrogar al hombre de la llavecita; pero este se había marchado sin decir una sola palabra, y esta era la razón que el escudero tenía para estar pensativo cuando se presentó en la cocina.

El alcalde, la alcaldesa y el alférez no tuvieron tiempo de advertir en Diego inmutación de ninguna especie, por haberles llamado la atención otros golpes más recios que los anteriores, dados nuevamente a la puerta.

—¿Qué demonios! dijo el alcalde: esta noche es todo llamar. ¿Tendremos broma como la pasada?

—Señora, dijo la criada: un hombre pregunta por vos.

—¿Por mí? dijo la alcaldesa.

—Sí por cierto, y os ruega que bajeis.

—¡Toma! que suba él, dijo el alcalde.

—Dice que bajeis vos con ella.

—¿Pero qué hombre es ese?

—Miradle.

El alcalde se asomó a la ventana, y vio a la luz de la luna un bulto que al momento reconoció, no sin estremecerse al mirarlo.

—¡Virgen Santa! exclamó: ¡Virgen Santa! ¿qué traerá ese hombre? Bajemos.

Y agarrando del brazo a la alcaldesa, precipitose por la escalera, bajando a ver al desconocido. El alférez y el escudero se quedaron con la boca abierta.

Unos instantes después, empezaron a sonar en el patio desconsoladores gemidos. El oficial y Diego Perez precipitaronse escalera abajo ansiosos de saber lo que era.

El alcalde y la alcaldesa estaban lamentándose en el patio y retorciéndose las manos con dolor. El hombre que acababa de llamarlos, había desaparecido.

—¡Tíos! ¿qué es eso? dijo el oficial.

—Una calamidad, una desgracia, exclamaron am-

bos a una. ¿Dónde encontraremos a Aldonza? El cura es un infame! ¡Aldonza!... ¡Aldonza!....

—Pero.... ¿y bien?

—Vamos a arriba, sobrino.... vamos y te lo explicaremos. El escudero no debe oír esta triste revelación.

Y dejando a Diego hecho una estatua, subieron los tres a la sala, encerrándose con llave por dentro.

El escudero, cuyo corazón latía convulsivamente al oír pronunciar el nombre de Aldonza de una manera tan alarmante, no pudo permanecer pasivo, y lanzándose detrás de los tres y olvidando toda clase de consideraciones, dió una patada a la puerta, y echándola poco menos que a tierra, colóse en la sala tras ellos.

Cuando entró, ya el alcalde y la alcaldesa habían dicho al oficial lo bastante para que este pudiese inferir que podría ser conveniente oyese Diego lo demás. Así, en vez de oponerse a que entrara, instó a sus tíos a que prosiguiesen sin recatarse del escudero.

Lo que había ocurrido era grave. El hombre que acababa de venir era el ser misterioso que había puesto en manos del alcalde y de la alcaldesa el precioso depósito de Aldonza; el mismo que todos los años les había hecho entregar los cien escudos de oro para su manutención; el mismo, en fin, que les había anunciado que pasado cierto plazo vendría a reclamar aquella niña. Ese plazo había llegado, y el hombre venía por ella. Esa devolución entretanto era de todo punto imposible. Aldonza no estaba en casa. El cura se la había llevado, y ni el alcalde ni la alcaldesa sabían donde podrían hallarle, porque Pacomio les había enviado a decir que se había marchado fuera. Cuando oyó esto el desconocido, alzó al cielo tristemente los ojos, y diciendo a los dos: «¡desgraciados! ¡la habeis perdido y os habeis perdido!».... retiró la mitad de una medalla que había mostrado al alcalde al reclamar la devolución, y embozándose hasta los ojos, se marchó por donde había venido.

Según eso, exclamó el escudero cuando ellos acabaron de contar lo que les había pasado: según eso, ¿esa pobre muchacha... esa Aldonza no es hija vuestra?...

—Ya veis, Diego, dijo el alférez, que ahora no debemos pensar en ser rivales, sino en disputarnos la preza de salvar de las garras del lobo una inocente cordera. Esa niña....

—¡Ah! comprendo, comprendo! contestó el escudero inmutado. ¿Cuándo llega el conde?

—Sí, si, exclamó el alcalde, creyendo comprender lo que Diego quería decir: nos presentaremos al conde, y él mandará que el cura nos la devuelva.

—¡No, no! de ninguna manera, dijo el alférez estremeciéndose. El conde de Irache no debe saber nada. Silencio, tíos míos, silencio.

—Pero.... ¿por qué?

—Porque conviene así; porque el secreto de esa pobre niña no lo debe saber ninguno, sino solamente nosotros.

—Es que el cura lo sabe todo, dijo la alcaldesa.

—¿Lo sabe? ¡Desgraciados! ¿Qué habeis hecho?

—En nombre del cielo, os juramos que no lo hemos podido evitar; pero esto no es ahora del caso. Lo que importa es hacer diligencias para recobrar nuestra hija.... la que hemos criado y querido como si fuera hija nuestra. ¿Qué haceis los dos aquí? Corred, volad.... Buscadla por todas partes; recorred las



poblaciones circunvecinas; arrancadla de las manos del cura, traédnosla al momento, traedla.

—¿Estais seguro, dijo Diego despues de haber meditado un rato, que el cura ha salido del pueblo?

—Eso venia á preguntar yo, dijo el tio Ramon, colándose súbitamente en la sala, sin necesidad de llamar á la puerta de la calle, porque la habia encontrado abierta.

—¡Vos aquí, tio Ramon! dijo el alcalde. ¿Pues no ha dicho vuestra muger que habiais salido fuera?

—Si, pardiez, y por el barro que traigo conoceréis que no os he mentido. Los caminos están intransitables. He terminado el viaje sin embargo antes de lo que creia. Mi marcha era nada menos que á Toledo á dar, de parte del señor vicario, una carta al conde de Irache; pero á cosa de una legua de aqui he dado con el conde de Irache en el camino, y ha leído la carta del cura, y me ha dicho que me volviese y que dentro de breve tiempo vendria el mismo con la respuesta.

—¿Y cómo es eso de venir el conde, ó de haberle vos hallado en el camino? preguntó el alférez con marcas señales de ansiedad.

—No sé, dijo el tio Ramon; pero he visto con él al duque de Olmedo, al capitán Rui-Gomez y que sé yo, un sin fin de hombres de guerra.

—¡El capitán Rui-Gomez! exclamó el escudero. ¿No estaba en la vanguardia del rey?

—Yo no entiendo, dijo el tio Ramon, de estas cosas que atañen á milicia, ni he tenido tiempo tampoco para hacerme cargo de nada, puesto que me he vuelto al instante cumpliendo con la orden del conde; pero al ir á ver al vicario, he hallado la puerta cerrada, y lo mismo la casa del sacristán. Visto esto, he venido aquí á ver si por casualidad estaban el uno ó el otro en compañía de vuestras mercedes, y veo por lo que he oído al señor Diego Perez... ¿Pero qué es lo que noto en los semblantes de vuestras mercedes, que parece...

—Nada, no es nada, dijo el alcalde. El cura no está aquí, y no sabemos en donde podrás dar con él. Con que así, si no ocurre otra cosa...

—Habrá sabido acaso, dijo Ramon, que el conde estaba en marcha para aquí, y se habrá adelantado tal vez... Pero entonces, ¿cómo demonios no he dado yo con él en el camino haciendo una noche tan clara? En fin, él volverá cuando le ocurra. Yo no le busco mas; me voy á casa. Dispensen vuestras mercedes, y queden con Dios.

—El os guarde.

Ido el tio Ramon, dijo Diego:

—Señor alcalde, señora alcaldesa, el cura no ha salido del pueblo.

—¿No? ¿De qué lo sabeis?

—Me lo figuro; pero esto es perder tiempo. Venga el señor alcalde conmigo, y venga tambien el señor alférez, y si el cura no responde en su casa, echemos abajo la puerta.

Al decir esto el escudero, empezó á ladrar Gavi-lan en el cuarto del señor alférez, siendo tan estran-ños sus aullidos, que el escudero y el oficial no pudieron menos, en medio de la angustia que los poseia, de subir á ver que era aquello.

El alcalde y su muger, aterrados con los recuer-

dos de la noche pasada y con lo que el cura les habia dicho del perro, no se atrevieron á menearse.

Al entrar Diego Perez en el cuarto, vió á Gavi-lan, rotas sus prisiones, asomado á la ventana y ahul-lando, fija la vista en la boardilla de una casa que se elevaba sobre las demas, y en la cual pareció apagar-se una luz repentinamente.

—¿Qué casa es esa de la boardilla? preguntó el es-cudero al alférez.

—Cuando yo estaba aquí con mis padres, dijo es-te, la habitaba Pacomio el Sacristán.

—¡Pacomio el Sacristán! exclamó Diego: entonces no se ha ido de casa como habia dicho el alcalde. En la boardilla han apagado una luz y esto prueba que hay gente dentro. Señor alférez, señor alcalde, añadió pre-cipitándose por la escalera: ¡á la casa de la boardilla!!!

## CAPITULO XVII.

### El Conde y el Duque.

Mientras Diego, el alférez y el alcalde se di-rigen á casa de Pacomio en el trance tal vez mas critico para la pobre y desgraciada Aldonza, trasla-démonos nosotros un instante á cosa de una legua del pueblo, al camino que desde Toledo conduce á él, ocupado, como habia dicho el tio Ramon, por una pro-cesion de hombres de guerra, cuyas armas, corazas y cascos se ven reflejar á lo lejos los rayos de una luna clarisima que desde el centro del firmamento está ilu-minando la noche.

Grave debe de ser el motivo que conduce la hueste del rey en direccion tan inesperada, porque es el del rey con efecto el ejército que vá caminando en medio del silencio de la noche hácia la casa de *Pero-Hernandez*, ó por lo menos hácia la poblacion, en uno de cuyos extremos, el primero precisamente con que han de tropezar los que se acercan, se alza ese edificio nefando.

El ejército que ahora camina lleno de lasitud y can-sancio, hallábase la noche anterior descansando en sus cuarteles de invierno cerca de Ciudad-Real, sin que la hueste de los sarracenos, acampada al otro la-do de la Sierra y en cuarteles de invierno tambien, hicie-se movimiento ninguno con ánimo de quererla pa-sar, hallándose por otra parte muy bien guardados sus desfiladeros, para que el rey castellano pudiera ni por sueños temer ninguna especie de agresion de parte de sus enemigos.

Un aviso misterioso dado al rey mientras S. A. se solazaba en una Granja inmediata á Toledo, obligó al monarca á dejar las diversiones que le emancipaban de todos los cuidados del reino, haciéndole montar á caballo y mandando al conde de Irache que le siguie-se inmediatamente. Acostumbrado el conde á ver al rey no pensar ni obrar cosa alguna sino cuando él se la sujeria, debióle chocar y chocóle una orden tan repentina, y atrevióse á preguntarle la causa de se-mejante determinacion.

—A la hueste, contestó el rey; vamos inmediata-mente á la hueste: mi trono y mi reino peligran si permanecemos aquí.

Y el conde hubo de seguir al rey sin recibir mas explicaciones, caminando toda la noche, y lle-



gando al campamento los dos poco antes del amanecer del día en cuya noche estamos ya, al mismo tiempo poco mas ó menos que el cura enseñaba á sus huéspedes aquel pergamino rollado, cuyo sobre decia así: *Para entregarlo á S. A. el rey el día que venga á este pueblo.*

Encargado el duque de Olmedo de la direccion de la hueste por delegacion del conde de Irache, sorprendióse lo que no es decible cuando le despertaron sus guardias, diciéndole que el monarca y el conde acababan, sin previo aviso, de presentarse en el campamento.

—¿Qué novedad es esta? preguntó al rey.

—No lo sé, contestóle el conde, adelantándose á su soberano, y como si el duque de Olmedo le hubiera hecho la pregunta á él: S. A. no ha tenido á bien hacer confianza de mí para informarme de su secreto.

—Veo que el conde me reconviene, dijo el siempre débil monarca; pero él me permitirá que en vez de contestar á su pregunta, interrogué yo al duque de Olmedo. Decídmelo, señor duque: ¿qué noticias tenéis de Almanzor?

—¡Pardiez! contestó el duque: ningunas, salvo que se halla en Granada solazándose como de costumbre con sus consabidas huries, y haciendo de su harem un trasunto del paraíso prometido á los moros por la voz carnal del profeta.

—Eso mismo he dicho yo, dijo el conde, asegurando á S. A. por las noticias que me comunicais constantemente, que no hay señal la mas minima de que el moro intente moverse para invadir nuestro territorio.

—Es decir, repuso el monarca, que las seguridades del conde son las mismas que tiene el duque.

—Y tanto, contestó este, que nunca me he hallado tan tranquilo como lo estoy en la actualidad. Figuraos, señor, que mi hija, la bella y graciosísima Irene, es lo que yo mas amo en este mundo despues de vuestra régia persona, y que esa hija á quien tanto quiero....

—Y que vá á ser mi esposa, Señor, añadió el conde interrumpiendo al duque.

—Ya lo sé, dijo el rey; ¿pero á qué viene hacerme ahora mencion de vuestra hija?

—Viene á que se halla en la actualidad restableciéndose de la dolencia que la ha tenido enferma dos años, y á que el lugar en que se restablece por consejo de los facultativos, se halla al pié de la Sierra que Almanzor tendria que atravesar para estenderse por nuestras comarcas; y cuando mi hija está allí y en nada pienso menos que en traérmela hasta que se halle buena del todo, me parece, señor, que harto os pruebo el ningun motivo de alarma que debe haber en lo tocante al moro, al menos mientras siga tan cruda la estacion en que nos encontramos.

—Pues no hariais mal, dijo el rey, en retirar á vuestra hermosa hija del punto peligroso en que está, porque mucho será que á estas horas no haya Almanzor cruzado la Sierra.

—¿Cómo? exclamaron el duque y el conde.

—Como que he recibido esta mañana un aviso de cuya certeza me es imposible dudar, y el principal de los desfiladeros está infamemente vendido á esos perros mahometanos por el teniente Antolinez á quien confié su custodia.

—¿Qué decis? dijo el duque.

—¿Qué dice V. A. señor? exclamó el conde de Irache con un cierto aire de triunfo. ¿Con que el teniente Antolinez, ese hombre de quien os dije yo que debiais indagar la conducta antes de confiarle ese puesto, ha faltado, como yo presagí, á vuestra real confianza?

—Es verdad, amigo mio, es verdad. Vos me previnisteis con tiempo: pero no hice caso y... en fin, ahí teneis la razon de mi silencio á las preguntas que me habeis hecho respecto á una marcha tan súbita como la que acabamos de hacer. Estaba avergonzado de veras al ver que me habiais ganado en esto de tener mejor ojo para conocer á los hombres, y temia que os enfadaseis por mi debilidad en ceder á otra clase de recomendaciones que las que me viniesen de vos. Mas no me reñireis, ¿no es verdad?

—¡Oh, señor! dijo el conde: ¡reñiros! ¿No me basta la honra de oír que en efecto os equivocasteis, pensando de otro modo que yo?

—Pero, y bien! dijo el duque: ese infame no habrá consumado su crimen. Mi hija me hubiera enviado aviso, á ocurrir la menor novedad.

—¿Y si no ha podido enviároslo? contestó el rey: ¿Y si ha sido sorprendida tal vez, ó ha caído en manos del moro, antes de poderos decir lo que haya ocurrido en la Sierra?

—Señor, despedazais mis entrañas, contestó el duque, con tan horrible suposicion.

—Y las mías, añadió el conde, porque Irene es mi prometida, y es cosa espantosa pensar... ¿Quién os ha dado ese aviso?

—Mas despacio, contestó el rey, hablaremos sobre el particular. Lo que ahora importa es mover la hueste y encaminarnos hácia la Sierra, por si esa traicion se ha cumplido, tomando posicion inmediatamente en esa poblacion infernal...

—¿Qué poblacion?

—Esa en cuyas inmediaciones fueron vencidos los sarracenos cuando se dió aquella otra batalla... ese pueblo en que está la casa que llaman de *Pero-Hernandez*.

Al oír el conde un recuerdo para él tan inesperrado, no pudo menos de estremecerse.

—Y qué objeto, Señor, os proponeis, dijo luego recobrándose un tanto, al ocupar esa poblacion?

—¡Pardiez! contestó el rey: ¿y vos me lo preguntais, vos que gozais la reputacion del primero de mis capitanes?

—El conde ha olvidado sin duda, dijo el duque un tanto picado del elogio que acababa de oír, la admirable posicion topográfica que todos los que le han visto atribuyen al pueblo á que alude S. A., y en verdad que si conseguimos apoderarnos de sus alturas antes que los moros lo hagan, no debe dar cuidado su invasion aunque hayan pasado la Sierra.

—Añadid á esa consideracion, dijo el rey, otra que no le cede en importancia, y es un auxilio que se me ha prometido, no ya solo para vencer, sino para esterminar á los moros, en el momento que me posesione del pueblo de que estamos hablando.

—¡Un auxilio! exclamó el de Irache, mostrándose cada vez mas inquieto, aunque esforzándose en disimular. ¿Quién os ha prometido ese auxilio?

—Ya os he dicho que esté es asunto de que os in-



formaré mas despacio. Lo que importa, repito, es marchar sin detenernos un solo momento, á ocupar esa poblacion.

—¡Oh sí! dijo el duque: al momento. La suerte de la Patria y de mi hija me tienen sin saber lo que me pasa.

—Yo tambien, repuso el de Irache, estoy con bastante zozobra como bien podeis conocer; pero si esa traicion fuese cierta, debiéramos saberla á estas horas por medio de la alarma general, máxime habiendo trascurrido una noche despues de recibido el aviso.

—En marcha al instante! dijo el rey por toda contestacion.

—Serán cumplidas inmediatamente las órdenes de S. A., dijo entonces el conde de Irache; pero una pregunta, Señor: ¿está decidido V. A. á hacer tambien esa correria? Para posesionarnos del pueblo, bastamos el duque y yo.

—No he salido yo de mi corte, contestó el rey, con el objeto de quedarme aqui, y menos siendo para la victoria y para el auxilio que espero, condicion absolutamente precisa que esté yo en ese pueblo mañana antes de la caída del sol. Vuestra observacion sin embargo me parece muy oportuna, y asi descansaré en este punto un breve espacio de tiempo con una mitad de la hueste, interin vos con la otra mitad os dirijis á marchas forzadas á ocupar esas posiciones. El duque me hará compañía mientras vos precedeis nuestra marcha.

—¡Oh señor! dijo el duque, sea asi, puesto que tales es vuestra voluntad; pero recordad que soy padre y que mi hija corre peligro.

—Entiendo, contestó el rey: ¿quereis vos mandar la vanguardia? Ehonorabuena, quede el conde aqui, y poned en marcha al momento.

—¿Es decir, señor, dijo el conde, que quereis quitarme la gloria de ser yo el que primero haga frente á los enemigos del reino?

—¡Oh! ¡cuerpo de Dios! dijo el rey: ¡y como interpretáis este día mis mas insignificantes palabras! Id entrambos en hora buena: no necesito mas compañía que la de mis fieles soldados.

Lo que el conde queria á todo trance era adelantarse al monarca en lo tocante á ocupar el pueblo cuya memoria le aterraba tanto, y así haciendo un respetuoso saludo que el rey interpretó como señal de agradecimiento á la honra que le dispensaba, salió acompañado del duque, y con la mitad de las tropas pusieronse ambos en marcha con la celeridad consiguiente al peligro aparente ó real de que el rey habia sido avisado.

Lo precipitado del viaje, no impidió que el duque y el conde entablasen interesantísimos diálogos todo lo que duró su camino.

—¿Sabeis, conde, dijo el duque, que me choca sobremedura el aviso que se ha dado al rey?

—Y á mi tambien, contestó el conde. S. A. de unos días á esta parte ha dado en mezclar con sus fiestas unos buenos ratos de éxtasis, retirándose á menudo á rezar, y pretendiendo mas de una vez que se le aparecen los santos, con otras niñerías así. Antes de anoche, sin ir mas lejos, me dijo que el glorioso San Roque le habia dado á besar su llaga, y que una voz salida de no sé donde le habia mandado quitar de una de las iglesias de su reino que no

me quiso nombrar, un cuadro que pasaba por el del santo, sin serlo efectivamente. Así, nada tendria de extraño que el misterioso aviso á que aludió, sea otro sueño parecido á ese.

—En todo caso, repuso el duque, poco tiempo podemos tardar en saber á que hemos de atenernos. A mi, conde, me da el corazon, que ese aviso tiene mas de real, que no de fingido ó soñado.

—No lo permita Dios, señor duque; y no lo digo precisamente por el riesgo que pueda correr el reino, porque este ya sabeis que está seguro mientras brillen nuestras espadas, sino por la deidad de mis sueños, por esa hija á quien tanto amais, y que sin duda por amarla tanto, no quereis que divida conmigo las afecciones de su corazon, segun va pasando el tiempo sin mereceros definitivamente que os decidais á darme su mano.

—Vos sabeis, señor conde, dijo el duque con forzada afabilidad, los motivos que he tenido para obrar así. Irene por lo que he podido ver, os estaba poco inclinada, y luego con esa dolencia que la ha puesto á las puertas de la muerte, he tenido que alejarla de vos para hacerla tomar los aires de esa maldita sierra que ahora me tiene con tanto cuidado. Así, no ha podido trataros para poder aficionarse á vos como lo merecis sin duda alguna, y ya sabeis que yo por mi parte no quiero imponerla un esposo que decididamente rehuse.

—Ni yo sueño en aspirar á su mano, si la inmensa dicha á que aspiro ha de costarle la menor violencia. En tanto permitid, señor duque, que os haga observar no ser ella la que me tiene entretenido así sin saber á que debo atenerme, sino vos, solamente vos, que exajerando su enfermedad la habeis alejado de mi, despues que yo por mi parte he satisfecho todas vuestras dudas en aquel otro asunto que sabeis, y del cual buscasteis pretexto para alargar mas y mas el plazo de la felicidad á que aspiro.

—Siento que toqueis ese punto, dijo el duque con cierto embarazo; pero ya que lo haceis así, no debo ocultaros que es cierta la sospecha que habeis concebido. Vos me honrais lo que no es decible con pretender la mano de mi hija, y será cierto, si así lo quereis, que ella no repugna el enlace. En consorcios de esta naturaleza, conoceis sin embargo que un padre, y mas un padre de mi gerarquía, no debe obrar con precipitacion, y por mas que vos hayais dicho que mis dudas sobre vuestro condado están enteramente orilladas, os debo decir que no hay tal.

—¿Cómo?

—Como que ese condado era de vuestra hermana Leonor, y esas voces que dieron en correr acerca de la probabilidad de que esa vuestra hermana viviese...

—¿Pero es posible que dudeis aun de la realidad de su muerte, cuando existe una declaracion no ya solo de haber fallecido, sino de haber sido enterrada?

—En efecto... y por cierto que los testigos eran naturales del pueblo á que nos dijirimos ahora. No habia yo caído en la cuenta de que el viaje que estamos haciendo puede acaso contribuir á que yo ponga término á mis dudas.

—¿Cómo? dijo el de Irache algo inquieto, fijando en el rostro del duque una penetrante mirada.

—Es muy sencillo, contestó este, hablando de un



modo tan cándido, á lo menos al parecer, que calmó los recelos del conde. La declaración judicial no contiene todos los pormenores que en mi concepto se necesitan para poner en toda su evidencia el hecho á que se refiere, si bien confieso que son suficientes para que á falta de reclamaciones, se os haya conferido el condado. Vuestra hermana, según he oído decir, estaba en cinta y muy adelantada días antes que su muerte ocurriese: yo no sé á quien he oído esto... pero ese rumor ha corrido, y ya veis que me interesa muchísimo saber si en efecto es así, porque maldita la gracia que tendría que poseyendo vos el condado á nombre de vuestra hermana, viniera luego un descendiente suyo á reclamaros la herencia, echando por tierra el proyecto de unir vuestra casa á la mía con todos sus blasones y títulos, cuyo enlace es tan necesario para que pueda realizarse el consorcio que anhelaís con mi hija.

—Me dejais asombrado, dijo el conde procurando disimular, con la anécdota que me habeis referido. ¿Leonor en cinta, decís? ¿Quién os ha referido ese cuento?

—Repito que he oído hablar de eso, porque tal ha sido el rumor que hace algún tiempo ha corrido, y extraño que habiendo llegado hasta mí, no hayais tenido vos noticia de él.

—Esa es una calumnia infame, dijo el conde con exasperación: en la honestidad de mi hermana y en la casa de Dios en que vivía, no puedo suponer esa mengua. Pero si con efecto fuese así, añadió cambiando de tono; si ella hubiera manchado su memoria y el nombre y los laureles de su hermano con una conducta tan indigna....

—¿Y qué sabéis lo que pudo haber, dijo el duque sin dejarle concluir y hablando siempre con el mismo acento de real ó fingido candor, en la aventura de esa desgraciada, aunque fuese realmente cierta? Veo que he hecho mal en daros una noticia que acaso no tiene ningún fundamento; pero vos me obligásteis á hablar, y ya no tiene remedio. Así, pues, lo único que necesito para concederos mi hija es desvanecer esa última duda; y si con efecto no hay riesgo de que podáis perder el condado, desde ahora os empeño mi palabra de concederos mi bella Irene, considerando como muy honrada si al título de duquesa de Olmedo que pienso luego dejarle, veo que añade con unirse á vos el de condesa de Irache sin exposición á perderlo; título que como sabéis me halaga tanto ó mas que el mismo mío, por ser fundación de una dama á quien tanto debió mi padre en momentos de prueba y peligro.

—Yo creía, dijo entonces el conde, que por mucho que os pudiese halagar la consideración de mi título, debía complaceros alguna otra infinitamente mas que esa.

—¿Qué cosa?

—Estrano que lo preguntéis, sabiendo el favor que gozo á los ojos de S. A.

—Ciertamente, contestó el duque, que vuestro valimiento es inmenso; ¿pero qué queréis? Soy ya viejo, y esa circunstancia que tanto podría fascinar á otro menos experimentado que yo, es precisamente la causa que me hace proceder con mas cautela, ó si queréis con mas previsión. El favor de los reyes es inestable, ó dígalo mi padre sino, tan lisongeado allá en

tiempos por el antecesor de S. A. ¿Qué será de vuestra prepotencia el día en que el rey se cansa de vos, como su padre se cansó del mío? Así, vuestro poder no me ilude, y por eso me atengo á lo único que S. A. no os puede quitar, si lo teneis adquirido en regla: á vuestro condado de Irache.

—Sois un inocentón, señor duque, dijo el conde con cierto desden. Vuestro padre, cayó de su altura porque no tomé bien sus medidas, y yo no me hallo en el mismo caso.

—Tanto mejor, contestó el duque con un énfasis difícil de explicar.

—Vuestro padre, prosiguió el conde, era favorito del rey, pero no era su brazo en la guerra. ¿Confundireis validos de antesala con los que lo son de mí indole?

—¿Conde! exclamó el duque irritado, mi padre era un hombre de Estado, y no un mero valido de antesala.

—No os lo he dicho para que os enojeis, dijo el conde con afabilidad, sino para que concibais la diferencia que hay de su posición á la mía. Hombre de Estado y hombre de consejo vienen á ser una misma cosa, y me parece injusto confundir á quien solo tiene esas prendas con los que ademas de ser eso, son primero que todo hombres de acción.

—Comprendo, dijo el duque, con el mismo tono de énfasis que acababa de usar; y veo que es negocio difícil derribaros de vuestro valimiento. Lo que es por mi parte, añadió con cierta desdenosa sonrisa, me guardaria bien de intentar una empresa de tal naturaleza, porque os veo capaz de cualquier cosa contra quien quiera que se atreva á tanto.

—No lo he dicho por vos, señor duque, contestó el conde con afectada afabilidad, y mal pudiera haberos aludido, cuando todo mi afán es dividir con vos y con vuestra bellísima hija la alta posición de que gozo.

—¿Y por qué no lo ha de ser también, repuso el duque, procuraros por medio de ese enlace, una alianza que os pudiera ser útil en el caso de no salir vuestros cálculos tan bien como os figurais?

—Sea lo que queráis, dijo el conde. Lo esencial en lo que toca á este punto, es la palabra que acabais de darme, y en este supuesto, estad cierto de que Irene será pronto mía.

—Si es que no ha sucedido, contestó el duque, la desgracia anunciada por el rey con la irrupción de los agarenos. Yo no sé lo que me sucede; pero á medida que nos acercamos al sitio en que Leonor pereció, se me figura que esta comarca es de funestísimo agüero. ¿No es aquella la población donde está la casa fatal que llaman de *Pero-Hernandez*, y cuyo campanario dora el sol con su postrimero reflejo?

—Con efecto, contestó el conde, dirigiendo su vista al pueblo con involuntario terror. Dentro de una hora, á lo mas, si seguimos andando como hasta aquí, entraremos en esa aldea.

—Yo, dijo el duque, no tenia noticia de ella sino solo por relación. El rey tiene razón en decir que merece la pena de tomarse antes que el enemigo la ocupe. ¿Cómo descuidaron los moros esa posición, cuando se dió la otra batalla?

—Fui yo mas avisado que ellos, y les gané por la mano como lo vamos á hacer ahora, toda vez que á



lo que parece, nadie la ocupa en la actualidad sino solo sus moradores.

—¿Cuánto dista la sierra de ese pueblo?

—Unas cuatro leguas lo mas.

—Entonces el aviso dado al rey, se ha anticipado notablemente á la traicion del teniente Antolinez, porque á no ser así, no concibo como no ondean en esas alturas las banderas del enemigo, habiendo trascurrido tanto tiempo desde que el aviso fué dado.

—Eso, duque, es lo que os he dicho: han querido asustar al rey con una alarma sin fundamento. Pero á bien que aunque sea real, estamos ya á la orilla del rio.

—Rio que vá muy crecido ahora, y que segun tengo entendido, mudó hace años de cauce.

—Veo que teneis mas noticias de las que yo creia en lo tocante á ciertas particularidades que dicen relacion á ese pueblo. ¿Quién os ha dicho esa mutacion?

—No sé que tenga nada de extraño saber yo lo que sabe todo el mundo. ¿Fué por estas inmediaciones dónde pereció vuestra hermana?

—Fué allá arriba. .. mas adelante.

—Veo que ese recuerdo os aflige, dijo el duque con intencion, y no lo extraño seguramente. Pero á bien que si vuelven los moros, ocasion tendreis de vengarla en el mismo teatro de su muerte. ¿No habeis podido averiguar aun la razon que tuvieron esos perros para arrebataria del claustro, y llevársela consigo?

—No á fé; pero es natural inferir que siendo esos impios tan carnales, quisieron honrar sus serrallos con las vírgenes consagradas á Dios, y de aqui la invasion del convento estramuros de Cibdad-Real.

—Muy buena observacion es la vuestra; pero cómo se limitaron á robar á Leonor y á la abadesa, perdonando á las demas vírgenes?

—No tuvieron sin duda tiempo para dar total cima á su empresa, por habérselo impedido yo cuando me lancé sobre ellos.

—Es muy probable que fuese así; pero fué desgracia la vuestra, puesto que conseguisteis salvar las monjas que os interesaban menos, y no á vuestra hermana querida que os interesaba algo mas.

Las palabras del duque iban al alma, y el conde juzgó necesario dar otro giro á la conversacion.

—Este rio, le dijo, vá crecido por alguna lluvia reciente, y sin embargo es fuerza vadearlo. Moved la hueste hacia la derecha, y veamos de hacérselo pasar por enfrente de aquella colina.

—Muda de conversacion, dijo el duque para sí, y yo peco ya de imprudente. ¡Oh! añadió fijando los ojos en él: ¡cuánta perversidad hay en su alma!

—¿En qué pensais que os veo tan suspenso? le dijo el conde.

—Estaba pensando, contestó el duque, que segun es la anchura del rio en el sitio en que nos encontramos, no debe ser su lecho tan profundo como en el punto en que me indicais, donde vá mucho mas estrecho, y así creo mas oportuno que lo vadeemos aqui.

—Como gustéis, contestóle el conde. Yo lo decia porque la corriente....

—La corriente ha de ser mas rápida cuanto mas se estrechen lás márgenes.

La observacion del duque era tan justa, que el de Irache se avergonzó de no haber recurrido á otro

espediente para dar otro giro al diálogo. Los soldados pasaron el rio sin ninguna dificultad, siendo ya cerca del anochecer cuando acabaron la operacion. Traslados á la orilla opuesta, emprendieron de nuevo su marcha. El duque volvió á unirse con el conde, á fin de explorar mas de cerca las sensaciones que experimentaba á medida que iba aproximándose al sitio en que su hermana habia muerto. El de Irache no sospechó la intencion con que el duque se le acercaba, ó si lo sospechó, procuró hacer como que no lo notaba, y así, compuso su fisonomia en términos que no revelase sino el natural sentimiento que un hermano debia tener por la pérdida de su hermana. Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo; pero desgraciadamente fué inútil, porque á los poderosos motivos que le asistían para estremecerse al tener que pasar por el sitio del asesinato, añadiósele luego otro para acabar de desconcertarle: la llegada del tio Ramon con la carta del cura.

—¡Vos aqui, Señor conde! exclamó el mensajero: pues yo iba á Toledo en busca vuestra.

—¿En mi busca? contestó el conde, haciendo al tio Ramon una seña para impedir alguna indiscrecion.

—Si pardiez, contestóle su interlocutor apeándose de la mula. El señor vicario me envia con este pliego que veis aqui. El pueblo fué un infierno ayer noche.

—¿Cómo! exclamó el duque. ¿Han entrado los saracenos?

—Permitidme, repuso el conde qué vea lo que dice esta carta, y sabremos á que atenernos.

Y separándose á un extremo del camino, haciendo que le siguiese el tio Ramon á fin de que no hablase con el duque, dejó á este con el capitán Ruiz-Gomez que acababa tambien de aproximarse, y á los últimos rayos del crepúsculo, leyó el pliego del padre Vicario:

*En este lugar han ocurrido algunas novedades. Ved si en el castillo de Irache existe aquello que escondió Astarot. Se dice que el demonio anda suelto, y conviene pisarle la cola. Dios os conserve en su divina gracia.*

Describir el efecto que estas líneas produjeron en el ánimo del conde, seria materia imposible. ¿Qué queria decir el cura al hablarle de lo que Astarot habia escondido en el castillo? ¿Habia sido arrebatado de allí el cadáver de Leonor? ¿Habia Astarot sido infiel? ¿Qué novedades eran las que ocurrían en el lugar, que así coincidían con el aviso dado al rey á la misma hora, obligándole á dirigirse á aquel punto? ¿Qué especie de demonio era el que el cura le decia que iba suelto, y cuya cola debia pisarse?

Lleno el conde de confusiones, hizo al tio Ramon mil preguntas para ver si podia adquirir alguna luz sobre lo que el cura le decia; pero aquel no le supo decir sino lo de los ruidos de la noche anterior y los sustos que habian pasado, siendo así inútil preguntarle mas, porque ninguna de sus contestaciones le daba la clave anhelada. Mas confuso el conde que antes, hizo volver al tio Ramon por el camino que habia traído, dándole orden de decir al cura que al momento estaria con él. Hecho esto, reunióse con el duque.

—¡Y bien! le dijo este: venis desconcertado... ¿qué es eso?

—No lo sé, contestóle el conde; pero el aviso que se ha dado al rey debe ser cierto desgraciadamente.



Anoche hubo ruidos espantosos en el pueblo á que nos dirigimos.

—Pero, ¿y los moros?

—En la poblacion no hay hasta ahora noticia de ellos.

—Entonces llegamos á tiempo.

—Si; mas yo debo adelantarme un poco por motivos que á su tiempo sabreis. Capitan Rui-Gomez, venid. Vos, duque, seguid con la hueste.

—¿Pero que determinacion repentina os obliga á esta separacion?

—Luego la sabreis, señor duque. Limitaos á obedecer, y no me preguntéis nada mas.

A palabras tan terminantes, encogióse el duque de hombros, y quedóse acaudillando la hueste, mientras el conde se dirigia á todo escape hácia el pueblo, yendo con él el capitan Rui-Gomez.

Un cuarto de hora habrian andado, cuando al pasar por el sitio en que fué asesinada Leonor, creyó el conde ver un fantasma que se le aparecia delante, y perdiendo la luz de los ojos, cayó al suelo desvanecido, arrastrándole el caballo un buen trecho, habiéndose quedado metido un pié en el estribo. Rui-Gomez que le vió en tal estado, llegó á tiempo de poder impedir el resto de la catástrofe.

—¡Señor! ¡señor! le dijo: ¿qué es eso?

El conde en los primeros momentos no daba señales de vida. Rui-Gomez le roció la cara con agua, y con esto y con la ayuda de un eixir que llevaba siempre consigo, pudo al fin hacerle volver.

—¿En dónde estoy? exclamó el paciente cuando recobró sus sentidos. Ah...! si... ya lo veo.... donde ella....

—Señor, señor.... tened discrecion, le dijo Rui-Gomez. El duque de Olmedo se acerca, y no debe veros así.

En efecto: aquel inesperado incidente habia hecho perder al conde todo lo que llevaba de ventaja á la hueste que venia con el duque, y este le alcanzó antes que el capitan pudiera menearle del sitio, colocándole otra vez en el caballo.

—¿Qué es esto? dijo el duque al llegar.

—Nada, dijo Rui-Gomez; no es nada. El caballo del conde ha tropezado, y le ha derribado en el suelo.

—Vamos, vamos al momento de aquí, exclamó el conde lleno de terror.

Y echó á galopar nuevamente acompañado del capitan.

—¿Qué sitio es este? preguntó el duque á los que venian con él.

—Es el sitio, contestó un veterano, en que murió la hermana del conde.

—¿Y el asesino, dijo para sí, quiere que yo le conceda a mi hija! He visto mas de lo que necesitaba; pero disimulemos aun.

Y prosiguió adelante en su marcha acaudillando las tropas, en tanto que el conde se afanaba en adelantarse para conseguir ver al cura antes que la hueste real entrase en la poblacion.

## CAPITULO XVIII.

### Irene y el Conde.

La tormenta de la noche anterior no solo habia hecho salir el rio de sus márgenes, como el conde acababa de observar, sino que habia tambien producido una multitud de torrentes que derramándose por todos lados desde las alturas del pueblo al rio en que iban á morir, tenían en todos sus alrededores intransitables los caminos que conducian á la poblacion. Conocedor el tio Ramon de la topografia del terreno y de todos los accidentes á que le sujetaban las lluvias, habia dominado con facilidad las dificultades opuestas á su tránsito, tanto al ir á entregar la carta al conde, como al volverse con la respuesta que este le habia dado para el cura. Menos afortunados los dos que con tanta solicitud procuraban adelantarse á la hueste, tropezaban en un arroyo tras otro á medida que se acercaban á la poblacion, dilatándoseles de este modo el momento de penetrar en ella, si bien, gracias á los caballos, saltaban fácilmente las barreras que se les interponian, dando los necesarios rodeos para conseguirlo mejor. La noche era en tanto clarísima, y la luz de la luna les mostraba á corta distancia la mole de la casa fatal, que como gigante amenazador levantaba su frente sobre el pueblo. Un cuarto de legua vendrian ya á distar solamente del término anhelado y temido de su viaje, cuando otro torrente mayor que los anteriores asustó al caballo del conde, cuya espuela se fatigó vanamente en hacerle pasar adelante. Al de Rui-Gomez le sucedió lo mismo.

—Por Cristo vivo! exclamó el conde de Irache: ¿estaremos toda la noche dando rodeos para llegar al pueblo?

—Este torrente, contestó Rui-Gomez, no se puede pasar por aquí.

—Y no obstante es necesario pasarlo, porque ya sabeis cuanto me interesa entrar antes que el duque en el pueblo.

—Y aun llegar antes que él á la Sierra, para tener el gusto de anticiparos á dar auxilio á su hija. No me parece eso difícil, porque el duque tendrá que luchar con mas dificultades que vos, yendo como vá con la hueste á través de estos trancos y barrancos.

—Marchemos paralelos á la márgen, y veamos de pasar el raudal por donde el agua haga menos ruido.

—Los caballos se asustan del agua, y vos os asustais de la sangre.

—Si, Rui-Gomez: al llegar á ese sitio que en mal hora he tenido que atravesar, me ha parecido ver erguida en él, y mirándome con ojos amenazadores, la sombra de esa hermana fatal que me persigue por todas partes.

—Veo, señor, que tengo mas ánimo, no obstante que me asisten para temer los mismos motivos que á vos. La primera herida fué vuestra; la segunda y tercera mías. Vos empezasteis el asesinato, y yo lo rematé. Sin embargo, ya veis que me hallo tranquilo.

—Eso consiste, Rui-Gomez, en que no sabeis lo que yo. La carta que me ha enviado el cura contiene especies siniestras.

—¿Y puedo yo saberlas, señor? Ya veis que nada os he preguntado respetando vuestro silencio.



—Vos presenciasteis en union con el cura la secreta ejecucion de Mulhacen, cuando fué envenenado en la cárcel por mano del negro Astarot.

—¡Ah! ya entiendo: volveis de nuevo al tema de la desaparicion del cadáver cuando fué colgado en la horca; pero ya lo sabeis: respecto á eso, estoy descansado tambien. El veneno de Astarot era activo, y el cuerpo arrebatado á la horca lo único que prueba es que los moros que con capa de cristianos reconciliados habian quedado en Toledo, quisieron honrar el cadáver dándole sepultura á su estilo, para no dejarnos el gusto de enterrarle en un muladar, como lo hacemos con todos los suyos que caen en manos de la justicia. Os lo he dicho mil veces, señor: esos raptos son demasiado frecuentes, para que él á que ahora aludís, os deba dar el menor cuidado. Los judios y los gitanos suelen tambien buscar los cadáveres para hacer sus hechicerias, y ya sabeis que ni aun los cristianos están seguros en los cementerios cuando ven enterrar en ellos algun muerto que les apetece.

—Repito que ignorais muchas cosas, mi querido Rui-Gomez. No es el cadáver de Mulhacen el que ahora me llama la atencion, aunque confieso que desde que he leído la carta del cura no deja de inspirarme algun cuidado el recuerdo de su desaparicion. Lo que me preocupa es la idea de que mi hermana puede vivir aun.

—¿Vivir, y os ayudé yo á matarla?

—Y sin embargo resucitó despues.

—¿Resucitó! ¿Qué decis?

—Que fué preciso darle nueva muerte en el fondo de una prision.

—Nada me habiais dicho hasta ahora de ese endemoniado incidente. Por lo visto, seguis en vuestra táctica de no confiar sino á medias los secretos de vuestro corazon á vuestros mejores amigos.

—Merezco en parte vuestra reconvenccion; mas yo explicaré las razones que tengo á veces para obrar así. Por ahora no preguntéis mas, contentandoos con saber que Leonor resucitó como os digo, y que fué preciso dar orden al negro que dió el tósigo á su amante, para que hiciese otro tanto con ella.

—¡Y bien! Astarot es un hombre de asaz acreditada fidelidad, para que podais temer de él.

—Es precisamente la duda que me ocupa en este momento. El cadáver de Leonor ha de haber desaparecido del sitio en que quedó emparedado.

—¿Emparedado?

—Os choca la palabra, ¿no es eso? Yo sin embargo os la explicaré cuando sea ocasion oportuna. Lo que ahora necesitamos es salir de esta duda horrible y para ello es preciso que el cura me explique esa carta funesta. Mas veo que siguiendo la orilla de este maldecido torrente, nos vamos alejando del pueblo.

—Allá arriba suena menos el agua.

—Y es menos pendiente el terreno. Veamos por ahí si los caballos se espantan menos que antes.

Los dos ginetes llegaron al sitio que Rui-Gomez acababa de indicar, y aunque no sin dificultad, consiguieron pasar á la otra orilla.

—No será el duque tan afortunado como nosotros, dijo Rui-Gomez.

—Así es necesario que sea, contestó el conde: necesito llegar antes que él para tomar mis disposiciones.

—Si en algo puedo servirlos yo... ¿Mas qué especie

de bultos son esos que andan á través de estos charcos?

—¿Qué bultos?

—¿No los veis?

—En efecto: son un hombre y una muger.

Rui-Gomez no se habia equivocado. Un ginete montado en un caballo parecia tantear el terreno á fin de pasar un arroyo, viniendo en direccion de la Sierra, y llevando una dama á la grupa.

—¿Quién va allá? preguntó el conde, no sabiendo á que atribuir aquella repentina aparicion.

—¿Es la voz del conde de Irache? exclamó la dama: entonces estamos ya salvos.

—¡Irene! dijo el conde: ¿es Irene?

—Sí, conde, exclamó el ginete con voz ya algo cascada por la edad: ella es... ¿cómo estais vos aqui?

—Gran novedad es esta, dijo el conde, dirigiendo la palabra á Rui-Gomez. Punto en boca, y dejadme hablar á mí.

Dicho esto, se adelantó y llegó hasta donde estaba la dama, la cual, no bien le vió cerca de sí, echóle los brazos al cuello con una pasion tan frenética que sería imposible describirla.

—¡Ah! sois mi salvador, exclamó. Los moros han pasado la Sierra; y apenas hemos podido salvarnos mi fiel criado Laynez y yo.

—¡Ah! ¿es Laynez el que os acompaña? dijo el conde. ¡Oh que felicidad es la mia al encontrar á mi hermosa! Pero venis asustada, Irene. ¿Con que es cierto? ¿han pasado la Sierra?

—Sí, amado mio, sí; la han pasado: ¿pero cómo es que os hallo aqui?

—He tenido noticia anticipada de la traicion que se urdia, y venia á marchas dobladas á ver si podia libertaros. La hueste del rey está cerca. ¿Podrá llegar á esa poblacion que tenemos en frente ganando por la mano al enemigo?

—Oh pardiez, dijo Laynez, no es posible que por largas que tengan las piernas, puedan esos perros correr como lo hemos hecho nosotros. Ademas que todos esos caminos están intransitables con lluvias, y un ejército no se mueve con la facilidad que un caballo.

—¿Y mi padre? preguntó Irene.

—Está en Cibdad-Real, dijo el conde; pero permitidme un momento. La noticia que acabais de darme, exige que sin perder tiempo envíe un aviso á la hueste.

Y separándose el conde de su amada, llegóse á Rui-Gomez que habia quedado detrás, y le dijo al oido:

—Amigo mio, es preciso alejar al duque, sin que sepa que su hija esta aqui. Decidle de mi parte que el moro amenaza caer sobre su espalda, y que debe volver atrás con la mitad de la gente, enviándome la otra mitad que acaudillareis por vos mismo, viniendo al pueblo inmediatamente.

—Entiendo: ¿deseais aprovechar la ocasion de haber dado con su hija?

—Me habeis comprendido, Rui-Gomez. Vuestra imaginacion es fecunda, y sabreis inventar cuanto os plazca para alejar al duque de aqui.

—Es favor que no merezco, señor: procuraré responder á él como mejor me sea posible.

Esto dicho, alejóse Rui Gomez, marchando apre-



surado hacía el duque cuanto el terreno lo permitía.

Entretanto había Irene cambiado de alazan y de compañero, pasando de la grupa de Laynez, al caballo y á los brazos del conde. El criado los seguía silencioso y á cierta respetuosa distancia.

—Y bien, hermosa mía, dijo el conde á su compañera: ¿seguís siéndome fiel como siempre? ¿pensáis en mí como á todas horas estoy yo soñando con vos? ¿es vuestro amor tan puro y tan ardiente como me habeis manifestado en vuestras cartas todo el tiempo que ha durado esta ausencia?

—Oh sí, contestó ella, sí, sí... y vos me amais también, ¿no es verdad? Ah decidme que sí, querido conde, decidme que no ha pasado un momento sin acordaros de mí. Yo no podría sobrevenir á la idea de que otra muger hubiera podido ocupar, ni por un instante siquiera, un lugar en vuestro corazón.

—¡Ah! ¿por qué nos hablamos de vos cuando tanto nos adoramos? Duda, hermosa mía, de todo, hasta de tu propia existencia, menos del amor que te tengo. Yo hasta ahora no he dudado de tí.

—Ni yo de tí tampoco, amado conde... ¿pero de qué nos sirve este amor, no mereciendo la aprobación de mi padre? Tú eres libre, y yo no lo soy; tú no tienes un autor de tus días á quien deber respetar, mientras yo, desgraciada de mí, tengo que obedecer sus mandatos, sin tener siquiera el derecho de preguntarle el por qué de su oposición decidida al amor que siento por tí. ¿Qué le has hecho tú, conde mío, para que así nos haya separado? Porque yo estaba enferma, es verdad, pero enferma solamente de amor, ¡y para curar mi dolencia me ha robado tu visita un año! ¡un año que en mi ardiente pasión hubiera sido la eternidad, si tus cartas no hubieran venido á sustituir tu presencia!

—¿Y por qué, amada de mi corazón, no te resuelves á arrostrar por todo, como tantas veces te he dicho? ¿Es una condicion tan esencial el consentimiento de un padre, que sin él...

—¡Oh! por piedad, no me hables de esa manera. Yo no seré tuya jamás sin la bendición de mi padre.

—Una vez enlazada conmigo, no ha de faltarte esa bendición. Piénsalo bien, Irene: mi vida, la salvación de mi alma, dependen de un sí de tus labios.

—No, conde, no... Yo seguiré adorándote como tú me adoras á mí, porque me es imposible hacer otro, porque tu amor es fascinador, y cuando clavabas en mí esos ojos tan llenos de pasión y de fuego, no hay en mi alma resistencia posible á su poder sobrenatural. ¡Oh! mi padre ha querido curar el frenesí que me devoraba, y solo ha conseguido con la ausencia hacerlo doble ardiente que antes. Bástete ese triunfo, y no pidas un enlace que es imposible, mientras mi padre no consienta en él.

—Tu padre no ha dado hasta ahora una sola razón que justifique esa inconcebible aversión que muestra á tu ventura y la mía. Tu padre no ha tenido otro pretexto para resistir nuestra unión, que el temor de que yo pierda un condado en que tú, lo sé, amada mía, no has puesto una vez sola los ojos.

—No, ni en tu poder, ni en tu gloria, ni en el favor que gozas en la corte. Al amarte he pensado en tí, en tu sola persona no mas, como tú has pensado en la mía, sin acordarte de vanos títulos, de riquezas que son inútiles para hacer la felicidad. ¿No es así como me lo has dicho mil veces? Pues bien, yo te podría dar un sí esenta de todo cuidado por esta parte, porque lo mas que podría hacer mi padre sería declararme exheredada y tú me amarias así... y eso no obstante, no te daré ese sí... no, conde, porque no es la exheredación lo que me hace titubear, es la idea, solamente la idea de desagradar á mi padre y atraerme su maldición.

—Tú te atormentas, hermosa mía, con fantasmas que solamente existen en tu imaginación acalorada. Tu padre no te puede exheredar sino solo en sus bienes libres; tu padre no te puede maldecir porque prescindas de su consentimiento para unir tu mano á la mía, como has prescindido ya de él para entregarme tu corazón.

—Conde, vas á volverme loca. Tus palabras caen sobre mi corazón lo mismo que un hierro candente. La serpiente, no hablaba á Eva con la fascinación que tú á mí. Laynez... amigo Laynez... yo me ahogo.

Y esto diciendo, inclinó su cuello, deslizándose casi del sitio que ocupaba entre el conde y el arzon á no haberla aquel sostenido, estrechándola con el brazo derecho, en tanto que con la rienda en la otra mano seguía dirigiendo el corcel.

Al oír la exclamación de su señora, acercóse Laynez con un frasco. Cuando llegó, estaba desmayada.

—Eres, Laynez, un fiel servidor, le dijo el conde apretándole la mano, y veo que no has olvidado las instrucciones que te tengo dadas.

—No á fé, contestóle el criado, y menos cuando vos por vuestra parte no os habeis tampoco olvidado de ser agradecido conmigo. Sin embargo, á decir la verdad, me remuerde ya la conciencia. Tanto y tanto darla brevajes puede poner en peligro su vida, acabando á la postre con ella, como ha dado fin con su juicio.

—¡Oh! lo que es por su vida, no temas. Quiero yo á tu señora demasiado, para que me complazca en arriesgar existencia que me es tan preciosa.

—¿Y por qué si tanto la amais, no conquistais su correspondencia por otros medios que esas bebidas y esos polvos endemoniados? Dos años hace ya que se los doy, y repito que estoy asustado al ver sus espantosos efectos. Si el duque lo llegara á saber, me mandaría descuartizar. Es horrible la traición que le hago.

—Esta noche será la última en que ejerzas tu ministerio. Cuando lleguemos á la población, mezclarás una doble dosis de los polvos que te mandé últimamente, y la echarás en lo primero que coma, ó en lo primero que beba. Ahora, venga ese frasco y que huela, que me asusta no verla volver.

El conde dió á oler á Irene el consabido frasco de Laynez, y la hermosa volvió de su delirio, aunque para caer nuevamente en el frenesí de su amor.

¿Cómo podía sospechar el duque la traición del viejo criado, habiéndole enviado con su hija por creerle precisamente el mas leal y experimentado de todos



sus antiguos domésticos? El conde con sus artes diabólicas pudo mas que la prevision paternal, y la ausencia de la pobre Irene solo sirvió para redoblar la triste pasion que sentia. Vanamente se esforzaban los médicos en curar su delirio febril: substituidas todas sus recetas, ó modificadas al menos, con las que el conde le propinaba, era inútil esperar que la hermosa consiguiera restablecerse. El último remedio, tomar aires, le habia probado peor. Laynez, fiel á las instrucciones que el de Irache le habia dado, prosiguió en su tarea infernal de maleficar á su ama, pudiendo en ella la avaricia, escitada sin cesar por el conde, mucho mas que el remordimiento, al cual, como acabamos de ver, no era aun del todo insensible. Unidos á estos medios diabólicos los interesados consejos que comprados á peso de oro daba incesantemente á la enferma aquel hombre desnaturalizado, fomentando con sus palabras la pasion que el incauto duque le habia encargado calmar, Irene al volver de la Siera era una verdadera demente, pareciendo dispuesto por el infierno, por si se necesitaba algo mas para acabar de perderla, su encuentro casual con el conde. Solamente por tales medios podia este haber conseguido que la desgraciada le amase de tan delirante manera, siendo entretodos los hombres el mas indigno de ser amado. Y no porque al de Irache no asisten prendas físicas dignas de atencion; pero era bello como la serpiente, ó gallardo como la pantera, no siendo así posible que los ojos se recreasen con su figura, sin experimentar al mismo tiempo aquel secreto é indefinible horror que inspira al alma instintivamente el mal que ciertas cosas naturales encubren bajo formas hermosas y que parecen convidar á él con su máscara misma de belleza. Y véase entretanto la mision, la horrible y espantosa mision á que el conde era siempre llamado. Una sola muger le queria, y era preciso demeritarla antes para hacerla caer en sus redes. El conde no sabia ni aun amar, sin ejercer su oficio de asesino cuando no en el cuerpo en el alma.

¿Habrá algun ángel que avise al duque el peligro que corre su hija? El duque tiene en su criado Laynez un infame traidor que le vende, y para acabar de iludirle, vá á añadir Rui Gomez sus artes. ¿Conseguirá la maldad su intento? Cuestion es esta en la actualidad de importuna resolucion, y así dejaremos al conde proseguir su camino al pueblo con su bella y preciosa carga, pasando nosotros á ver lo que sucede en casa de Pacomio, la cual hace ya mucho rato que reclama nuestra atencion, segun es interesante la escena del sacrificio preparado allí para la perdicion de otra victima no menos digna de compasion que la infeliz y fascinada Irene.

## CAPITULO XIX.

**En que por dos palabras solamente no se lleva á cabo un enlace.**

La oposicion de la pobre Aldonza á contraer el repugnante enlace que el vicario le proponia, habia no desaparecido, porque esto era de todo punto imposible amando como amaba á Diego Perez, pero si convirtiéndose en pasiva de enérgica y activa que era antes,

quedando agotadas sus fuerzas en una lucha desigual é inútil en que todas las probabilidades de éxito estaban por las artes del cura. Hostigada, amenazada, aterrada por aquel sacerdote infernal, protestó tierna y desconsoladamente contra la violencia de que era victima; pero la protesta es un arma á que solo recurren los débiles, y los débiles acaban por ceder. Al desmayo á que habia estado rendida, siguióse el estupor y el asombro, quedando la infeliz convertida en una especie de máquina, sin otros brios para resistir que los de su fuerza de inercia, la cual ya es sabido que al fin tiene que seguir el impulso que otra fuerza cualquiera superior le quiere comunicar. Arrastrada mas bien que conducida desde la boardilla á un sillón, y de este al lecho de Pacomio por no poder estar ni aun sentada, hubo el cura de transijir con una dilacion inevitable, y dejola descansar lo preciso para reponerse algun tanto.

Toño entre tanto, con la boca abierta, estaba contemplando á su novia, sin saber que juicio formar sobre la escena que presenciaba. Puesto en pié delante de ella, parecia un autómatas de palo que estaba contemplando á otro autómatas; pero tanto la contempló, que la rara hermosura de Aldonza, mas interesante tal vez cuanto mas triste resplandecia, ejerció al fin su influjo en el idiota, convirtiéndolo de autómatas en hombre, y lo que es mas en hombre enamorado, como lo hubiera sido en su lugar otro sér racional cualquiera. Pero decimos mal, otro en su puesto habria comprendido lo horrible del sacrificio que se imponia á aquella celestial criatura, y por mucho que la hubiera adorado, habria renunciado desde luego á una posesion tan costosa y tan inmerecida sobre todo. En Toño sucedió lo contrario, bastándole ver que la joven se habia tenazmente resistido á aceptarle por esposo suyo, para que anhelase ese nombre de la manera mas desesperada. Así, en vez de aguardar como el cura á que Aldonza tuviese algun aliento para ser conducida al oratorio, daba prisa y mas prisa al enlace, cual si comprendiese aquel bárbaro que hay plazas imposible de tomar sino solo por via de sorpresa, ó estando la guardia dormida. Al fin llegó la hora de obrar, y Aldonza recibió del vicario la orden imperiosa y terrible de seguirle inmediatamente.

A pesar del mandato del cura, Aldonza siguió quieta en el lecho. Entonces Pacomio y Gertudris la agarraron cada cual por un brazo. A esto era imposible resistirse, y Aldonza se dejó conducir á donde la querian llevar. Llegados al oratorio, donde el cura esperaba revestido con los ornamentos sagrados, ibase ya á empezar la ceremonia, cuando Toño dió de pronto un respingo cual si hubiera pisado una sierpe, y con asombro del padre vicario, exclamó de la manera mas brusca, y saliendo del oratorio.

—Pues señor.... no me quiero casar.

—¿Qué demonios es esto? exclamó el cura.

Y salió precipitado trás Toño, siguiéndole Pacomio y Gertudris, no menos asombrados que el cura de un incidente tan inesperado.

—Toño.... Toño.... ¿qué ha sido eso? preguntáronle á un tiempo los tres.

—¿Qué ha de ser? contestó, que usarceis querian engañarme por lo visto, y yo no me dejo engañar. La chica es bonita, eso sí; pero yo no habia advertido lo que acabo de ver ahora.



—Pero y bien, ¿qué has visto?

—¡Ahí es nada! que usarcedes me la dan casi calva, y yo no quiero muger sino tiene un moño magnífico.

Nuestros lectores recordarán que Aldonza y la criada de Aldonza habían la noche anterior perdido cada cual su cabellera, cuando quedaron en el patio á oscuras y á vueltas con los fantasmas. El cura que en el miedo que tenía, á pesar de tener gente armada, se había figurado otra cosa, no pudo menos de echarse á reír cuando vió la salida de tono de su extravagante sobrino.

—Mira, Toño, le dijo, eres mas bestia de lo que yo me había figurado. ¿Qué tiene que ver que tu novia esté con cabello ó sin él, para que hagas esos aspavientos?

—¿Que no tiene que ver? ¡Jesucristo! Pues ahí es un camino el horror que tengo á las mugeres rapadas.

—¿Pero por qué?

—¡Canario! ¿Por qué? Porque me es imposible remediarlo, porque me rechinan los dientes cuando veo cosas así, porque en fin... yo no sé por qué, pero he dicho que no me caso, y de aquí no me mueve nadie.

Y era como Toño decía. Así como á otros les hace daño ver cortar el paño con un cuchillo ó pasar la mano por encima del terciopelo, á Toño le era horripilante ver mugeres sin cabellera, por una de aquellas manías de que el hombre no se sabe dar cuenta y que dependen de su organizacion, tal por ejemplo como la de La Mennais (esto no lo dice la crónica, pero lo digo yo para apoyar las razones que dá el autor de tan peregrina leyenda), tal, repito, como la de La Mennais, á quien solo le gusta ir vestido con levita de color de castaña y que esté bastante raída, ó como la que se cuenta de Eugenio Sue, que llevado de un horror innato á los rayos del sol, no quiere nunca luz en su casa, salvo solo la artificial, preferida por él á la del día. En materia de amores hay algunos que se han dejado fascinar de un pie, lo cual no tiene nada de particular; pero si lo tiene y muchísimo que otros se hayan decidido á casarse por llamarles la atención unos codos. Cuando esto se ha visto en el mundo, no es extraño que una mata de pelo fuese en el sobrino del cura condicion para enamorarse.

El vicario volvió á tomar á broma la observacion estraña de Toño; pero este siguió erre que erre en que no se quería casar con muger sin largo cabello, y fué inútil querer empeñarse en curarle de su aprension.

Entonces cayó el cura en la cuenta de que el fantasma ó quien quiera que fuese el que había robado el pelo á Aldonza, debía de saber sin duda alguna la mania de su sobrino, cuando había apelado á aquel medio para desbaratarle la boda.

Afligido con esta consideracion, y mas convencido que nunca de que los tales fantasmas eran seres de carne y hueso que pretendían burlarse de él, apelando para lograr su objeto hasta á medios que por lo ruines podían llamarse ridículos, hizo esto cuestion de amor propio, y volvió de nuevo á la carga haciendo reflexiones al sobrino.

¡Afan inútil! Toño persistió en que no quería casarse, y lo único que pudo conseguir fué la promesa de que lo haria cuando volviese Aldonza á tener moño.

Para eso era fuerza que trascurriesen mas dias de los que el vicario podia buenamente esperar, y esto echaba sus cálculos por tierra. El cura se echó á discurrir el expediente á que recurriría para sacar partido de Toño, y al cabo de mil ruegos y súplicas interpoladas oportunamente con una buena porcion de amenazas, recabó de él que se casaría en aquella mismísima noche, con tal de no vivir en compañía de la que iba á ser su muger, hasta que se presentase á sus ojos con su rubia y antigua cabellera.

El fantasma no sabia sin duda que la estravagancia de Toño podia admitir transacciones, y sino apelaba á otro obstáculo para destruir el enlace, lo que es este estaba vencido.

Tal fué la reflexion que hizo el cura cuando triunfó de la tenacidad que su sobrino le había opuesto; pero recordando que Aldonza había quedado sola en el oratorio, asáltóle la terrible idea de que si el fantasma acechaba el momento de arrebatársela, podia conseguirlo tal vez aprovechando aquella soledad. Alterado con este pensamiento, corrió á ver si la victima estaba donde todos la habían dejado, y estaba con efecto, ¡estaba allí! sin que nadie hubiese intentado prestarle el mas leve auxilio.

Esto aseguró mas al cura en la idea que tenía de que la casa del sacristan no tenía comunicacion con el consabido Palacio. En el júbilo que le causó la observacion que acababa de hacer, estuvo casi por despedir á los hombres que tenía con armas prevenidos á todo evento.

Cuando entró el cura en el oratorio, estaba Aldonza orando de rodillas delante de una imagen de la Virgen á quien su altar se hallaba dedicado.

El vicario se acercó á ella con afabilidad:

—Ya has tenido tiempo bastante para alzar tus plegarias al cielo. Ahora, prepárate á lo que falta.

—¿A lo que falta? preguntó Aldonza. ¿Pues no ha dicho vuestro sobrino que rechazaba este matrimonio?

—Ha mudado de parecer, como tú habrás trocado sin duda en obediencia tu obstinacion.

—¡Cúmplase la voluntad de la Virgen! contestó Aldonza desconsolada. Yo estaba pidiéndole aquí hiciese persistir á ese hombre en su resistencia al enlace, y no me ha querido escuchar. Muy pecadora debo ser cuando de una manera tan triste se muestra el cielo sordo á mis ruegos.

—Cúbrete esa cabeza, muchacha, un poco mas que la tenias antes, le dijo el cura por toda contestacion, temiendo que Toño volviese á fijar la vista en el pelo.

—Yo se la cubriré, dijo Gertudis, comprendiendo la intencion del vicario.

Y cubrió la cabeza de Aldonza del modo que creyó mas á propósito para el objeto que se proponia. La diligencia en tanto fué escusada, porque Toño estaba resuelto á no fijar los ojos en su esposa al tiempo de darla su mano, temiendo retirarla otra vez y exasperar de nuevo á su tio si no adoptaba esta precaucion.

Seguro ya de la docilidad de los dos futuros consortes, hizo el cura subir al oratorio la mitad de los hombres armados, para hacerles servir de testigos. El párroco no quería que nunca se pudiese atribuir á aquel acto la nota de clandestino, y Pacomio y su hermana Gertrudis los podían parecer sospechosos, si ellos solos lo presenciaban.

Al entrar en el oratorio dejaron los hombres sus



armas arrimadas á la pared en el rellano de la escalera, quedando uno allí de centinela mientras se realizaba el enlace.

—Señores, dijo el cura á los hombres: sed testigos del matrimonio de mi sobrino con la hija del señor alcalde, verificado á puerta cerrada por muy poderosas razones, pero sin violencia ninguna por parte de los contrayentes.

Y luego, dirigiendo la palabra á su sobrino:

—¿Aceptais Toño, por esposa vuestra como lo mandan Dios y la Santa Madre Iglesia á la señora Aldonza Jimeno?

—Parece tío, contestó Toño, que oigo ruido á la puerta de la calle.

—No se trata ahora de eso, contestó el cura sobresaltado al oír golpear la puerta. Aceptais por esposa...

—Pero tío, ¿quién será el que llama á estas horas?

—Esa voz, dijo uno de los hombres, parece ser la del capitán que está alojado en casa del alcalde.

—Sea quien quiera, dijo enfadado el cura, no se abre á nadie la puerta hasta que acabe la ceremonia. ¿Aceptas, Toño....

—¡Oh! dijo este: sí.... ¡pero qué porrazos, Dios mío!

—Y vos Aldonza, prosiguió el cura, aceptais por esposo....

—¡Eh! exclamó Toño: contestad presto y decid que sí, que quiero ver en qué para esto.

Brusco Toño siempre que hablaba, lo fué mas en esta ocasion, llevado de su impaciencia por saber quien estaba llamando. El centinela que los hombres habian dejado en la escalera guardando las armas, lanzó al mismo tiempo una voz, y los testigos se precipitaron con el fin de empuñarlas otra vez. Los que aporreaban la puerta parecían querer echarla al suelo, segun eran los golpes que daban. Barreada aquella entretanto, podia resistir bastante tiempo, y así lo dijo Pacomio al cura despues de haber bajado á examinarla. Los hombres de la escalera tornáronse con esto al oratorio armados con sus lanzas y sus picas, dejando á sus compañeros de abajo el cargo de resistir la primera agresion, y al centinela el de avisar al punto si necesitaba su auxilio. De este modo volvieron las cosas al mismo ser y estado que antes.

—Por última vez Aldonza, exclamó el cura con mai disimulado furor: ¿aceptais por esposo....

—Sí, dijo ella con voz mas que apagada, espirante, espantada y sobrecogida con la vuelta de los hombres armados, y creyendo que las lanzas y picas iban á dirigirse contra su pecho.

—Entonces, dijo el cura satisfecho haciendo la señal de la cruz, yo os uno en nombre del Padre, y del Hijo, y del...

Un estrépito, al cual se abrió de par en par la ventana impidió al cura terminar la fórmula. Mientras el capitán y el alcalde procuraban hacer astillas la puerta, Diego, harto mas sagaz que ellos, sacó de la casa de este una escala que tenia en el patio, y arriándola á la ventana del oratorio, descargó tal puñetazo sobre esta, que no pudo menos de abrirse, colándose él dentro de súbito y plantándose entre Toño y Aldonza, diciendo al cura:

—Sí! en nombre del Padre, y en nombre del Hijo tambien.... pero no en el del Espíritu Santo.

—¡Oh! ¡mi salvador! dijo Aldonza, echándole los brazos al cuello.

NUEVA EPOCA.—TOMO II.

—¡Muera! ¡muera el raptor! exclamó el cura.

—¡Atrás! dijo Diego furioso y echando mano á la espada: atrás, ó... perdoneme Dios! no respeto el sitio en que estamos.

—Habeis llegado tarde, repuso el cura: Aldonza es ya esposa de Toño.

—No mientras yo viva, exclamó el escudero; y por Dios que si vuestro sobrino no renuncia inmediatamente....

—¿A qué? dijo este: ¿á la novia? Pues valiente sacrificio exijis de mí. ¡Si yo me casaba por fuerza!

—¿Cómo por fuerza?

—¡Toma! mi tío me ha hecho ceder quieras que no quieras, y si no que lo diga él. Pues no ha sido mala pelotera la que hemos tenido hace poco.

—Señores.... mi sobrino está loco, dijo el cura: no le creais.

—¿Qué no me crean? exclamó este: juro por la Virgen Santísima que nos mira desde ese altar.... Pero calle! continuó, mirando el cuadro con la boca abierta: esa Virgen no es la misma de antes.

Todos dirigieron la vista al sitio donde estaba la imagen, imagen en la cual hacia rato que no reparaban, vieron con sorpresa que Toño tenia razon. El cuadro del altar era otro, y el cura vió en la imagen sustituida una cosa que no esperaba.... las facciones de Catalina.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó: huyamos, señores, huyamos.

Y se precipitó hacia la escalera, siguiéndole los demás maquinalmente, á tiempo que subian por ella los hombres que estaban abajo, atropellados por el capitán que habiendo derribado la puerta cargaba furioso sobre ellos, haciendo lo mismo el alcalde con una tranca desmesurada.

El escudero que habia quedado solo con Aldonza, reconoció cierta semejanza entre las facciones de esta y las de la imagen del cuadro, y con los antecedentes que tenia por lo que el capitán le habia dicho, comprendió la razon del terror con que el cura acababa de huir. Ocupada su imaginacion hasta entonces solamente en libertar á su amada, habia enteramente olvidado la distancia que le separaba de ella, y aquella imagen se la recordó. Triste y sombrío con esta consideracion, hizo un esfuerzo sobre si mismo para separarse de Aldonza que proseguia abrazada á él, cuando ella que notó su actitud....

—¿Cómo! amado mío, le dijo: ¿habeis roto las cadenas con que iban á atarme á otro hombre, y vais tambien á romper los vinculos de vuestros amantísimos brazos?

—¡Aldonza! ¡Aldonza! exclamó el escudero: arrodiáos ante esa imagen que debe ser sagrada para vos lo mismo que lo era la otra.

—¿Qué otra? dijo Aldonza, extrañando las palabras del escudero como habia extrañado las de Toño y la súbita huida del cura: esa Virgen es la misma de antes, la misma á quien oré largo rato cuando querian arrebataros mi mano y mi corazón. Yo no hallé en ella mutacion ninguna.

—¿No? pues entonces.... ¿Habeis estado sola algun tiempo en este sagrado recinto?

—Sí, amado Diego, mas de media hora.

—¡Ah! entonces esa imagen ha querido que la viérais vos solamente, y despues ha desaparecido para



presentarse otra vez. Adorad los secretos del Eterno, y arrodillaos nuevamente.... ¿Veis?

A esta palabra *veis*, volvió Aldonza sus hermosos ojos al cuadro, y vió en él otra imágen diferente, la de la Virgen que constantemente había estado en aquel altar. El asombro que produjo en los dos mutacion tan inesperada dió bien pronto lugar á otro susto, al menos, en el escudero, al oírse en la escalera entre el ruido del combate, y los gritos y la algarabía, una voz que decía: *Paso al conde: paso al señor conde de Irache.*

—¡El conde! exclamó el cura en la escalera: entonces nada hemos perdido.

—¡El conde! exclamó Diego Perez: el peligro es mas grande que antes.

—¿Qué decidís dijo Aldonza.

—Nada.... nada: que antes de llegar hasta vos, pasará quien intente ultrajaros por encima de mi cadáver.

## CAPITULO XX.

**En el cual se complica mas y mas el enredo de esta leyenda.**

Después de una porcion de rodeos ocasionados por los torrentes que se le oponian al paso, habiéndose el conde de Irache llegado á la poblacion trayendo á Irene sobre su caballo, siguiéndole Lainez á corta distancia, y con él diez ginetes mas, pertenecientes á los soldados que acababan de ser sorprendidos en el desfiladero de la Sierra, los cuales habían conseguido escapar lo mismo que Lainez é Irene.

El aviso que se habia dado al rey era cierto desgraciadamente. El teniente Antolínez habia vendido á los suyos, y Almanzor con treinta mil infieles hacia ondear sus pendones en los limites divisorios de la Mancha y Andalucia. El conde se perdía en conjeturas discutiendo no ya precisamente sobre la traicion de aquel gefe, sino sobre el extraño misterio y la notable anticipacion con que el rey habia sido avisado. En vano hizo á los fugitivos mil preguntas encaminadas á aclarar sus confusas ideas: los soldados, Lainez é Irene no pudieron decirle otra cosa sino que habia habido una sorpresa, siendo solo individuos contados los que habian conseguido fugarse. En cuanto á los demas, los ginetes acabaron de asegurarle que lo que es por aquella noche podia estar descansado en cuanto á intentar Almanzor pasar adelante en su marcha, pues la que acababa de hacer para verificar la sorpresa tenia fatigadas sus tropas, y lo que menos presumia el moro era que la hueste del rey hubiera soñado en moverse de sus estancias de Ciudad-Real.

Tranquilo el conde en cuanto á este punto y mas estando tan cerca los bravos que debía traerle Ruy-Gomez, volvió de nuevo á sus cavilaciones sobre el consabido mensaje, y recordando las palabras del rey relativas á la condicion que se le habia puesto para el triunfo y para recibir cierto auxilio, que era venir su alteza en persona al pueblo que tenia delante, no pudo menos de estremecerse á la idea de que aquel aviso hubiera podido venirle de la Casa de Pero-Hernandez. Sus ojos se fijaron en ella como ansiosos de interrogarla; pero el siniestro edificio no dió muestras de responderle con ninguna señal de

mal agüero, estando el pueblo al parecer tranquilo y apaciblemente bañado por la luz de una luna clarísima, sin mas ruido que el de un viento algo recio que acababa de levantarse.

En medio de esto el cura le decia en su carta que el demonio andaba suelto en el pueblo, y que lo que Astarot habia escondido en el castillo de Irache, podia no estar allí. Esto volvía á desatinarle, y lo único que calmaba algun tanto su incertidumbre, era la consideracion de que tenia consigo á Irene, á Irene cada vez mas perdida por él, y cuya posesion anhelada estaba decidido á conseguir antes que viniese su padre.

Combatida de este modo su alma por mil diferentes afectos, llegó á la poblacion dando un último rodeo, no ya causado por los torrentes, sino por su deseo de evitar aproximarse mas de lo preciso al palacio de Pero-Hernandez.

La del cura estaba cerca de la iglesia al otro extremo de la poblacion, y el campanario le sirvió de guia para dar con la casa anhelada.

Llegado á la puerta del párroco, hizo que Lainez llamara; pero á pesar de hacerlo largo tiempo, nadie contestó á sus porrazos. En cambio resonaron otros golpes que retumbaban á corta distancia, y eran los de la casa de Pacomio, cuya puerta estaban haciendo astillas el alcalde y nuestro amigo el alfez, mientras el escudero á la parte opuesta arrimaba una escala á la pared y se colaba por la ventana.

Estrañando el conde aquel ruido, dejó á Irene en compania de Lainez, haciéndola guardar por ocho ginetes, y dirigióse con los dos restantes hacia donde sonaba el estrépito, llegando á casa del sacristan cuando el capitán y el alcalde habian hecho trizas la puerta, cayendo sobre los de adentro, este con su traca terrible y aquel con su temida tizona, mientras los otros en la escalera defendíanse con chuzos y lanzas.

Las voces ¡*muera el cura!* que oyó el conde proferridas por el oficial, le hicieron conocer que estaba allí el que no habia hallado en su casa, y no sabiendo á que atribuir un incidente tan inesperado, precipitose tras el alfez, dando orden á los demas ginetes que se reuniesen con él, guardando siempre á su amada Irene, y cercando al mismo tiempo la casa.

A la voz del conde de Irache que llamaba al oficial por su nombre, cesó el alfez de descargar mandobles, quedando como petrificado. Los que adentro se defendían, pusieron tambien término al combate, siendo solo la voz de *paso al conde* la que sucedió en la escalera á la algarabía anterior y á los gritos de *muera el cura*, con los de *¡hija mia! ¡hija mia!* que daba por su parte el alcalde.

A estos últimos y tristes acentos, la pobre Aldonza que con la confusion no habia oído la voz de su padre ahogada por la mas estentórea del oficial y por la babilonia de arriba, precipitose escalera abajo, saliendo del oratorio y siguiéndola el escudero.

El cura gritó al conde:

—¡Señor! Venís como bajado del cielo. Prended á ese oficial y al escudero, y prended al alcalde tambien. Quieran asesinar me los tres, y debeis castigar esa infamia.

—¡Oh no! exclamó el alcalde.

—Callad, le dijo el oficial en voz baja: callad ó perdeis vuestra hija.



—¡Señor! exclamó Aldonza.

—Callad, dijo Diego apretándole la mano: callad ó perdeis vuestro padre.

—¿Pero qué es esto? preguntó el conde cada vez mas maravillado al ver al cura con sus ornamentos como si estuviera en la iglesia.

—Prendedlos, replicó el cura, y luego sabreis lo demas.

—Dense á prision los tres, contestó el conde; mas sin necesidad de decirlo, ya los hombres de las lanzas y picas, envalentonados con el auxilio de los dos ginetes que desmontando de los caballos habianse internado en la casa, mientras sus compañeros quedaban en la calle, parte de ellos guardando á Irene, y parte cercando el edificio, tenian agarrado al alferéz sin darle tiempo para menearse, aberrojando igualmente al alcalde y quitando á entrambos sus armas. En cuanto á Diego, inseparable siempre de Aldonza, vióse rodeado tambien; pero se revolvió en tales términos y empezó á sacudir cintarazos de un modo tan diestro y terrible, que no ya los hombres aquellos y los soldados reciénvenidos, sino hasta el mismo conde de Irache se vió forzado á retroceder. La lucha sin embargo no era igual, y Diego hubiera al fin sucumbido, á no venir en refuerzo suyo un inesperado auxiliar, Gavilan, que escapado de casa y siguiendo por el olfato á su amo, voló á reunirse con él, y viéndole en tan grave peligro, precipitose sobre sus contrarios, ahullando y repartiendo mordiscos cual si estuviera espiritado. Los paisanos que vieron al perro, á aquel diablo en figura de can lanzarse como un rayo sobre ellos, no pensaron ya desde entonces sino solamente en huir, arrastrando en su confusion á los reciénvenidos soldados, los cuales, no sabiendo á que atenerse, creyeron aquello otra cosa de lo que era en realidad, y salieron en tropel á la calle. Diego, en vez de contener á su perro como lo habia hecho por la mañana, gritaba y silbaba zuzándole, y entretanto descargaba fendientes sosteniendo el cuerpo de Aldonza desmayada por segunda vez, y cargando sobre los fugitivos. Libres el oficial y el alcalde, merced á aquel incidente, lanzáronse sobre ellos tambien, consiguiendo salir á la calle, donde se les unió la alcaldesa que habia acudido á los gritos, no siéndole posible resignarse á permanecer quieta en casa, como el alcalde le habia mandado. La algarabía y la confusion llegaron á su último colmo. Los ladridos de Gavilan se mezclaban con los lamentos de Irene, con los gritos que daba Lainez sin poder contener su caballo, con el galope de los dos corceles que habiendo quedado sin dueño al subir los ginetes á la casa, corrian por la poblacion desbocados; con las maldiciones de los desmontados que iban tras los caballos que huían, con la confusion de los soldados restantes que no sabian si acudir á Irene, ó seguir guardando la casa, ó volar en auxilio del conde, y en fin, con el terror de los paisanos dispersados en todas direcciones, mientras los vecinos del pueblo acaban de coronar la fiesta, alzando sus plegarias al cielo y rezando el *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal*, lo mismo que la noche anterior.

Entretanto el vicario en la escalera hostigaba al conde de Irache á volar tras los raptos de Aldonza, no atreviéndose sin embargo á revelarle el fatal secreto que se callaba tanto tiempo habia, temeroso de

que interpretara en su contra en aquellos primeros momentos la clandestinidad del enlace. Asi su único grito era *prendedlos, y luego os diré lo demas*; pero Toño, asustado á la idea de tener que cargar con una esposa que tanto la repugnaba, y mas amedrentado todavia con la del terrible escudero que tan malas pulgas tenia, abrazó las rodillas del conde, apretándolas con todas sus fuerzas y diciéndole:

—¡No, no señor! Mi tio se ha empeñado en ser loco: yo no quiero que prenda á nadie.

—¡Pero y bien! exclamaba el conde: ¿á qué me he de atener?

—¡Oh señor! contestó el cura desesperado: esa jóven es la esposa de Toño, y se la llevan robada.

—¿Robada? No es verdad, dijo Toño. Yo se la regalo á quien quiera que me haga el favor de llevársela.

—¿En qué quedamos? exclamó el conde irritado al ver tantas contradicciones; y sobre todo ¿qué me importa á mi que se la lleve ó no? Otras cosas de mas interés son las que aqui me han traído. ¿Esa carta que acabais de escribirme...

—¡Oh! exclamó el cura medio demente ya, al ver perderse un tiempo tan precioso: ¡no os digo que vayais tras Aldonza... tras la hija de Leonor?

—¡La hija de Leonor! ¡Maldicion! ¿Y aguardais ahora á decírmelo?

Y loco tanto ó mas que el vicario, lanzose el conde precipitadamente en direccion de la calle, haciendo rodar por la escalera á Toño, cada vez mas empeñado en detenerle y en no querer soltar sus rodillas. Era esto á sazón que Ruy-Gomez llegaba á la poblacion con la gente que el conde le habia dicho.

—Y bien! le dijo este: ¿qué es del duque?

—Le he engañado completamente, contestó Ruy, y están cumplidos vuestros mandatos.

—Bien, mi fiel servidor, está bien! y llegais ademas muy á tiempo. Haced subir á Irene á esa casa, y escusadme con ella. Luego vuelvo.

Y dirigióse tras los fugitivos, seguido de unos cuantos caballos, consiguiendo apoderarse del capitán y del alcalde y de su muger cuando ya se metian en su casa; pero sin poder dar con Diego ni con su desgraciada pareja.

—¿En dónde está esa jóven? preguntó el conde con voz de trueno, despues de registrar la casa del alcalde hasta el último rincon, creyéndola escondida en ella.

—Señor, señor, contestó el alcalde: ¿qué mal os ha hecho mi hija, que la perseguís vos tambien?

—¿Dónde está? volvió el conde á preguntar, dirigiendo la palabra al alferéz.

—¡Hombre infame! contestó este: si supiera yo donde está, ¿crees acaso que te lo diria? No lo sé; nos hemos perdido en medio de la confusion producida por la tropa que entraba, y el corazon me dá que son inútiles tu desesperacion y tu furor, porque Diego protege á Aldonza, y el cielo está velando por Diego.

—Prended al oficial, dijo el conde á los suyos, y prended tambien á esos dos, colocando á cada uno en departamento distinto.

La resistencia era de todo punto inútil, y el oficial quedó aherrojado, lo mismo que el alcalde y la alcaldesa, no sabiendo estos á que atribuir el interés que el conde tenia en apoderarse de Aldonza.

Presos los tres y cuidadosamente guardados en la misma casa del alcalde, envió el conde en todas di-



recciones ginetes que persiguiesen á Diego, siendo todo su afán inútil, porque ninguno pudo dar con él, á pesar de haber recorrido todos los alrededores del pueblo en el radio de mas de una legua.

Era evidente que Diego Perez estaba escondido en el pueblo con la joven objeto del furor y de las persecuciones del conde. Convencido de que era así, hizo este que Ruy-Gomez acordonase la poblacion, sin consentir salir de ella á ninguno de sus habitantes, procediendo él despues en todas las casas al mas escrupuloso registro. ¡Empeño inútil! En ninguno de ellos pudo dar con la presa anhelada.

Una casa habia no obstante que no se habia registrado aun, habiéndolo sido hasta el templo, y era la Casa de Pero-Hernandez. Devorado el conde de rabia al ver lo inútil de sus pesquisas, y ansioso de salir de toda duda respecto á aquel palacio maldito, dió á los suyos la órden de allanarlo, obligándolos á vencer su pavor con amenazas y juramentos. Ruy-Gomez, el mas bravo de todos, sintió al escuchar tal mandato que le flaqueaban las piernas; y eso no obstante obedeció y marchó hácia aquella casa fatal, temiendo la iras del conde. Los demas, visto este acto de arrojo, y viendo al conde al frente de la empresa, siguieron detrás de los dos.

—¡Adelante, valientes! gritaba el conde: adelante y seguid á vuestro gefe como lo habeis sabido siempre hacer. Esa casa no puede infundir miedo sino solo á los necios ó á los niños.

Los ladridos de Gavilan, asomado á una de las ventanas del palacio, contestaron á la arenga del conde. Sus soldados, helados de pavor, detuviéronse súbitamente, al ver aquel perro siniestro, cuando estaban ya cerca de la puerta.

—¡Cobardes! gritó entonces el conde: ¿ois al perro del escudero, y cuando sus ladridos os dicen que su amo se halla con él, temeis entrar donde otro hombre ha entrado?

Estas palabras reanimaron aquellos desmayados corazones, y depuesto todo temor, se abalanzaron hácia la puerta. Esta entonces se abrió de por sí, como en señal de que los de adentro no temian la acometida, saliendo luego por ella y lo mismo por todas sus ventanas un sin fin de dardos de muerte acompañados de espantosos ruidos, entre ellos los de grillos y cadenas, junto con multitud de relámpagos. Los del conde, incluso Ruy-Gomez, no pudieron sobreponerse al miedo, á la sorpresa y al horror de una escena tan espantosa, y menos viendo en el minarete que se alzaba sobre el edificio los tres hombres desfigurados y el horrible y descarnado esqueleto de que ya tiene noticia el lector. Así, la dispersion fué completa, quedando solo y abandonado el conde sin saber lo que le pasaba, entre diez ó doce cadáveres que los dardos tirados desde la casa habian dejado tendidos. En esto vió salir del edificio otros tantos ensabanados. A esta vision no pudo resistir, y echó á correr hácia la poblacion. Parado luego en medio de la calle, tuvo aun aliento para volver la vista al terrible y misterioso palacio, y vió á los diez ó doce ensabanados ocuparse con mucha flemma en levantar del suelo los cadáveres, cargando cada cual con uno de estos, y volviendo á meterse en la casa. Los truenos y relámpagos cesaron; los tres hombres desfigurados y el esqueleto del minarete desaparecieron tam-

bien con las hachas que los alumbraban; todo, en fin, quedó quieto y tranquilo, helando aquella paz al de Irache mucho mas que la escena pasada.

—¡Ah! exclamó el conde: voy á volverme loco; pero mañana será otro dia. Entretanto aprovechemos la noche, ya que los seres de ese palacio han tenido la insensatez de no tenderme entre los cadáveres que han caído á mi alrededor. Irene me espera: esta niña me consolará de la otra.

Dijo, y fingiendo una serenidad que no sentia seguramente, dirigióse á la casa de Pacomio donde Irene habia sido llevada, lo mismo que antes la pobre Aldonza. El Cura, Pacomio y Gertrudis estaban espantados aun con la noticia de lo ocurrido. Solo Irene parecia ajena á la general turbacion; pero Irene en aquella sazón estaba mas demente que nunca, merced á la última pócima que Laynez le acababa de dar en la escesiva dosis prevenida.

Despues de un amoroso coloquio con ella, durante el cual notó el conde con indecible satisfaccion los progresos por la pócima hechos, retiróse este con el vicario, y este le dió minuciosa cuenta de todo lo que habia pasado durante la noche anterior.

Al llegar á la noticia del pergamino que le habia entregado el fantasma, quedó el conde maravillado.

—¿Dónde está ese pergamino? le dijo.

—Lo he dejado en casa, contestó el cura, despues de haberme esforzado en vano por ver si habia en él algo escrito.

—Segun eso, ¿lo habeis abierto?

—¿Queriais que lo presentase al rey, sin tratar de averiguar primero si habia en él alguna especie que pudiera perjudicaros?

—Gracias, gracias, habeis hecho bien. ¿Y el sobre decia que debia entregarsele cuando viniera á esta poblacion?

—Para entregarlo á su alteza el rey el dia que venga á este pueblo: estas son sus terminantes palabras.

—Entonces el fantasma que os lo dió sabia sin duda que el rey debia venir aquí, y esto acaba de confirmar mis presunciones de que el aviso que el rey ha recibido, le ha venido de esa casa maldita. ¿Y decis que Leonor está en ella?

—Eso es una sospecha no mas, nacida de lo que oí decir al alfez hallándose medio embriagado; y por eso os decia en mi carta que viéseis de averiguar si Astarot habia cumplido las órdenes que le disteis en el castillo.

—Yo no sé que haya novedad en él, ni que Astarot haya faltado á mi confianza. Hace diez dias seguia allí, y despues no he sabido nada de él. La única novedad que ha habido en mi casa relativamente á este punto, ha sido la desaparicion del retrato de Leonor que tenia en mi gabinete; pero de esto hace ya mucho tiempo.

—Entonces, bien pudiera suceder que fuese su retrato y no ella, el que se apareció al oficial, y aun juraria que lo he visto yo en esa capilla inmediata.

—¿Cómo?

—Como que hay en él una Virgen, cuyo rostro me ha parecido que se habia trocado en otro; pero ahora poco he vuelto á mirarla y la he visto lo mismo que siempre, y no sé si seria ilusion lo que antes me pareció ver. El recuerdo de vuestra hermana me tiene dados muy malos ratos, y mas de una vez he creído



que se me aparecía su sombra en medio del silencio de la noche.

—A mí me los ha dado también, y he creído lo mismo que vos, y no hace mucho seguramente. ¿Por qué me puso en la necesidad de ser tan inhumano con ella? Hubiérame cedido el condado, y todo habría terminado bien. Toquemos, empero, otro punto. ¿Habeis dicho que la voz del fantasma se parecía á la de Mulhacen?

—Oh si... era la suya misma, y me parece que la escucho aun. Al pronto no caí bien en ello; pero despues vi el perro del moro, que es el mismo que ha ocasionado la algarabía de la escalera, y no me es posible dudar.

—Yo no vi que en el torreón tuviese Mulhacen perro ninguno.

—Abajo no, pero lo tenía arriba, antes de ser llevado al subterráneo.

—En el momento que brille el día, saldremos para siempre de dudas. No ha de quedar piedra sobre piedra de ese palacio. Vamos ahora á lo mas importante, si es que en esto puede haber algo que no lo sea como lo demás. ¿Cómo habeis sabido que la jóven que el oficial se llevaba robada, es la hija de Leonor?

El cura pareció vacilar para dar al conde respuesta, por mas que la tuviese prevenida. ¿Cómo decirle que lo sabía hacia muchísimo tiempo? Esto hubiera sido esponerse á hacerse sospechoso al de Irache, dándole lugar á creer que guardando silencio tanto tiempo, tenía alguna mira vedada ó intereses aparte del suyo, como efectivamente sucedía. Sin embargo, era fuerza explicarle lo que deseaba saber, y así decidióse á mentir lo mejor que le fuese posible.

—Os habeis quedado suspenso, le dijo el conde.

—Si, á fé, contestóle el vicario, porque me extraña veros preguntar lo que podeis vos mismo inferir sin necesidad de respuesta.

—No os entiendo.

—¿No? Pues entonces, ¿á qué ha venido el oficial aquí?

—¡Ah! vamos, ¿os ha dicho él que le había enviado yo á hacer nuevas indagaciones en lo relativo á esa niña?

—No me lo ha dicho, contestó el cura, aprovechando esta revelacion para hacerla servir de base á la respuesta que anhelaba el conde; pero en los humos de la brachera se le escaparon ciertas palabras, por las cuales caí en la cuenta de que le habíais dado una mision, y de que os era desleal á mas, y así resolví chasquearle. No es del caso referiros ahora las palabras que le escuché, bastándoos saber que le oí lo necesario para convencerme de que la que pasaba por hija del alcalde no lo era en realidad, sino la jóven que buscabais vos. Así valiéndome con su pretendido padre del ascendiente que me daba con él mi autoridad como sacerdote....

—Y bien!

—Y bien, la trasladé á este sitio, para hacer como que la casaba....

—Como en efecto la habeis casado, y por cierto que en vez de robarla para vuestro sobrino, la debírais haber robado para entregármela á mí.

—¿Pero no conocéis, señor conde, que esto era un simulacro de boda, una mera farsa no mas para ase-

gurarla mejor? Por lo que habeis escuchado á Toño, os podeis convencer....

—Acabáramos. ¿Quien habia de comprender.... Sin embargo, volviendo á esa jóven, vos no estais cierto de su procedencia, sino por las palabras de un beodo.

—¿Y no os prueba que dijo verdad su venida á arrebatarla esta noche? ¿Qué interés podian tener el alferéz y el escudero en verificar ese rapto, sino consumir el primero la traicion que contra vos me editaba?

—¿Y por qué no me habeis dicho ese secreto, cuando estaban los dos en la escalera?

—Queríais que os lo dijese habiendo gente estraña delante? Yo os dije *prendedlos, prendedlos*, y no tuvisteis á bien oirme.

—Dejemos esto para despues, dijo el conde con displicencia. Habeis dicho también que ha habido un robo en la iglesia de esta poblacion, y que entre los objetos robados se halla el cuadro del glorioso San Roque.

—Si por cierto, contestó el cura; pero yo dudo mucho que ese cuadro represente á ese Santo glorioso.

—¿Cómo?

—Como que ese cuadro fué hallado el día de aquella batalla, y pudiendo servir para un altar, le hice yo colocar en la iglesia, ahorrándome así comprar otro.

—¿Y me habeis callado hasta ahora esa circunstancia? ¡Oh! ¡vais á hacer que me vuelva loco!

—Pero señor.... ¿por qué?

—Porque ese cuadro lo estoy yo buscando hace tiempo, y sin él es en vano cuanto he hecho para asegurar mi condado.

—Me dejais estupefacto, señor conde. ¿Cómo podía presumir yo....

—¿Y el rey, continuó el conde para sí, me habla estos días de un cuadro que se hacia venerar á los fieles profanando una iglesia del reino! ¡Oh! no hay duda.... el rey sabe algo. Ese santo que se le apareció, que él dice que se le apareció y que le hizo besar su llaga.... ¡Oh! nunca mas que ahora es preciso adoptar una resolucíon. ¡Irene! ¿por qué tienes un dudado?

El conde, al revolver en su interior todas estas confusas ideas (confusas no para él, para nosotros, que no estamos en sus antecedentes), paseábase por la estancia con inquietud y desasosiego. Al fin cayó sobre una vieja silla que casi se rompió al recibirle, y dirigiendo la palabra al cura que estaba observándole absorto,

—Hablemos de otra cosa, le dijo. La dama que está en esta casa es la hija del duque de Olmedo. En vez de una farsa de boda como la que hace poco preparabais, vais á proceder al momento á una boda real y efectiva. Esa dama vá á casarse conmigo, y solo espera vuestra bendicíon.

—¿Mi bendicíon? dijo el cura.

—¿Y por qué no? le contestó el conde. Habeis hecho servir tantas veces el ejercicio de vuestro ministerio á maldades de igual naturaleza, que por un crimen mas....

—Es que esta noche es de mal agüero para esto de matrimonios.

—Podrá ser de agüero peor dejar el mio para mañana. Es preciso que Irene sea mia, sin que sepa nada su padre.



—Ya sabeis que estoy siempre á vuestra órdenes, y lo único que deseo es que esta nueva barbaridad, sea, si es posible, la última.

—Revestíos con vuestros ornamentos, y si hace Irene alguna resistencia, que á decir verdad no lo espero, ayudadme en calidad de ministro, no sé si de Dios ó del diablo, pero en fin de cura ó de clérigo ó como quiera que os queráis llamar, á convencerla como corresponde.

—Se hará todo como ordenais. ¿Estais satisfecho entretanto de mi lealtad hácia vos?

—No deja de ser algo estraña esa boda que preparabais: pero en fin.... estoy satisfecho. Ruy-Gomez. El teniente subió, mientras el cura se retiraba.

—¿Qué mandais, señor? dijo aquel.

—En el momento que se verifique mi enlace, os apoderareis del vicario. Quiero desvanecer ciertas dudas: pero mientras tanto, silencio.

Ruy-Gomez hizo al conde un saludo, y se retiró de la estancia entre absorto y despavorido.

—¡Oh! dijo el conde cuando quedó solo: por muy diestro que sea el cura, no lo es tanto que llegue á iludirme. Esa boda de su sobrino me parece bastante sospechosa, y el vicario por otra parte posee hartos secretos míos para que yo dilate por mas tiempo lo que exige mi tranquilidad.

¡Oh, sí! prosiguió, despues de un rato de meditacion: es fuerza que el servicio de esta noche sea el último que me preste. Entretanto no he visto el pergamino que el fantasma le dió para el rey, y es necesario hacer otro registro en la casa de ese bribon con el objeto de recobrarlo.

Dicho esto salió de su estancia, pasando por delante del oratorio, donde el cura estaba vistiéndose, ayudado del sacristan.

—¡Y bien! decia este al vicario: ¿qué es lo que ocurre que os vestis de nuevo?

—Es un último servicio, Pacomio, respondió el cura, que esta noche prestamos al conde. Tenemos ya bastante dinero. Mañana, si Dios es servido, nos alejaremos de aqui. Preven todo lo necesario para realzar nuestra fuga.

—¡Pues qué! ¿temeis que el conde...

—Sí, Pacomio. He sabido que el robo del cuadro ha sido una desgracia para él, bien que nada ha querido esplicarme acerca del particular, y he notado sobre todo otra cosa.... he notado que no le han satisfecho las esplicaciones que le he dado relativas al casamiento de Toño, y habiendo Diego salvado á Aldonza, estoy mal con su madre y con el conde. Anda, y con las debidas precauciones, dile á Ruy-Gomez que venga.

—Ruy-Gomez está aquí, dijo este, entrando en el oratorio: ¿qué se os ofrece, señor vicario?

—Nada mas, contestóle el cura, sino traeros á la memoria el trato de auxiliarnos mutuamente que tenemos concertado hace tiempo, con arreglo al refran aquel: *cuando la barba de tu vecino veas pelar....*

—Pon la tuya á remojar, ya lo sé, y por eso cabalmente venia. ¿Sabeis la órden que me ha dado el conde?

—La presumo, porque os ha llamado cuando yo me alejaba de él. Os mandó prenderme, ¿no es eso?

—¿Cómo diablos lo habeis adivinado?

—He visto al salir de su estancia la sombra de su mano en la pared, y el movimiento que ha hecho esa mano no es difícil de traducir á quien posee la clave, como yo, de todas sus actitudes. Esa mano me ha señalado á mi.

—Con efecto: y de aquí infiero yo que cuando vos, tan buen servidor suyo, acabais de caer en su desgracia, la gracia que conservo yo aun no puede durar mucho tiempo.

—Entonces pues, ¿no me prendereis?

—Si por cierto, ¿por qué no he de hacerlo?

—¿Para mejor disimular? Muy bien. Nos hemos entendido, Ruy-Gomez. Ahora volvedos abajo, y dejadme arreglar mis cosas.

—¡Oh! prosiguió el cura para sí desnudándose de sus ornamentos despues de haberse ido Ruy-Gomez: por muy diestro que el conde sea, está muy lejos de igualarme á mi, y no sería malo aconsejarle que otra vez que se ponga á hacer señas, apague primero la luz, ó al menos las haga de modo que no envíen su sombra á la pared, porque esto tiene sus inconvenientes, y las paredes tienen otra cosa, ademas de tener oídos.

El cura sin embargo olvidaba que las paredes del oratorio podian venderle á él tambien, á pesar de hablar en voz baja, y que cualquiera que fuese su destreza comparada con la del conde, podia haber alguno por allí que la tuviera mucho mayor, dando al traste segunda vez con sus cálculos mejor combinados.

## CAPITULO XXI.

**En el cual se verá que á las veces no hay mejor medio de evitar la cárcel, que meterse uno mismo en ella**

Nuestros lectores se figurarán que tanto Diego como la bella Aldonza, se habian acogido al Palacio juntamente con Gavilan, y debemos sacarlos de este error, pues no habia semejante cosa.

En el escrupuloso registro que el conde habia mandado hacer, habia perdonado una casa ademas de la de Pero-Hernandez, y era la de Pacomio el sacristan, porque ¿cómo habia de presumir que la interesante pareja que tanto anhelaba cojer, pudiera haber buscado su asilo bajo el techo en que él mismo se albergaba? Sin embargo, nada era mas cierto. Diego, que en los momentos de peligro tenia un golpe de vista maravilloso para distinguir lo mejor, calculó que saliendo á la calle como lo habian hecho el capitán, el alcalde y la alcaldesa, lo único que podia conseguir seria dilatar breve tiempo su prision y la de su compañera, sin conseguir por eso libertarse y libertarla de la persecucion, y mas oyéndose sonar al mismo tiempo los clarines de la gente de guerra que venia en auxilio del conde. Así en vez de seguir el camino que le marcaban sus compañeros, dejólos salir á la calle, y aprovechando el la confusion que reinaba en aquellos momentos, ladeóse al llegar al zaguán hácia el pasillo de la derecha que conducia á uno de los cuartos bajos, verificando esta conversion al mismo tiempo que Toño iba rodando por la escalera, merced al puntapié que le dió el conde cuando oyó al cura la revelacion relativa á la pobre Aldonza. De este



modo, mientras el conde, el vicario, Pacomio y Gertudris dejaban desierta la casa para abalanzarse á su presa, Diego Perez en el pasillo buscaba un sitio donde guarecerse, y viendo abierta de par en par una de las estancias destinadas á los muebles y trastos viejos de la Iglesia, metióse en él con su preciosa carga. A la vista de aquellos trebejos, sintió el corazón dilatársele pareciéndole que la providencia los tenía allí prevenidos para que le sirviesen de escudo. En el cuarto ardía una luz que habían dejado encendida los hombres prevenidos por Pacomio, y esto le vino muy bien á Diego para verificar su escondite detrás de aquella multitud de trastos, sin causar en ellos desorden que pudiera llamar la atención del ladino y suspicaz sacristán, si por suerte entraba en el cuarto.

Dejó á Aldonza, pues, con cuidado sobre una vieja tarima, mientras él emprendía la faena de remover todos aquellos muebles con la diligencia posible, y hecho esto y habiendo abierto un hueco donde tener oculta la joven, puso en él un sillón de baqueta que por casualidad estaba allí, colocándola en él con el mismo cuidado, sin que ella tuviese conciencia de nada, por seguir todavía en su delirio. Situóse él después á su lado de la mejor manera posible, sirviéndole de escudo con su cuerpo, y teniendo la precaución de dejar abierta una calle por entre aquel montón de trebejos, en términos de poder salir de ellos removiendo una mesa y un banco que tenían cubierta la entrada. Ocurrióle después la idea de salir á apagar la luz y á entornar la puerta del cuarto; mas pensándolo mas despacio, conoció que esto podía infundir sospechas si alguno penetraba en aquel sitio, y así permaneció en el escondite aplicando atentamente el oído á todo cuanto afuera ocurría, al mismo tiempo que su mirada se fijaba en la hija de Leonor, lleno de inquietud al contemplarla rendida á aquel sueño de muerte, y sin tener á su disposición ni siquiera una gota de agua con que poder humedecer su rostro y restituirla á la vida.

—¡Oh! exclamó: yo te amaba, hermosa Aldonza, y no sabía que tu nacimiento alzaba entre los dos una barrera imposible de superar! Mi deber es ahora salvarte sin esperanza de ninguna especie, y yo cumpliré ese deber, ó pereceré junto á ti, si es tu salvación imposible.

Unos pasos como de gente que se aproximaba á la casa, llamaron la atención del escudero. Eran el vicario y Gertudris que volvían con Laynez y Ruy-Gomez, acompañando á la hija del duque de Olmedo y conduciéndola á las habitaciones de arriba, según el conde había prevenido.

—¿Dónde está el conde? decía ella.

—Vendrá inmediatamente, respondióla Ruy-Gomez: subid con nosotros arriba.

El escudero no pudo oír mas, salvo los pasos de los recién venidos que sonaban por la escalera, y el ruido de la puerta de la calle que Gertudris cerró al parecer á una insinuación del vicario.

Después de unos momentos de silencio, llamó el sacristán á la puerta.

—¡Albricias, exclamó este, albricias! El conde ha cojido al alcalde, al alférez y á la alcaldesa.

—¡Oh! exclamó Diego: ¡los han cogido! ¡Dichoso desmayo el de Aldonza que le impide saber tal noticia!

—¿Y los demás? preguntó Ruy-Gomez, que volvía á bajar la escalera, después de cumplido su encargo de dejar arriba la dama.

—Los demás, respondió Pacomio, no han podido ser habidos aun, pero el conde ha determinado hacer un registro en el pueblo, y ni él ni ella se escaparán.

—¡Así sea! dijo Ruy-Gomez; pero ¿quién es ese majadero?

—Es Toño, el sobrino del padre vicario, que no quiere subir arriba por no sé que miedo que tiene.

—Y con mucha razón, dijo Toño. ¿Después de lo que ha pasado con una, quiere el cura casarme con otra?

—¿Con qué otra?

—¡Toma! ahí es nada. ¿No he visto yo á vuesarcedes subir arriba con una señora, para hacer otra vez de las suyas?

—No es para ti, contestó Ruy-Gomez, un tan esquisito bocado. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Ja! ¡ja! ¡La hija del duque para tal pollino?

—¿La hija del duque aquí? exclamó Diego: entonces se prepara otra víctima.

Hecha esta reflexión, volvió á aplicar el oído cada vez con mas atención; pero le fué imposible saber mas, porque solo oyó las carcajadas que Ruy seguía dando en la calle, mientras el sacristán se esforzaba en vencer la resistencia de Toño en lo tocante á subir arriba, como á la postre pudo conseguirlo, no sin grandes dificultades. Con esto quedó todo en silencio, aunque solo por poco rato, puesto que no había hecho Pacomio sino apenas subir arriba, cuando volvió de nuevo á bajar, y el sobrino del cura con él.

El escudero se estremeció, porque según sonaban las pisadas, la marcha de los dos era al pasillo.

No se equivocó: el sacristán tardó poco en entrar en el cuarto, siguiendo Toño con una luz. Era esto en el crítico momento en que Aldonza empezaba á volver lanzando un ahogado suspiro.

—¿Tú tienes la culpa de todo, decía Pacomio á su compañero; tú, que con tu resistencia á casarte has dado lugar á que ellos aprovecharan la dilación, y ya ves lo que ha sucedido.

—¿Con qué todo ha sido por mí? repuso Toño: pues entonces me alegro y me reallego. ¡Canario con la novia y qué alhaja! ¡Enamorada del oficial y á mas de eso del escudero? ¡Que se la lleven enhorabuena! y antes que el señor conde la encuentre, permítame Dios que se rompa el cuello.

—¡Amen! exclamó Diego para sí.

—Eres un bestia, dijo el sacristán; pero dónde está ese sillón? Esos hombres, á mas de no servir para lo que se les había llamado, han revuelto todos los trastos, y para dar una silla á esa señora tendremos otra vez que revolverlos.

—¡Jesucristo! volvió á decir Diego, viéndolos empezar la faena.

—¿Y me llaman bestia á mí? dijo Toño: pues no me trocaría por vos, á lo menos en este instante.

—¿Por qué, animal? contestó Pacomio.

—Porque si esa señora no tiene silla, buen remedio! que se siente en el suelo. Yo por mí, no busco ya mas, ni meneo un trasto siquiera.

—Mira en ese otro rincón, dijo Pacomio, mientras él revolvía los trastos por la parte del centro.

—Lo que ha de haber en este rincón, respondió



Toño, es no sillas, sino ratones, segun el ruido que hacen. ¿Oye vuesarced?

Al hacer Toño esta observacion, estaba estremeciéndose Aldonza, y por mas que el escudero procuraba hacerla comprender su peligro, no pudo evitar que su cuerpo se estremeciese sobre el sillón que el sacristan estaba buscando. Gertrudis entró al mismo tiempo, impidiendo con el sonido de su voz y con el ruido que hizo al entrar que se oyese el otro á que Toño acababa de referirse.

—¡Y bien! dijo Gertrudis. ¿Hasta cuando estaremos esperando ese asiento? Mas breve hubiera sido ir á casa, y traer el del padre cura, con la media docena de sillas que tambien se han de ir á buscar.

—¡Gracias á Dios, exclamó Toño, que veo una muger razonable. Eso mismo decia yo; pero se ha empeñado este hombre en que yo me rompa la crisma, y lo vá á conseguir por lo visto.

No podia ser mas á tiempo la nueva observacion del idiota, porque en uno de los movimientos que nuestro Diego se vió forzado á hacer para contener á su hermosa, tropezó sin querer con un mueble, el cual, comunicando su movimiento á los demas que tenia delante hasta un pedazo de ángel de madera que se hallaba á bastante altura, hizolo caer sobre Toño, bien que sin hacerle daño, puesto que solo le rozó una oreja.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! exclamó: ¡confesion! ¡socorro! ¡la unción! que me han muerto.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! gritó Gertrudis, corriendo despavorida hacia él, creyendo ser aquello otra cosa. ¿Qué ha sido eso?

—¡Si es un torpe! dijo Pacomio. ¿Te has hecho mucho mal? Vamos, vamos.... eso no merece la pena.

—¿Con qué no merece la pena, replicó Toño dando berridos, y casi me he roto los cuernos?

—Tiene razon, exclamó Gertrudis, mirando enfurecida á su hermano. ¿Quién te manda á tí disponer del pobre muchacho, como si fuera criado tuyo? Vamos, Toño, vamos arriba, y quellamen á un mozo de cordel si están empeñados en ello.

—No hay que enfadarse, hermana, dijo Pacomio; yo queria ese sillón para la hija del duque porque tiene adornos dorados, pero traeremos el del padre cura. No disputemos mas sobre esto.

Y cojiendo entre ambos á Toño que seguia con la mano en la oreja, dando siempre los mismos berridos, dirijiéronse arriba con él, llevándose consigo la luz y cerrando la puerta con llave.

—¡Gracias á Dios! exclamó Diego Perez. Al fin hemos salido del riesgo.

—¿Es su voz? dijo Aldonza.

—Sí, mi voz, contestó Diego estremecido aun del susto que habia pasado. Creí que ibais á dar algun grito, y por eso os tapé la boca; creí que ibais con vuestros movimientos á revelar el sitio en que os hallais, y por eso os tuve sujeta: perdonad mi atrevimiento, señora.

—Pero... ¿dónde estoy?

—Por el cielo, no levanteis la voz, no os movais. Vuestro padre y vuestra madre están libres, y yo estoy acechando el momento de salvaros tambien á vos.

—¡Ah! exclamó ella reanudando sus interrumpidas ideas. ¿Estoy amenazada todavia?

—Pero velo yo por vos, dijo él: silencio, Aldonza, y no me tengais miedo.

—¡Miedo á vos, Diego Perez! ¿Por qué? Lo único que me infunde temor es esta oscuridad en que me veo. ¿Qué sitio es este en que nos encontramos?

—Esperad un momento, y no os movais. La luna esta noche es clarísima. Voy á hacer llegar hasta vos un rayo de esperanza y de luz. Enfrente ha de estar la ventana.

Dijo, y saliendo de entre los muebles con el mas esquisito cuidado, dirigióse Diego á la puerta, y palpando en la oscuridad halló que el pestillo de aquella podia correrse por dentro. Acercándose luego á la ventana, quitó la barra que tenia detrás, y entreabriéndola sin hacer ruido, dió paso poco á poco á la luz del astro de los desgraciados, el cual en aquellos momentos brillaba mas claro que nunca. Tras esto se internó nuevamente por aquel promontorio de trastos, y sacando de entre ellos á Aldonza, cayó esta bien pronto en la cuenta del sitio en que se encontraba.

—¡Ah! exclamó: esta es la casa de Pacomio. ¿Cómo es que estamos en ella aun?

—¿Conoceis, dijo Diego, este cuarto?

—Estuve en él cuando me trajeron, mientras me disponian la boardilla. ¿Cómo es que estamos aun en esta casa?

—En ninguna parte, señora, estais mas segura que en ella. Están buscándoos por todo el pueblo, y el único sitio que al conde no se le ocurrirá registrar, es el que os sirve ahora de guarida. Asi os sucederá lo que al otro, que perseguido para ser encerrado en la cárcel, no halló medio mejor de evitarla que ir él mismo á meterse en ella.

—¡Ah gracias, Diego, gracias! exclamó Aldonza; comprendiendo con su penetracion de muger lo que él le queria decir: ¿pero por qué me persigue el conde? ¿qué mal le he hecho yo, para que él me lo haga á mí?

—El conde es amigo del cura, dijo Diego cortando esplicaciones que eran entonces inoportunas: el conde es amigo del cura, y como os acabamos de robar....

—¡Ah! comprendo, comprendo, dijo ella, engañada con estas palabras: quieren ambos llevar adelante ese abominable consorcio; pero vos no lo consentis... ¿no es verdad, amado mio, que no? ¡Ah! vos me quereis demasiado para que consintais en perderme.

Una especie de nube sombría eclipsó la luz de los ojos en el bravo y honrado escudero, recordándole las palabras de Aldonza el elevado nacimiento de esta, y la inmensa distancia á que él se hallaba del objeto de su adoracion.

—¡Señora! exclamó, perdonad.... mas no son palabras de amor las que deben ocuparnos ahora, cuando os hallais todavia en riesgo. Mi deber ante todo es salvaros, y despues....

—Y despues, prosiguió ella sin dejarle continuar presentarnos conmigo á mis padres, y decirles: «Aldonza me ama y yo le correspondo como debo. ¿No llorabais su pérdida? Aquí la teneis. Ya en vez de un hijo solo, teneis dos.»

—¡Aldonza! ¡Aldonza! contestó Diego: vuestros padres me miran sin duda con mejores ojos que antes; mas no por eso pueden acceder á que sea yo vuestro esposo. Renunciemos para siempre á este amor.



—¡Diego! ¿qué decís? ¡Renunciar! Entonces, ¿a qué ha sido arrancarme de las garras de mis opresores?

—Señora.... por piedad....

—¡Diego Perez! van tres veces si no me equivoco, que me habeis llamado Señora. ¿Qué quiere decir ese título? Ayer me llamabais Aldonza, y me parecía mejor. Una pobre muchacha del pueblo no puede ser señora de nadie sino del corazón de su amado, y solamente en este concepto puedo y debo pensar que me dais semejante denominación.

—¡Aldonza! Yo quería espesaros el respeto que me inspirais en la soledad en que os veo, y esa era la voz mas á propósito para no infundiros temor.

—¡Ingrato! si era ese vuestro objeto, ¿por qué no me llamabais hermana?

—¡Ah! teneis razon. Si, si, hermana: ese es el nombre que os debo dar.

—Hasta que llegue el dichoso día en que sea reemplazado por otro. ¿No es cierto, hermano mio?

—¡Aldonza! ¡Aldonza! exclamó el escudero con dolor: ¿os ha dado el cielo palabra de realizar vuestras ilusiones, que así estais soñando con ellas?

—¿Qué queréis decir? preguntó Aldonza, sorprendida cada vez mas al oír tan extrañas palabras.

—Nada, contestó Diego, disimulando el hondo sentimiento que despedazaba su alma: quería solamente advertiros que estamos en peligro todavía, y que hasta quedar libres de él, es tentar á Dios entregarse á soñar en dichas futuras.

Mal satisfecha con esta explicación, disponíase Aldonza á pedir otra al hombre á quien tanto adoraba, cuando sonaron en sus oídos los ruidos espantosos con que la Casa de Pero-Hernandez recibía á sus acometedores despues de hecho el registro del pueblo. Poco despues se vieron por la calle los soldados del conde de Irache corriendo en total dispersion, mientras los vecinos alzaban al cielo las plegarias de costumbre, nunca mas justificadas que ahora, porque nunca como en esta ocasion parecia venirse abajo el mundo, segun era espantoso el estrépito con que se anunciaba el palacio. El escudero entornó la ventana que tenia entreabierta, temiendo no le viesen desde la calle los soldados que corrían dispersos, y ansioso de saber la razon de aquel inesperado incidente, aplicó el oído y la vista á lo que estaba pasando fuera. Aldonza llena de pavor cual nunca, colgóse del cuello de Diego, apretándole fuertemente con sus hermosos y torneados brazos, brazos ay! que le ahogaban de placer al mismo tiempo que de desesperacion, haciéndole gozar y sufrir lo que puede bien inferirse del secreto que ella ignoraba y él tenia sepultado en el pecho. Aquel abrazo de inocencia y miedo merecia sin embargo pagarse, y él lo pagó estrechando tiernamente la hermosa cintura de Aldonza, é imprimiendo un beso en su frente. Era el beso del hermano á la hermana, el abrazo del padre á la hija. Para atestiguar su pureza faltaba solamente una lágrima, y Diego la vertió tristemente sobre la huella ardiente del ósculo, cual si desease apagarla, como estaba apagada en su corazón la esperanza de poseer aquella celestial criatura.

Trascurrido así un breve rato de inesplicable delicia y de indefinible suplicio, vino á sacar á Diego de su éxtasis misto de pesadilla y fruición la figura del conde de Irache, que huyendo del palacio infernal pasó súbitamente por la calle, rozando con el ala del

sombrero el marco de la ventana que el escudero acababa de entornar, pero sin cerrarla del todo. Al aspecto de aquel hombre siniestro, estuvo par lanzarse sobre él saltando furioso á la calle; pero la consideración del peligro á que iba á quedar espuesta Aldonza si se malograba la empresa, hizo que Diego se contuviese, y el de Irache entró salvo en casa.

—Ah! dijo Diego á su compañera: ¿por qué habrías decretado el cielo que os tenga en este instante á mi lado?

—Estais incomprendible, contestó ella, desasiéndose de él con dolor: ¿tan pesada os es esta noche la carga que os ocasiono, que así os contemplo rehuir mis brazos como si os ahogara con ellos?

—Oh si, Aldonza! me ahogan.... me ahogan.... mas no lo decia por eso, sino porque me habeis impedido lanzarme sobre ese hombre que ha pasado por delante de la ventana.

—Pero, y bien! ¿quién es ese hombre?

—¿No le habeis conocido? ¡Ah! sois feliz.... Mas silencio, Aldonza, silencio, que veo otros dos hombres embozados acercarse sigilosamente, y al parecer hablan en voz baja.

Diego decia bien. Dos embozados acababan de entrar en la calle, siguiendo al parecer la misma senda que el conde habia traído. El modo recatado con que andaban arrimados á la pared, y la cautela con que se acercaron á la puerta que el conde acababa de cerrar, llamaron la atención del escudero.

—Y bien! dijo soplando las palabras el uno de los dos bultos: la puerta está cerrada por dentro, y es de todo punto imposible penetrar sin ruido en la casa.

—Retirémonos á este lado, contestó el otro: á la luz de la luna estamos mal, y si nos descubriesen desde arriba, iría todo por tierra.

—El conde está harto ocupado para que piense ahora en otra cosa que en el susto que acaba de llevar; pero vamos en buen hora á la sombra.

Diciendo esto, desandaron ambos, siempre pegados á la pared, el camino que habian traído, parándose precisamente en el sitio de la ventana, sitio que la luz de la luna acababa de abandonar, trasponiéndose detrás de una casa que el escudero tenia enfrente, es decir, tras la casa del cura.

Con esto podia oír Diego Perez por entre la estrecha rendija que la ventana hacia con el marco, todo lo que hablasen los dos; pero le fué imposible conseguirlo, porque al mismo tiempo que ellos se acababan de parar junto á él, oyó ruido de gente en el pasillo, y hubo de cerrar la ventana y volver á esconderse entre los muebles, arrastrando á Aldonza consigo.

Un momento despues entró Pacomio con el sobrino del cura, siguiendo á los dos un criado que venia con un jergon.

—¡Toma! dijo Toño: ¡esta es buena! ¿Este es el sitio que me destinais?

—Es preciso, contestó el sacristan. Los aposentos de arriba se necesitan todos para el conde y para esa señora que ha venido. Además, hay otras razones para que te acuestes aquí, ya que eres tan poltron que no quieres resignarte á pasar en vela lo poco que resta de noche.

—¿Poco, y faltan todavía seis horas para que se haga de día?



—Y sin embargo, habrás de levantarte sin dormir mas que dos ó tres, porque tenemos que marcharnos luego de esta población maldicida.

—¿Quién? ¿Yo? Usarced se guardará muy bien de despertarme hasta que yo lo haga. Ahí es nada lo molido que estoy para dejar así como así la cama en que una vez me repantingo. Trabajo les mando á las ratas que corra á millares por ahí si piensan turbar mi modorra, aun cuando se me coman las narices. Sin embargo.... aa! aah! no fuera ma'lo.... ¡ay que sueño, Virgen Santísima!

—Y bien! ¿qué?

—Que miraseis con cuidado todos los rincones del cuarto y que tapaseis todos sus agujeros, por si acaso.... aa! aah!

—Ciertamente que tengo el tiempo ahora para eso.

—Ya lo veo: el Padre vicario se ha puesto la estola otra vez, y sin duda.... ¡achi! achi! Este estornudo os prueba que estoy constipado. Arropadme bien, tío Pacomio, porque sería lástima en verdad, morirme ahora de una pulmonía.

—Vamos! ya estás tapado. ¿Ocurre mas?

—Lo dicho: que hagais otro tanto con esos maldicidos agujeros, ó que á lo menos me enviéis el gato, por si acaso las ratas.... aaah! aaah! aaah!

Este triple bostezo fué el último que dió el ex-marido de Aldonza, quedando en seguida hecho un leño, habiéndose acostado vestido. Un momento despues entró Ruy-Gomez.

—Os he visto bajar, dijo este. ¿Sabeis lo que ocurre?

—Si á fé. El cura me lo ha dicho todo.

—Pero no sabeis lo demas. Acordonada la población, las órdenes del conde son tan rígidas que es imposible la escapatoria, y yo no veo aquí otro remedio sino que el padre vicario procure dilatar su bendicion, pues lo que retrase el enlace, eso es lo que le resta de vida.

—Cómo!

—Tengo orden del conde para dar buena cuenta de él apenas pronuncie la fórmula.

—Pero vos no lo hareis; eso es horrible.

—Si, lo es efectivamente; pero mas lo seria aun, que por no cumplir yo el mandato, me hiciese el conde perecer á mi, sin por eso salvar al cura.

—Y á nosotros ¿qué suerte nos reservan?

—¿A quién?

—¿A Gertrudis y á mí, y á ese pobre jóven que ronca.

—El conde no me ha dicho una palabra relativa á ninguno de los tres. Su ojeriza es con el vicario, y por lo que respeta á ese mozo, creo que ha conocido que es un sandio, y entiendo que no corre peligro.

—Muy bien; pero Gertrudis y yo no nos hallamos en el mismo caso, y así desearia que vos....

—Yo no puedo hacer otra cosa que avisaros de lo que hay, para que como Dios os ayude adopteis vuestras precauciones. A Dios: yo me vuelvo alla arriba.

—Pero oid, atended, escuchad....

Ruy-Gomez no se quiso detener, y dirigióse escalera arriba, dejando estupefacto al sacristan, que bien pronto le siguió por su parte, cerrando el cuarto como la otra vez, es decir, echando la llave.

Asombrados Diego y Aldonza con lo que acababan

de oír, no sabian á que atribuir aquella horrible revelación, particularmente la última, ignorante de los antecedentes que su compañero tenia. Este en tanto no podia resignarse á estarse quieto en el escondite, y apretando la mano á Aldonza, y diciéndola en voz baja al oído que prosiguiese inmóvil en su puesto, dejó sin hacer ruido su guarida, lo cual no evitó que al salir dirigiéndose á la ventana, tropezase con las piernas de Toño salidas largo trecho del jergon, merced al mal dormir que entre otras cosas caracterizaba al tendido. Este no obstante prosiguió roncando, recogiendo maquinalmente las piernas, y llevándolas al lado opuesto. Dadas gracias á Dios por la ventura con que el tropezon terminaba, abrió Diego la ventana otra vez, anhelante de ver si los dos bultos permanecian en el mismo sitio; pero halló la calle desierta. Los embozados habian oído sin duda la entrada de Pacomio en el cuarto y habian desaparecido.

Lleno de incertidumbre el escudero, encaminóse entonces á la puerta, y corriendo la cerraja por dentro, atrevióse á salir al pasillo. Allí estuvo escuchando largo rato, y no oyendo en las gentes de arriba sino palabras ininteligibles á consecuencia de la distancia y de lo tortuoso de la escalera, resolvió llegar al pié de esta y aun á subir algunos escalones, consiguiendo informarse entonces de todo lo que pasaba. El conde y Laynez estaban ocupados en vencer la resistencia de Irene, resistencia harto débil por desgracia para no presumir el escudero que se desvanecería muy pronto, á poco que el conde insistiese en desvanecer con sus artes el último destello de razon que se observaba en ella todavia.

Diego en tanto siguió un breve rato aplicando atento el oído, consiguiendo enterarse con esto del alejamiento del duque y de todos los demas pormenores de aquella infernal intriga. En esto oyó á alguno bajar y notó ademas una luz que empezaba á iluminar la escalera, visto lo cual, se alejó de allí internándose otra vez en su guarida, donde Aldonza llena de miedo no sabia á que atribuir una ausencia tan prolongada.

Poco despues volvió á sonar la llave, y nuestra interesante pareja vió entrar nuevamente á Pacomio.

La primera diligencia del sacristan fué cerrar la ventana del cuarto que por un descuido de Diego habia quedado sin barra. Luego hizo otro tanto con la puerta echando la llave por dentro. El escudero lleno de ansiedad, viole despues mirar á todos lados con afanosa solicitud. ¿Era que habia sospechado algo? No, porque á ser así, no era probable que hubiera bajado solo. ¿Qué era, pues, lo que Pacomio miraba? Sus ojos fijos en la pared, dirigiéronse despues al techo, y así estuvo un buen rato examinándolo, cuando cambió de actitud, y fijó su mirada en el suelo.

—¿Cómo duerme ese necio! exclamó. Pero al fin mejor es que duerma, porque así no se enterará de lo que tengo de hacer. Es tan bestia, que si lo viese, seria capaz de decirlo.

La ansiedad del escudero, escusado es decir hasta que punto quedaria escitada al oír las palabras del sacristan.

—¿Ah! prosiguió este: el vicario me ha dado un encargo bien triste; pero, ¿qué remedio? Veamos el paraje mas á propósito para ocultar este fatal papel.



¡Quiera Dios que no sea preciso tener que sacarlo de aquí! Ese conde es capaz de cualquier cosa; pero el cura sabe mas que él, y es de esperar que aunque aprado el caso, pueda conjurar la tormenta, sin tener que recurrir á ese extremo.

A pesar de haber oído el escudero una buena porción de cosas mientras atisvó en la escalera, ninguna de ellas le dió la clave para comprender el sentido de las palabras del sacristán.

Este prosiguió:

—¡Y bien! El cura me ha dicho que lo esconda por aquí; pero no me ha dicho en que sitio. El techo es bastante elevado, y no hay escalera en la casa; las paredes tienen agujeros, pero esto mismo lo descubriría; alzar una baldosa es peligroso, porque al momento se caerá en la cuenta de que el suelo se ha removido. Ocultémoslo provisionalmente en la caja que tengo por aquí en medio de estos trebejos, y despues pensaré mas despacio....

Aquí Diego y Aldonza sobre todo sintieron flaquearles las piernas, y mas cuando vieron al sacristán empezar á quitar los muebles, haciendo perder el equilibrio á los que servían de calle, y obligándolos á desmoronarse con el mas espantoso estrépito.

—¡Huy! ¡huy! ¡qué pesadilla! dijo Toño, despertándose despavorido á pesar de dormir como un leño. ¿Quién anda por ahí?

—¡Eh! dijo Pacomio. Ya se ha despavilado este podenco.

—¡Ah! ¿sois vos? exclamó el tendido. Pues á fé que me habeis dado un susto, porque me figuré que erais rata.

—Mira, Toño, vuelve á dormirte, y me harás un singular favor.

—¿A dormirte? No quiero.

—¿Por qué?

—Porque no gano aquí para sustos. Mejor quiero cojer una vihuela, y salir á rondar por la calle.

—¿Y sabes tú tocar la vihuela?

—No señor; pero canto muy bien. Oiga vuesarced:

Y mientras Pacomio, introduciendo un papel, metía la mano por entre la abertura del jergon que el idiota acababa de abandonar, entonó este la canción siguiente con una gracia tan particular, que era para morir de risa.

*Con un pié estoy en tu calle*

*Y con otro en tu tejado:*

*Mira si por tus amores*

*Estoy bien despatarrado.*

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó Pacomio riéndose á pesar de tener mas de un motivo para no tener gana de reir: si hay ratones por ahí como dices, y como sin duda es verdad, seguro es que se atrevan á salir despues de haberlos espantado tú en los términos en que lo has hecho.

—¡Bah! eso es envidia: en el pueblo donde me ha hecho criar el tío, no había una sola moza que no se divirtiera en oirme. ¿Entiende vuesarced?

—Ya, ya, entiendo; mas lo que es por lo que toca al presente, harás bien en coserte la boca, porque no estamos para oir tus cantos.

—Hace bien en cantar, dijo Gertrudis entrando en el aposento: ¡qué felicidad! ¡qué alegrial!

—¿Eh? ¿qué es eso? preguntó Pacomio.

—¿Qué ha de ser? ¡Ay! yo lloro de gozo: que el

conde acaba de resolverse á llamar á Toño hijo suyo.

—¿Estás loca? repuso el sacristán.

—¿Yo hijo de un conde? ¡Ay qué gusto! exclamó Toño dando zapatetas.

—No estoy loca, dijo Gertrudis. Ven, hijo mio, ven: el señor conde quiere que te presentes al momento.

—Pero tía Gertrudis, vamos claros: ¿me engaña vuesarced? dijo Toño.

—No te engaño, Toñito, ven, ven, y tanto peor para ese que se reía de oírte cantar, si no quiere creer la noticia.

—¿Es cosa singular! dijo Pacomio, saliendo detrás de los dos; pero habla tan formal esta muger, que la nueva tiene trazas de cierta.

El sacristán en su aturdimiento no cerró la puerta esta vez; pero el silencio que reinaba en el cuarto, no dejó duda á los escondidos que podían salir sin riesgo, y salieron efectivamente, aunque no sin dificultad por hallarse obstruido el paso con la nueva caída de los muebles.

—¡Ay! dijo Aldonza á Diego: por piedad! sacadme al momento de aquí.

El escudero sin contestarle, dirigióse via recta al jergon, y sacando de él un papel que Pacomio había escondido, abrió á continuacion la ventana á fin de ver al rayo de la luna el misterio que contenía. Al hacerlo, oyó pasos en la calle, y vió un bulto que se retiraba, reconociendo en él no sin sorpresa al anciano duque de Olmedo.

—¡Oh! dijo: el duque está por aquí: el duque ha sabido sin duda la intriga que arriba se trama. Pero este papel.... ¡Cielo santo! ¿Sueño... ó estoy despierto?

—Y bien, Diego, exclamó Aldonza, ¿qué papel es ese, ó qué cuidados pueden ocuparos, fuera de los que debeis en justicia á esta Aldonza que tanto os ama?

—¡Ah, señora! exclamó el escudero: no trateis en vuestra inocencia de saber secretos horribles que os contaminarian para siempre; pero dad las gracias al cielo por concederme el placer de salvar esta noche á la hermosa hija del duque.

—¿Hermosa? dijo Aldonza tristemente. ¡Ay! har-to lo será cuando os veo pensar en ella mucho mas que en mí!

—Señora, exclamó el escudero lanzando un profundo suspiro: mis servicios á la hija del duque son tan puros y desinteresados, como desinteresados y puros, y esentos de toda esperanza son los servicios que á vos os presto. No me tengais celos, Aldonza: tenedme compasion solamente.

Dijo, y volvió á mirar á la calle, anhelante de ver si descubria el bulto que acababa de escurrirse, y que si era en efecto el del duque, estaba sin duda en acecho. Vano fué entretanto su afán, porque en vez del padre de Irene, lo que vió fué varios vecinos los cuales con algunas mugeres y varios oficiales del conde llamaron á la puerta de la casa, dándoles entrada Pacomio en union con Gertrudis y Ruy-Gomez y volviendo á echar á la puerta su acostumbrada barra de hierro. ¿Qué significaba esa gente? Diego se deshacía en conjeturas y ansioso de saber á qué atenerse, fué otra vez á escuchar en la escalera; mas siendo peligroso estar allí, y anhelando por otra parte ver si descubria



los bultos que le habian llamado la atencion, volvióse á la ventana de nuevo.

## CAPITULO XXII.

### El convenio.

Entretanto habia el conde conseguido vencer de la manera mas completa la débil resistencia de Irene. Dispuesta en consecuencia á ser suya sin el consentimiento de su padre, solamente faltaba que el vicario procediese á la ceremonia; pero avisado este por Pacomio del peligro que le amenazaba terminando que fuese el acto, resolvió ante todo escudarse contra el golpe que el conde le asestaba, aunque comprometiese á Ruy-Gomez. Su fuga de la poblacion era de todo punto imposible, estando interceptadas las salidas y vigiladas las inmediaciones, siendo igualmente irrealizable enviar un aviso al duque, como á trueque de librarse del conde pensó en un rapto de desesperacion, porque los soldados de este detendrian al mensajero, y era ademas muy difícil que aun cuando pasase la linea, consiguiese arribar á su destino tan pronto como el cura necesitaba, debiendo el duque estar bastante lejos con arreglo á la orden de alejarse que el de Irache le habia dado. El medio discurrido por Ruy-Gomez de dilatar con cualquier pretexto la celebracion del enlace, era bien fácil seguramente, pudiendo el cura finjirse enfermo; pero semejante recurso podria diferir muy poco el plazo, y los ojos perspicaces del conde descubrirían pronto la trampa.

Cerrados así todos caminos á la salvacion de su vida, resolvió el cura desafiar el riesgo con audacia y serenidad, conociendo con su perspicacia de serpiente que era este el único medio de salir de una manera definitiva del horrible apuro en que estaba. Adoptada esta resolucion, dirigióse á su departamento, acercóse á una mesa vieja, tomó una pluma y escribió en un papel unos renglones que firmó y selló, sacó luego una copia de ellos, y guardandosela en el bolsillo, entregó el original á Pacomio, con orden de enterrarlo en un sitio que al efecto le designó. El sacristan se estremeció al leer lo que aquel papel contenia; pero el cura le hizo observar que era ese el único medio de salir con bien del peligro, ó de morir vengado si el conde se atrevia á atentar contra él, y Pacomio obedeció sin chistar, ocultando en el cuarto bajo el misterioso y extraño escrito que como ya ha visto el lector, fué á caer en las manos de Diego.

Hecho esto, sentóse el cura, y cruzándose friamente de brazos, permaneció tranquilo en su poltrona.

Unos cuantos segundos despues, entró el conde en el cuarto del cura, que era uno de los cuatro principales, bajando del piso segundo donde se hallaba aposentada Irene.

—Albricias! dijo al cura, albricias. Ya Irene consiente en ser mia, y solo falta vuestra bendicion.

—Muy bien, Señor conde, muy bien, respondió el cura sin levantarse. Veo que sois feliz esta noche. La dificultad está ahora en que yo me decida á casaros.

—¿Cómo? exclamó sorprendido el conde.

—Señor, dijo el cura con calma: antes de proce-

der á este enlace, es preciso que hablemos claros.

—No os entiendo.

—Por eso es necesario que tengamos una explicacion. Sentaos un momento y oid.

—No me siento.

—¡Ah! ya: ¿teneis prisa? Pues yo no la tengo mal-dita, y así, conde, no me levanto.

Tal audacia, tal tono, tal desden, tal falta de respeto en un hombre que no le habia jamás hablado sino con la consideracion mas sumisa, causaron en el conde una impresion tan extraordinaria que no le fué posible contenerse, y exclamó irritado:

—Insolente! ¿qué manera de hablar es esa?

—¿Os encolerizais, señor conde? contestó el cura con la misma calma. Muy pronto perdeis los estribos, no habiendo yo aun entrado en materia. Esto ha sido solo el preámbulo.

Aquí el conde sintió que el corazon le palpita-ba convulsivamente, no sabiendo á qué atribuir, en fuerza de su mismo asombro, aquel exabrupto del cura.

—¿Estais loco? le preguntó con acento menos entero del que habia acompañado su voz en la explosion primera de su ira.

—¿Loco? dijo el vicario: la expresion es ya un poco mas aceptable; mas no la conviene todavía. Ni insolente ni loco, señor conde. Lo primero, añadió sonriéndose, sentaria muy mal con mi carácter y con mi mansedumbre evangélica, y en cuanto á lo segundo, os aseguro (y aquí el cura volvió á su gravedad primitiva), que estoy completamente en mi juicio.

—Vamos, vamos, dijo entonces el conde, aprovechando la sonrisa del cura para dar otro tono á su voz: estais hoy de broma, ¿no es eso?

—Pst! Lo mismo que vos lo estais conmigo. ¿Cómo es posible que la irritacion que os han ocasionado mis palabras pueda ser real y efectiva?

El conde devoró este sarcasmo con una mansedumbre infinita, y entornando la puerta del cuarto, y tomando junto al cura el asiento que acababa de rechazar.

—Vaya, hablemos claros, le dijo: ¿qué significa esto, ó á qué viene ese ambiguo modo de hablar que estais usando conmigo?

—Veo, contestóle el vicario sonriéndose interiormente del triunfo que acababa de conseguir, que convenís al fin en que es preciso espresarnos sin ambigüedades, y habiendooos ya traído á este terreno, justo es que yo sea tambien quien dé el primer ejemplo de franqueza. Vos, conde, no estais satisfecho de mi equivoca y reciente conducta.

—A franco, franco y medio: no lo estoy.

—¿No? Pues á franco y medio, franco y doble. Yo tampoco lo estoy de la vuestra.

—¿Cómo?

—Eh! ya volveis á irritaros, y si no ha de haber calma, he concluido: buscad otro cura que os case, y en lo tocante á mí, dejadme en paz.

—Padre vicario, abusais de mí, ó para decirlo mejor abusais de la necesidad que tengo esta noche de vos.

—Es para que vos no lo hagais de mi precipitacion en serviros cuando ya no me necesiteis. Creo conde, que os doy otro ejemplo de franqueza y sinceridad.



—¿Qué quereis decir?

—Que os conozco, y que hallándoos resentido conmigo, seria yo muy necio en serviros, sin asegurarme primero de vuestra conducta ulterior respecto á mi pobre persona.

—¿Pues qué teméis de mí?

—Nada ahora; pero algo y mas que algo despues, una vez dueño por mi bendicion de la hermosa mano de Irene. Esta nueva complicidad que buscáis en mí para el crimen, podria haceros caer en la tentacion de dañarme, y he creído oportuno advertiros que á nadie mas que á vos perjudicaria hacerme por ejemplo.... asesinar.

—Yo! ¿quién os ha dicho....

—¿Qué seña es la que habeis hecho á Ruy-Gomez cuando yo salí de este cuarto?

—No os entiendo.

—Ved, señor conde, que faltáis á vuestra palabra de ser franco y claro conmigo. Yo vi la sombra de vuestra mano haciendo un ademán en la pared, y para el que os conoce como yo, no pueden ser dudosas ciertas señas.

—¿Os ha hablado Ruy-Gomez?

—Señor conde, vos estais olvidando sin duda que esa es una pregunta que os delata.

—Pues bien, le mandé aseguráros: nada me importa que os lo haya dicho.

—¿Y á qué habia de decírmelo él? ¿Qué cuenta le tenia á Ruy-Gomez indisponerse con el poderoso, con el terrible conde de Irache, en pró de un pobre hombre.... mal digo, en pró de un pobre diablo como yo?

—No está eso del todo mal dicho, aunque el tono con que lo decís tenga pretensiones de chunga; mas sea de esto lo que se quiera, y os haya ó no hablado Ruy-Gomez, la orden de arrestaros es cierta. ¿Qué tiene todo eso que ver con un proyecto de asesinato?

—Repito que os conozco, señor conde, y mal por cierto os conoceria, si no supiera que en vuestro genio se reduce todo á empezar. ¿Qué os proponiais con arrestarme?

—Obligaros á confesar cuales eran vuestras designios al casar á Aldonza con Toño.

—Para eso, querido conde, no era necesario el arresto. Yo os los diré paladinamente, sin necesidad de obligaros á hacerme confesar en el potro. Complicado con vos cada vez mas en una multitud de delitos, queria, francamente, tener algun arma que esgrimir contra vos, si os daba la ocurrencia algun dia de hacerme desaparecer, con el simple y sencillo objeto de tener un testigo de menos que pudiera perjudicarnos. Fuera de eso; yo estaba cansado de tan repetidas maldades hechas siempre en obsequio de otro, sin haber cometido una sola en mi solo y esclusivo provecho, y esta vez quise obrar por mi cuenta, como suele vulgarmente decirse. Mi empresa naufragó, lo confieso; mas no me negareis, señor conde, que hice cuanto estuvo en mi mano para darle cumplida cima, y que solo haberla intentado me hace digno de que vos me mireis con alguna mayor consideracion de la que hasta aquí os he debido, sustituyendo á las relaciones que han unido al amo y al súbdito, otras que nos nivelen algo mas, no entendiéndonos en lo sucesivo como superior é inferior,

sino tratando.... dispensadme, conde, como de potencia á potencia.

La audacia y arrogancia del vicario traspasaron aqui todos los limites, y el conde quedó absorto, espantado, al oírle espresarse así.

—¡Miserable reptil! exclamó, levantándose de su asiento. ¿Yo he de descender hasta tí?

—Nada de eso, contestó el cura con insultante solemnidad: transijiremos como corresponde, y me elevaré yo hasta vos.

—¡Hasta mí! ¿qué hay de comun entre ambos?

—¡Graciosa pregunta por cierto, despues de tantos años de crímenes!

—¡Ah! ¿piensas espantarme sin duda con la amenaza de delatarlos?

—No á fé: ¿que haria yo por ese medio? Yo no puedo perderos sin perderme, y mis denuncias por otra parte no serian de nadie creidas, no teniendo en favor de mis asertos sino solamente mi dicho, habiendo vos procedido conmigo con precauciones tan esquisitas, que teniendo mil prendas de mí, yo no tengo una sola de vos:

—Entonces te lo dices tú todo, y siendo así, ¿á qué viene tu propuesta?

—Si no estoy engañado, señor conde, van ya dos veces que me tuteais, y debeis permitirme que os diga que si seguís hablando de ese modo, me obligareis á hacer otro tanto, tuteándoos tambien yo.

—¿Esto mas, voto á Cristo?

—¡Flema, conde. El tú os hace bajar hasta mí: el primer tratamiento es mas al caso para que yo suba hasta vos.

—Acabemos! dijo entonces el conde, subyugado, anonadado á pesar suyo por la estraña firmeza del cura. ¿Qué pretendéis de mí?

—Es muy sencillo. Espuesto como os encontrais, segun van indicando las señas, á perder de un momento á otro el condado usurpado á vuestra hermana, necesitáis indispensablemente uniros á la hija del duque para compensar esa pérdida con la adquisicion de un ducado, y no ya solamente para eso, sino para escudaros tambien contra las consecuencias del crimen, si un dia, que tal vez no está lejos, perdiérais el poder de que gozais junto con el favor del monarca.

—Padre cura, ese modo de hablar me hace ahora caer en la cuenta de que me debisteis mentir cuando dijisteis que no sabiais el contenido del pergamino que el fantasma os entregó para el rey.

—¿Mentiros? No á fé: el pergamino, os lo puedo jurar, estaba en blanco. Dejando, empero, el juramento á un lado, porque habiéndoois prometido ser sincero, os debe bastar mi palabra, ¿tendreis, conde, la bondad de decirme á que viene ahora hablar de eso?

—Viene á que mentis otra vez, porque ese pergamino estaba escrito, y despues de lo que de él me dijisteis, me he apoderado de él en vuestra casa.

—Ah! vamos, recelabais de mí, y tratasteis como es natural.... Es cosa muy puesta en razon, y colocado yo en vuestro lugar, hubiera á no dudar hecho otro tanto. Sin embargo, lo dicho está dicho. Yo no vi nada en el pergamino, y bien conoceis, señor conde, que á haber visto letras en él, y á haberme convenido ocultárselo, lo hubiera puesto donde no



lo hallaseis, como no hallareis de seguro otras cosas que yo me sé.

—Yo no sé los proyectos diabólicos que revolveis en vuestra imaginación, pero repito que me habeis mentido, porque el pergamino está aquí, y por cierto que lo que contiene está escrito con tinta roja.

—Entonces han salido las letras, después de haberlo dejado yo cansado de intentar pruebas y pruebas para hacerlas aparecer. ¿Me haceis, conde, el favor de mostrarme el pergamino á qué os referís?

—¿Para qué?

—No quiero tocarlo; no quiero tampoco leerlo. Quiero solo ver si las letras son rojas como decís.

—Voto á bríos! ¿No os he dicho que son rojas?

Y apartándose á cierta distancia, mostró el conde al vicario el pergamino desarrollado, y ¡oh prodigio! las letras eran negras, no rojas como el conde decía.

—Por Dios que estoy pasmado, dijo este. Qué extraordinaria transformación....

—Yo podría deciros ahora, dijo el cura con sonrisa sarcástica, que el que había mentido érais vos, mas no quiero imitar vuestra conducta en mostráros in justo conmigo, y así creo de buena fé que las letras que visteis eran rojas y después han cambiado de color. Esto no es cosa para maravillaros, siendo como es un fenómeno producido por los ingredientes que empleé para sacarlas á luz. Lo extraño, lo raro sería que se hubiera cambiado el contenido como se ha trocado la tinta.

—No á fé; el manuscrito es el mismo, y la firma también: «*Pero-Hernandez.*»

—No quería yo saber tanto; pero os doy gracias por la confianza. Y.... ¿qué dice ese *Pero*?

—Leed.

El cura murmuró estas palabras que vió escritas en el pergamino:

«*Señor.*»

*La llave que acompaña á este escrito es, aunque pequeña, muy grande. Con ella podéis penetrar en este misterioso palacio y recibir el prometido auxilio, mas no ha de acompañaros el conde.*

*Sellado con mi perro infernal á los doscientos años de mi pena y primero de vuestra ventura.*

PERO-HERNANDEZ.

—Me parece, dijo el conde cuando el cura acabó de leer, que no os quejareis ya de mí, cuando os hago esta confianza.

—Confianza, contestó el cura, que me prueba bien poco á fé.

—¿Por qué?

—Porque me habeis dado á leer lo que en vuestra invencible sospecha creéis que había leído ya. No, conde, otras son las señales con que habeis de probarme que de hoy mas, es comun vuestra causa y la mía.

—Pues bien! ¿qué señales queréis?

—El que ha escrito ese pergamino es por de contado un farsante en todo lo que dice relación á los doscientos años de su pena, al sello del perro infernal y al envío de la llavecita; pero no se puede dudar que en medio de eso es enemigo vuestro, como bien lo indica la especie de querer separaros del rey en esa misteriosa entrevista. Esto corrobora lo que antes he tenido el honor de deciros; que vuestra pri-

vanza está en riesgo, y que Mulhacen y Leonor, probables fautores del pliego, esperan á veros caído para declararos la guerra. En semejante estado de cosas, me parece muy acertado vuestro emparentamiento con el duque; pero he de haceros una observación, y es que ese plan os favorece á vos prescindiendo enteramente de mí, y para que yo me interese en él, es preciso que me toque una parte del beneficio que os reporte á vos.

—Y bien!

—Y bien! Yo os casaré con ella, con la hija del duque de Olmedo, y vos adoptareis á mi hijo.

—¿A Toño? ¡Sacerdote infernal!

—Bajad, conde, un poco la voz, no sea que las gentes se enteren de la debilidad de Gertrudis.

—Sois el hombre mas repugnantemente único que mis ojos han visto hasta ahora.

—Efecto, señor conde, sin duda de no haberlos fijado en vos.

—Esto es ya demasiado, y necesito acabar de una vez esta entrevista. Vuestra propuesta es inadmisibile.

—Entonces, remedios como podais. Buscad otro cura que os case.

—Lo buscaré.

—Lo que es en este pueblo os será difícil hallarle, sobre todo antes que el duque de Olmedo se aperci- ba de lo que pasa.

—Le traeré del que se halle mas cerca.

—¿Y creéis encontrar sacerdote capaz de prestarse á esa infamia? No, conde; aprovechad la ocasión de tenerme propicio á mí, y dad gracias á Dios ó á satanás de que me haya hecho tan malo, que sin eso es pedir imposibles hallar quien autorice ese enlace.

El conde acarició convulsivamente el escondido puño de su daga; pero vió que hundirla en el cura cuando mas le necesitaba era echar por tierra su plan, y hubo de diferir su venganza, concentrando nuevamente en su pecho el furor que le poseía.

—Os habeis quedado suspenso, dijo el cura con la calma que siempre.

—Está aceptada vuestra propuesta, contestó el conde con ahogada voz. ¿Cuándo se verifica mi enlace?

—¿Cuándo firmáis la adopción de Toño?

—Hacedle venir: en el acto.

—Gertrudis, gritó el cura.

—Señor, contestó el ama entrando.

—Haced que suba al punto nuestro Toño, y dad las gracias al poderoso conde de Irache, que pone fin á la oscuridad que rodea su nacimiento, adoptándole esta noche por hijo.

El lector sabe ya la alegría con que Gertrudis anunció su dicha al afortunado babieca. Falta ahora saber en que para este laberinto de cosas, á lo menos en una buena parte, y esto es lo que vamos á ver en los dos siguientes capítulos.

## CAPITULO XXIII.

### La adopción.

A pesar de la prisa del conde en proceder inmediatamente al acto de la adopción, á trueque de que el cura



por su parte no difiriese el del matrimonio, el vicario juzgó prudente no conducirse con precipitación. Sabía que el de Irache era hombre á quien era preciso atar con toda especie de solemnidades, y no quiso que la ceremonia pudiera estar sujeta á dudas. Así, su primera diligencia fué llamar al notario del pueblo, y hacer venir á varios vecinos, que fueron los que Diego vió entrar, atisvando por la ventana para que atestiguaran el acto, teniendo el conde que pasar por todo devorando interiormente su ira, y exigiendo en justo retorno que los testigos de la adopción lo fuesen igualmente de su enlace, siéndole á él no menos preciso evitar que el padre de Irene pudiera inventar sutilezas para argüir á aquel de problemático.

Juntas ya mas de treinta personas de los moradores del pueblo, dirijieron todos á la sala mas capaz de las cuatro que existían en el piso principal de la casa, y en cuyo extremo opuesto á la puerta se via una mesa con un tapete verde, dos luces y recado de escribir, con el sillón del cura en el testero, y cuatro sillas mas alrededor. Una araña traída de la iglesia alumbraba lo demas de la estancia.

Los testigos puestos en pié por no haber para ellos asiento, esperaban con ansiedad que empezase la ceremonia, y mientras los protagonistas venían, estaban hablando entre si.

—¿Qué ocurrencia, decían por lo bajo, le habrá dado al señor conde de Irache, para adoptar por hijo á ese jóven?

—Dicen que es un muchacho muy gallardo, observó uno que como la mayor parte de los que se hallaban presentes, no tenía noticia de Toño sino solamente de oídas.

—Y ademas es sobrino del cura, dijo el tío Ramon presente allí con su cara mitad la tía Teresa, y el cura es amigo del conde.

—Lo que es amigo no, dijo una vieja que con otras seis ó siete individuos formaba parte de la reunion, pero el conde es muy buen cristiano, y quiere mucho á los sacerdotes.

—Pues yo tengo para mí, dijo uno que tenía atravesada la vista, que aquí debe haber gato encerrado, pero gato grande, muy grande.

—Yo me encojo de hombros en esto, dijo haciendo reír á los demás, un quidam cargado de espaldas.

—Lo que observo, exclamó con impaciencia otra de las del corro femenino, es que la ceremonia vá despacio, segun tardan estos señores.

—Yo digo que vá muy de prisa, saltó el de los ojos torcidos, segun el poco tiempo que ha habido para adornar mejor esta sala. ¡Vaya una mesa la del escribano!

—A bien, dijo el de la corcoba, que no le vá en zaga la silla. ¿Si será todo esto una broma?

—Mala chanza seria esa, exclamó uno que hasta aquellos momentos no habia desplegado sus labios, habiéndonos hecho levantar cuando libres de sustos y ruidos estábamos ya en la cama.

—¡Huy! dijo la vieja: ¡Jesus! ¡qué recuerdo tan espantoso! Persignémonos por si acaso.

Y tanto ella como las demas mugeres hicieron la señal de la cruz, imitándolas todos los hombres, incluso el bizco y el de la joroba.

—¡Eh! señores, dijo entonces el tío que habia ocasionado la alarma: no hay que asustarse por lo

que he dicho. Estamos en la casa de Pacomio, y ya sabéis que nunca ha habido en ella motivo para tener miedo.

—¡Si! ¡buen negocio! exclamó la vieja: y dicen que esta noche ha habido aquí....

—Eh, ¡silencio! dijo el bisojo, que parece que bajan ya.

Las miradas de la concurrencia fijáronse en la entrada de la sala, y en breve penetraron por su puerta el cura, el escribano y Pacomio, seguidos de unos cuantos oficiales de la comitiva del conde, y cuyos estupefactos semblantes parecían indicar la sorpresa que aquel acto les ocasionaba.

—¡Bravo! dijo el cura al entrar, dirigiendo la palabra á Pacomio: lo que es por falta de gente, no podrá decirse que el acto carece de publicidad; ¿pero á qué haber traído mugeres?

—¡Eh! señor, contestó Pacomio: son la tía Teresa y la tía Trápala, y la tía Carantoña.... y en fin, las amigas de mi hermana Gertrudis, que ha querido como es natural, compartiesen con el tío Ramon, con el tío Corneja, Blas el bizco, Celedonio el jorobado y demas, la honra de presenciar este acto.

—O no habia de ser muger, replicó el cura: solo falta que en la ceremonia se eche á llorar de pura alegría, revelando lo que no es menester. ¿Y Toño?

—Está acepillándose. Como tiene tan mal dormir, se ha puesto que es una miseria, y Gertrudis le está arreglando.

—¿Pues qué! ¿se ha echado vestido?

—Tenia mucho frio y mucho sueño.

—Y era el traje nuevo. ¡Voto á....

—Ya parece que baja, señor.

—Entonces, marcha á avisar al conde.

Pacomio se salió de la sala, y al mismo tiempo vióse entrar á Toño con su flamante traje de boda, tan finchado y con tal prosopopeya, que á no tropezar cual lo hizo con una descomulgada baldosa removida del pavimento, no hubiera tenido rival su solemne y marcial paseo del uno al otro extremo de la sala. Por desgracia aquel incidente le hizo dar en mal hora un traspies que vino á ponerle en ridículo, escitando la risa general, sobre todo en los oficiales. Gertrudis que venia detras de él rebentando de orgullo y vanidad con mas de una señal de haber llorado en fuerza de su mismo gozo, acudió presurosa á impedir que su Toño cayese en tierra, y este lo consiguió con efecto, mas no por el auxilio del ama, sino por haberse interpuesto la mesa del escribano entre el suelo y su humanidad, que dió sobre ella de bruces.

—¡Ah torpe! dijo el cura por lo bajo, sudando de vergüenza y de ira.

—Poco á poco, respondió Toño, alzando furioso la voz: poco á poco, padre vicario, y usarcades cuidando con reirse. La culpa de esto no la tengo yo, sino los que me han dicho que entrase con la cabeza muy levantada, sin mirar donde ponía los pies.

—Tiene razon, exclamó el bisojo, soltando nuevamente con los demas una carcajada tras otra.

—¡Eh! ¡silencio! dijo el cura irritado, dirigiéndose á los lugareños, y á esta voz se callaron estos, esforzándose los oficiales en hacer por su parte otro tanto.

—Toño, ¿te has hecho mal? dijo Gertrudis.

—¡Toño, Toño!.... contestó él: no soy Toño ya,



soy don Toño, y no consentiré, voto á cribas, que me falte nadie al respeto.

—¡El señor conde! anunció una voz, y los ojos de los circunstantes volviéronse de nuevo á la puerta.

El conde entró en la sala con Ruy-Gomez, llevando su atavío de costumbre y siguiendo Pacomio detrás. El silencio y la gravedad volvieron á reinar en la estancia. Los que parecían dudar de que fuese formal aquel acto, fijaron su mirada en el conde como para interrogarle con ella si era verdad lo que estaban viendo. El sombrío aspecto de este, el serio continente del vicario, y el no menos grave y formal del notario que tenían delante, les hicieron conocer que la cosa tenía señales de cierta.

Ocupada por el padre cura la silla de la presidencia, no sin notarse en él al hacerlo cierta especie de satisfacción, sentóse á su derecha el de Irache y á su izquierda el que iba á ser prohijado, ocupando las dos sillas restantes Pacomio y la orgullosa Gertrudis, que hacían de padrino y madrina. El notario se quedó en pie á cierta respetuosa distancia.

Después de un breve rato de silencio, durante el cual no es posible decir quien se mostraba mas estupefacto entre el grupo de los militares que era el mas cercano á la mesa y el mas numeroso de los vecinos agrupado en el centro del salon, púsose en pie el vicario y dijo así:

—Señores, el conde de Irache, llevado de su sola bondad y del deseo de hacer feliz á mi caro y amado sobrino huérfano de padre y de madre, ha determinado adoptarle por hijo, con la debida solemnidad, y el notario vá leer el acta.

El vicario volvió á sentarse, y el notario acercándose á la mesa, leyó casi pegado al candelero, no sin tropicar varias veces, un largo y monstruoso papel, reducido todo á decir con los consabidos rodeos de protestas y formas jurídicas, lo que el cura sin tanta hojarasca habia en cuatro palabras clara, breve y solemnemente dicho.

Faltaba ahora oír la viva voz del prohijante y del prohijado.

—¿Adoptais, dijo el notario al conde, al señor don Toño por hijo?

—Le adopto, dijo este con voz firme, pero notándose en él la violencia que se hacia para contestar.

—Y vos, señor don Toño, continuó el notario, dirigiendo la palabra á este, consentis en recibir al señor conde en calidad de padre adoptivo?

—El prohijado no contestó: con la larga lectura del papel se habia quedado dormido.

—¡Eh! le dijo el cura en voz baja, dándole un terrible codazo que casi le hundió una costilla: ¿es hora esta de dormir, belitre?

—¡Aaaaah! dijo Toño desperezándose, y abriendo media cuarta de boca, ¿Se ha acabado ya todo, eh?

—Falta, respondió el vicario, que conteste vuesamerced á la pregunta que el notario le vá á dirigir.

—¿Consentis, dijo este otra vez, en aceptar por padre....

—¡Dale bola! respondió Toño, sin dejar concluir al notario: ¿cuántas veces he de decir que sí?

—Entonces, prosiguió el notario, lo único que falta es firmar. Señor conde....

El conde tomó la pluma que el notario le ofrecia,

y firmó sin titubear, aunque no sin notarse en su semblante cierta indefinible espresion que hizo al cura gozar en su triunfo, y para el resto de la concurrencia pasó del todo desapercibida.

El notario alargó la pluma á Toño.

—¿Os burlais de mí? dijo este, tirándole la pluma á la cara y manchándole la golilla.

—¿Por qué? exclamó el notario sorprendido.

—¿Sé yo acaso escribir? dijo él. Pero á bien que para hacer garrapatos como los de mi caro papá....

—Pacomio y el tio Ramon, dijo el cura, firmarán por él y por ellos y por los demás que no sepan.

El tio Ramon se adelantó del corro en que estaba con sus compañeros, y llamando el notario por su nombre á cada uno de los concurrentes, pasaron todos uno tras otro por delante de la mesa, firmando por ellos los dos á medida que iban pasando. Ruy-Gomez que entre los suyos era el único que sabia escribir, firmó tambien por si y por todos ellos. El cura se quedó para lo último, y habiendo firmado igualmente, se dió el acto por terminado.

—Ahora bien, exclamó entonces el conde, hablando en voz baja al vicario: ¿estais satisfecho?

—Señores, dijo el cura á la concurrencia: no es esta ceremonia la única que sois llamados á testificar: el poderoso conde de Irache vá á dar su mano ahora en el altar á la bella y preciosa hija del ilustre duque de Olmedo.

Dijo, y se salió del salon, á fin de dirigirse al oratorio. El de Irache, devorándole con la vista, siguió detrás de él silencioso, dirigiéndose á la estancia de Irene. Toño, ocupado en hacer saludos á los lugareños que le felicitaban, no advirtió que el conde se iba hasta que traspuso la puerta, visto lo cual, lanzóse en pos suyo atropellando á sus felicitantes, y gritando: Papá, Papá, Papá!... pero por mucha prisa que se dió, no le fué posible alcanzarle, por estar ya aquel con su amada cuando él pisaba el último escalon lindero con el cuarto de esta. Allí, viendo la puerta cerrada, empeñóse en abrirla á cokes; pero Pacomio y Gertrudis le advirtieron que era aquello descortesia, y hubo de desistir á pesar suyo, dirigiéndose á la cocina, donde mientras se hacia la boda, ocupóse en freír en la sarten un magnifico trozo de jamon que por suerte halló en la dispensa, embaulándoselo lindamente y con el mejor apetito, bien que con la desgracia terrible de haber de recurrir al agua pura para remojar la palabra.

Entretanto la gente del salon, es decir, los tios y tias (porque los oficiales del conde se habian marchado tras él), se ocupaban en hacer mil calendarios sobre el solemne acto concluido y el otro que iba á empezar.

—Pues señor, exclamó Blas, digo que á veces los señores condes tienen manias bien extravagantes. ¿Han visto usarcedes al chico?

—Y bien gallardo que es, dijeron las mugeres, fijando su atencion esclusivamente en lo que suelen fijarla todas: en las prendas exteriores del mozo.

—Y bien mostrenco, replicó Celedonio; pero hay hombres que nacen con fortuna y....

—¡Calle el jorobado! ¡calle el mico! contestaron todas á una.

—¡Eh! no hay que enfadarse, señoras, exclamó Blas contono conciliador: transijamos la diferencia, y con-



vengamos en que el señor don Toño es el animal mas bonito entre todos los que....

—¡Calle el bizco! volvieron á gritar las mugeres.

—Bueno, dijo él, callaré; pero convengamos al menos en que tuve razon cuando dije que aqui habia gato encerrado.

—Pues no hay tal, replicó el de la giba: lo que habia encerrado era gata.

—Tanto monta, dijo el primero. El hecho es que el padre vicario casa al conde con la hija del duque, y cuando lo hace con tanta prisa, es prueba que esa ilustre señora....

—¿Qué? interrumpió Ramon.

—Nada, nada, contestó el de los ojos torcidos: obsérven vuesarcedes el talle con que se presenta la novia, y verán....

—Calle el muy deslenguado, exclamaron las mugeres en coro. Esa señora es muy recatada.

—Pues entonces repuso el maldiciente, esta boda indica otra cosa, y es que esa señora es la madre del sobrino del padre cura, y por eso....

—En efecto, en efecto, interrumpió maese joroba: por ero ha sido el reconocimiento que el señor conde ha hecho de su hijo.... es decir, del hijo de ella, para.... pues! para casarse despues con la madre del hijo de.... ¿estamos?

—A bien, exclamó Blas, que á mi me importa todo eso un comino. Lo que estraño es que el alcalde no haya asistido á la ceremonia, siendo tan amigo del cura.

—En verdad, exclamó el tio Ramon, que yo tambien he estreñado esto. Anoche fui yo á verle y le vi triste, y vi tambien llorosa á la alcaldesa, y me pareció....

—¡Toma! ¡toma! dijo el de la joroba interrumpiéndole: entonces ya caigo en la cuenta de lo que puede ser todo esto.

—¿Cómo? exclamaron los demas del corro

—El cura, dijo él, tenia arreglado el casamiento de su sobrino con la hija del señor alcalde, y ahora sin duda se ha vuelto atrás, sabiendo que el señor conde de Irache adoptaba al novio por hijo. ¡Oh! no falla, y por eso sin duda no ha venido el alcalde aqui, y por eso el tio Ramon le vió, como dice, tan triste.

—¡Qué! dijo la tia Teresa. Yo sé en esto mas que ninguno, y mas que mi marido tambien, y la tristeza del señor alcalde consistia en que el padre vicario se habia marchado de casa para llevar á Aldonza á otro pueblo.

—¿A otro pueblo? Pues auto en mi favor: si el vicario la sacaba fuera, claro está que queria alejarla para evitar que la viese Toño.

—¿Pero cómo se compone eso con buscarla despues el conde, registrando todas las casas? observó muy oportunamente el que habia asustado á la vieja en el anterior conciliábulo. No señor, aqui hay otra cosa, porque yo por mi parte he oído, que el escudero aquel que vino ayer con aquel descomulgado perrazo....

—¡Huy! exclamó la tia Carantoña, persignándose nuevamente: ¡qué diantre de hombre! no habla sino para decir cosas tristes.

—Y aun por eso, dijo el tio Ramon, le llaman el tio Corneja. ¿Quién le manda asustar de ese modo....

—Arriba, señores, arribal sonó en esto una voz en

la puerta: el conde os concede la honra de estar presentes á su casamiento, y podeis subir ya.

—¡Viva el conde! exclamaron los lugareños.

—¡Vivan la condesa y don Toño, dijeron por su parte las hembras.

#### CAPITULO XXIV.

*El casamiento y... (aqui la crónica no quiere que adivine el lector lo que no conviene que sepa hasta el momento oportuno, y por eso hay puntos suspensivos.)*

Un momento despues estaba la sala vacia, dirigiéndose todos al oratorio, donde por ser estrecho su recinto, no cabian sino una mitad, teniendo los demás que quedarse en el rellano de la escalera. Los de atrás, empujando á los de adelante, estiraban un palmo de cuello con el fin de ver á la novia, y no siéndoles posible conseguirlo, seguian empujando mas y mas, resultando tal algarabia, que costó á los oficiales trabajo restablecer la quietud y el orden. Al fin sucedió lo que siempre acontece en semejantes casos, que es ponerse delante los mas fuertes y quedarse los débiles atrás. Estos hubieron, pues, de contentarse con oír las palabras del cura y las de uno y otro contrayente, ya que nada podian ver, reservándose para despues satisfacer su curiosidad, cuando estos casados ya, saliesen del oratorio.

El acto sin embargo merecia la pena no de oírse, de verse. El último brevaje de Laynez habia puesto á la pobre Irene poco menos que al borde del sepulcro, y al verla el conde en tal disposicion llegó seriamente á temer que la escesiva dosis propinada convirtiese en lecho de muerte el que por unos medios tan inicuos destinaba para su himeneo. Al fin cedió un tanto la fiebre que devoraba el cuerpo de la víctima... ¡la del cuerpo, no la del alma! y frenética de amor como nunca, pidió ella misma por piedad al conde pusiese fin á sus padecimientos, conduciéndola al punto al altar. La infeliz en aquellos momentos no tenia conciencia de nada sino solo de su ardiente pasion, habiéndosele borrado enteramente el recuerdo de su anciano padre, y no teniendo en su corazon latidos sino para el conde. Así, loca, estenuada, moribunda, pero hermosa á pesar de todo, porque Irene tenia que ser bella aun cuando estuviese en la tumba, colgóse del brazo del conde cuando este la dijo: ¡al altar! y apoyada en él y besándole la mano que anhelaba hacer suya, la impia mano que la asesinaba, entró en el oratorio por su pié, pudiendo decirse de ella que no la sostenia la vida, sino solamente el amor y la esperanza de la inmensa dicha que unida para siempre á su esposo creia poder encontrar.

Abrumado este entre tanto por la magnitud de su crimen, entró pálido y desfigurado, dirigiéndose al altar con Irene, al modo que el reo al suplicio. Al pasar el lindar sagrado, sintió un súbito temblor en sus miembros, y casi estuvo por retroceder; pero Irene dió un paso adelante, y siguiéndola él maquinalmente, ó cediendo tal vez al empuje del invisible espíritu infernal que le comunicaba su impulso, precipitose en el oratorio, doblando antes de tiempo las rodillas cual si le flaqueasen las piernas, y postrándose en union con su víctima á los pies del sinies-



tro vicario. Este, pálido como él y como él destrozado interiormente por la terrible voz de la conciencia, sintió que le abandonaban las fuerzas cuando vió á los dos á sus plantas. En aquel momento supremo, faltóle poco para volverse atrás del compromiso horrible contraído; pero no se sintió con valor para producir el escándalo que le era necesario arrostrar hasta llegar al arrepentimiento, y habiendo cedido el de Irache á la exigencia de la adopción, le era ya del todo imposible resistirse él á esta otra, sin atraer sobre su cabeza todo el peso de las iras del conde. ¿Estaba sin embargo seguro de poder evadirse á ellas, dada que fuese la bendición? Un infausto presentimiento le decía que su poder iba á acabar en el momento mismo en que el conde no le necesitara; pero cómo negarse á complacerle sin apresurar la catástrofe? Envuelto el cura en sus propias redes, una sola consideración le hizo cerrar los ojos á todo, y fué que cualesquiera que fuesen los proyectos alevosos del conde, tenía todavía contra ellos un arma de poder irresistible, arma de que debía usar solo en un momento desesperado; pero de éxito infalible, seguro, con solo darle el conde dos minutos para hacerle frente con ella, obligándole á implorar su compasión como imploraba su bendición ahora prosternado delante del altar.

Ignorante la concurrencia de las causas que motivaban la visible agitación del vicario, la inquietud mal disimulada del conde y el triste estado de la desposada, fijaba la vista en los tres como ansiosa de interrogarles, no siendo los soldados del conde los que menos dejaban advertir en sus miradas y en su silencio la extrañeza que les producía el espectáculo que presenciaban. La malignidad que en el hombre toma con frecuencia á su cargo explicar lo que menos comprende, atribuyó la palidez de Irene y la precipitación del enlace á causas que á poder el a caer en la cuenta de tales comentarios, hubiera allí espirado de rubor aun mas que de su triste dolencia. Para los mas de los circunstantes era aquella solemne ceremonia un acto de reparación debido al honor de la hermosa, y no un acto así como quiera, sino tanto mas necesario, cuanto tenía trazas de ser bastante posterior á su falta. Esto redobló el interés de los que discurriendo de este modo la estaban devorando con la vista, y esto les dió también explicación del extraño aspecto del conde y de la actitud del vicario, cediendo en su concepto el primero á la necesidad imperiosa de obedecer á alguna penitencia que le había impuesto el segundo, penitencia que no podía ser otra sino la de enlazarse á su amada, y de aquí la inquietud del cura en tanto que el sí del de Irache no le acabase de tranquilizar llamando esposa á la seducida, de quien era protector por lo visto aquel santo ministro de Dios, pues tal concepto merecía á todos el sacerdote que los enlazaba.

Mientras la concurrencia discurría de un modo tan distante de lo cierto, el notario, presente allí lo mismo que en el acto anterior, tomó los dichos á los desposados, diligencia innecesaria en verdad, ó al menos no del todo precisa, como no lo había sido horas antes para el sacrificio de Aldonza; pero que el conde quiso que se hiciese, ya que tenía á su disposición este medio de hacer mas solemne el enlace que tanto anhelaba. La firmeza de voz con que el de Ira-

che manifestó su libre voluntad respecto á celebrar el contrato, echó por tierra una buena parte de los malignos cálculos forjados sobre la indole de aquel matrimonio: pero al oír á la bella Irene responder á la pregunta del notario antes que este la acabase de hacer, y esto en un tono el mas encarecido de la pasión mas viva y mas frenética que muger ha abrigado jamás, volvieron oficiales y paisanos á afirmarse en su idea primitiva. Grande era por precisión la urgencia que la hija del duque tenía en ver su honor reparado, cuando tanto se adelantaba y tales extremos hacia al dar la respuesta anhelada. ¡Infeliz! Estaba demente y la suponían culpable.

El enlace era ya contrato, y faltaba que fuese sacramento. El cura recibió de Pacomio el libro de las preces sagradas, y murmurólas confusamente como quien pronuncia un conjuro, rociando luego con el hisopo al desposado y á la desposada. Concluidas las oraciones, disponiase á echar su bendición sobre los dos contrayentes, cuando mirando el cuadro de la Virgen, creyó que esta desde el altar fijaba en él sus ojos irritados, y tuvo que apoyarse en el ara para no dar en tierra consigo.

—Señor vicario, dijo entonces el conde: ved que esperamos vuestra bendición.

Lleno el cura de remordimientos pareció como que vacilaba.

—Señor vicario, le repitió Irene, ved que esperamos vuestra bendición. ¿Por qué dilatais el instante de hacerme eternamente feliz?

El cura se esforzó por obedecer á la petición de la hermosa, y sin embargo vaciló otra vez, hasta que la mirada del conde se encontró con la suya de un modo tan sangrientamente feroz, que sobrecojido de espanto, y temiendo mas á él que á la imagen, pronunció temblando la fórmula, uniendo á los dos contrayentes de una manera irrevocable, eterna, sin que el sagrado rostro de la Virgen ni otra señal adversa le indicase la temida saña del cielo que al autorizar tal enlace se había atrevido á arrostrar.

La concurrencia cuyos atentos ojos habían advertido bien clara la vacilación del vicario, dió nuevas vueltas á su imaginación para explicarse aquel incidente, y hubo de encojerse de hombros, no sabiendo á que atribuirlo.

—Y bien, dijo el cura, al de Irache, concluida la ceremonia: ¿estais vos satisfecho también?

—Señores, dijo el conde á los testigos: el acto se halla ya terminado. Dad fé de él, y guardaos el cielo.

Al decir el de Irache estas palabras, miró siniestramente á Ruy-Gomez, llevándose la mano á la barba. El cura no advirtió esta actitud, ocupado como se hallaba en desnudarse de sus ornamentos, ayudándole el sacristán. Ruy-Gomez pareció estremecerse.

—Señor, dijo una voz al conde desde el grupo de los lugareños: en el rellano de la escalera hay gente que no ha visto á vuestra esposa, y quiere tener el honor de contemplarla antes de marcharse.

—Querida Irene, dijo el conde á esta; la petición de esas pobres gentes me parece muy razonable.

Y volvió á mirar á Ruy-Gomez, reiterando la siniestra señal de llevarse la mano á la barba. Ruy-Gomez tornó á estremecerse. Aquella actitud le indicaba que debía lanzarse sobre el cura, y no sabía á que atribuir una orden tan espantosa, despues de haber



quedado amigos los dos, á lo menos al parecer, hecha la adopcion y el enlace.

—Querido esposo, dijo Irene al conde, contestando á su invitacion: yo quisiera poder obedecerte; pero desfallecen mis fuerzas, y no puedo mostrarme á nadie, si no me sostiene tu brazo.

—Dame el brazo, pues, dijo el conde, y *acabemos de una vez!* añadió, pronunciando las últimas palabras con un acento tal, que Ruy-Gomez hubo de conocer que su autor le dirigia á él aquel apóstrofe, y mas viendo su mirada siniestra y el acto nuevamente repetido de llevarse la mano á la barba. Era ya peligroso para él resistir mas tiempo la orden, y cuando asustado el vicario volvia la faz al oír la voz y al notar el ademán del de Irache, dirigióse sobre él daga en mano, arrastrándole á un corredor interior, decidido á sacrificarle. Pacomio y su hermana Gertrudis que estaban aun en el oratorio quedaron helados de espanto al ver escena tan insepada.

—¡Ruy-Gomez! ¡Ruy-Gomez! ¿qué es esto? preguntóle el cura temblando, mientras los lugareños en la escalera llenaban de vivas á Irene.

—Esto, dijo Ruy-Gomez, es cumplir una orden irresistible. Ved de encomendaros á Dios mientras alzo y bajo el puñal.

—Pero.... ¿y vuestra promesa?

—¡Padre cural no puedo ya salvaros sin perderme.

—Ved que estais en lugar sagrado.

—Mejor para ponerlos bien con Dios.

—Un momento, Ruy-Gomez, un momento. Este papel....

Y sacó temblando el escrito, cuyo original habia dado á Pacomio.

—¡Ea! acabad, dijo en voz alta el conde, afectando dirigir aquel grito á los victoreantes de su esposa, cuando su único objeto era impulsar el brazo harto remiso de Ruy.

—Ya lo ois, exclamó entonces este. No hay papel que valga. ¡Morid!

Y esto diciendo, sepultó el puñal en el corazón del vicario que se habia abrazado á sus rodillas, dejándole tendido en el suelo, lo cual no impidió que la victima se arrastrase hasta el oratorio, pidiendo venganza.

Los lamentos del ama y de Pacomio hicieron conocer al de Irache que estaba ejecutada su orden.

—Esperad, esperad, dijo entonces á la gente que se retiraba. Oígo gemidos en el oratorio y esto es una desgracia sin duda.

Y haciendo que Laynez acompañase á Irene á su cuarto, dirigióse al lugar bañado en sangre, siguiéndole los que ya se marchaban, ansiosos de saber qué era aquello.

—¿Qué es esto? dijo el conde á Ruy-Gomez, penetrando en el oratorio y afectando compasion por la victima que le habia mandado inmolar. ¡Vuestro acero teñido en sangre! ¿Habeis asesinado al vicario?

Los vecinos se estremecieron de horror.

—Señor.... contestóle Ruy-Gomez. ¿No habeis sido vos....

—¡Miserable, dijo el conde sin dejarle acabar. Tu crimen pide un pronto castigo, y vas á acompañar á tu victima.

Y sin que Ruy pudiese defenderse en fuerza de su mismo asombro, hundió á la vez el conde en su pecho

la punta de su daga hasta la cruz, dejándole privado de vida sin tener que secundar otro golpe.

—¡Bravo! dijo para sí: me he vengado, y ademas estoy libre de este otro.

Y luego volviendo la faz á los estremecidos lugareños y á los no menos absortos oficiales,

—Sed testigos, les dijo en voz alta, de este acto terrible de justicia, y de que he sido mas veloz que el rayo en castigar ese sacrilegio.

—Pacomio.... el papel.... el papel.... dijo el vicario no acabado aun, pero próximo ya á espirar.

—¡Ah! vive todavia, exclamó el conde, y tiene un papel en la mano.

Y con achaque de socorrerle, dirigióse al vicario para ahogarle y para arrebatárle el papel.

—¡Asesino! pudo aun decir el cura; pero no importa.... moriré vengado.

El conde devoró el contenido de aquel documento siniestro, y maldijo su precipitacion en vengarse tan pronto del cura, porque aquel papel aludia á otro igual firmado por él, y el cual debía presentarse al duque, si el vicario moria asesinado.

El conde se lanzó sobre Pacomio, viéndole en actitud de salir, sospechando no sin razon que su idea tenia por objeto poner tal vez en ejecucion los siniestros designios del cura.

—¡Huyes? le dijo: ¿huyes? Tú eres cómplice del crimen cometido por Ruy; pero morirás como él.

Y hundió el puñal dos veces en su pecho, deseando evitar con su muerte la revelacion que temia, llevando nuevamente de horror á todos los que estaban presentes aquel súbito y triple asesinato.

A este tiempo el altar de la Virgen hundiéndose repentinamente como si fuera por escotillon, quedando abierto en la pared un hueco que aquel tenia oculto tras sí, y asomando por él tres fantasmas cubiertos con horrible antifraz, é iguales al que el cura habia visto, blancos de la cabeza á la cintura, y negros desde esta á los pies.

—¡Gracias, conde de Irache, gracias, gracias! exclamaron los tres á una con horrenda y funebre voz: nos estaba vedado entrar aquí mientras fuese sagrado este sitio, y tú lo has regado de sangre.... tú nos has abierto el camino. ¡Gracias, conde, otra vez! gracias, gracias!

Y salieron uno tras otro con direccion á los tres cadáveres, cargando cada cual con el suyo, como lo habian hecho en la plaza los que habian salido del palacio; hecho lo cual solemne y gravemente, volvieron á meterse en el nicho, alzándose otra vez el altar y ocultándolo como antes.

Helada de pavor la concurrencia, no sabia si aquello era sueño ó era hecho efectivo y real, quedando como el conde hecha una estatua, sin poder menear mano ó pié en fuerza de su mismo espanto. El conde fué el primero en sacudir aquella pesadilla horrosa, al ver en el altar otro cuadro diferente del de la Virgen, el cuadro que él buscaba hacia tiempo y que las gentes de la poblacion creian ser la imagen de un santo.

—¡Ah! dijo, el infierno me ayuda; el infierno pone en mis manos el retrato que tanto busqué, el infierno me asegura el condado.

Y dirigióse á arrebatár la efígie en cuya posesion consistia la seguridad de su herencia, cuando advir-



tió otro cambio en el altar, sucediendo el retrato de su hermana al de aquel pretendido santo.

El de Irache no pudo resistir esta nueva é inesperada vision, mas triste y espantosa para él que todas las anteriores, y encaminóse huyendo hácia la puerta, cuando tropezó con Irene que huía de su cuarto con Laynez á refugiarse en el oratorio.

—Irene, Irene mia, ¿á donde vas? preguntóle el conde asustado.

—Esposo, esposo mio, dijo ella, fijando en él sus ojos delirantes. Defiéndeme, me quieren robar.... quieren arrebatarme á tus brazos.

—Señor, añadió Laynez, señor.... El duque de Olmedo está aquí.

—¡El duque! exclamó el conde: y bien! ¿qué importa? Su hija es ya mi muger, y llega tarde. ¿Pero quien le ha avisado lo que pasa, ó cómo ha llegado hasta aquí?

El duque penetró en el oratorio, precedido de Gavilan, que esta vez no pudo anunciarse con ladridos de ninguna especie por tener la boca ocupada como veremos á continuacion, y seguido del alcalde, la alcaldesa, el alférez, Diego y Aldonza.

A la vista de tantos objetos como á un tiempo y de tantas maneras y despues de lo demas ocurrido llamaron la atencion del de Irache, sintió este gastados del todo los resortes de su alma de hierro, y tuvo que apoyarse en la pared para no dar en tierra consigo. Los demas hacia ya tiempo que no sabian lo que les pasaba, y así apenas les causó sensacion la vista de los nuevos entrantes.

—¡Vil raptor! dijo el duque de Olmedo, fijando su mirada en el conde. ¿Preguntas quien me ha dado el aviso? Mirale, y señaló á Gavilan, el cual llevaba en la boca un pliego con el cual habia sido enviado desde la Casa de Pero-Hernandez á noticiar al duque el grave riesgo en que se encontraba su hija. ¿Preguntas quien me ha dado entrada aquí? Mirale, y señaló á Diego Perez, cuya estancia en el cuarto bajo le habia dado por la ventana la entrada que de otra manera no le hubiera sido fácil hallar, sin allanar la casa á viva fuerza. ¿Por qué no preguntas tambien cómo le pasado sin ser sentido el cordón que tenias dispuesto? El cansancio y la fatiga de los tuyos ha podido mas que tus órdenes, y la mano providente de Dios ha adormido tus centinelas. Pregunta ahora lo único que falta, quien ha libertado á esos tres que habias reducido á prision, y te responderé que los mismos que estaban encargados de guardarlos, los mismos, conde, porque tú tambien tienes traidores en tu campamento como yo los tengo en mi casa, ó sino que lo diga ese inicuo, ese Laynez que se oculta de mí, como si yo no lo supiera todo, ó no hubiera una providencia encargada de velar por tus victimas.

—Y bien! exclamó el conde con voz trémula, no pudiendo á despecho suyo darle su sonido de trueno. Y bien! ¿cuáles son los designios con que habéis penetrado aquí?

—¡Cuales! ¿Y lo puedes dudar, estando entre tus garras mi hija?

—Vuestra hija es mi esposa, señor conde.... vuestra hija no os pertenece ya.

—Irene, amada Irene, exclamó el duque, ¿es cierto lo que dice ese hombre?

—Padre, padre.... contestó ella, mirándole con ojos de loca: ¿osareis arrebatarme á mi esposo?

—Ya lo veis, dijo el conde

—Sí... ya veo, contestó el duque lleno de dolor, que vuestra victoria es completa. ¡Hija de mi alma! ¿en qué estado ha venido á ponerte ese monstruo, que no tienes en tu corazon un latido para tu pobre padre, para un padre que tanto te ama?

Aquella tierna voz, aquel acento, aquella elocuencia infinita con que el duque pronunció estas palabras, y sobre todo el llanto de sus ojos con que dándola un estrechísimo abrazo y besándola amoroso en la frente acompañó su sentida queja, parecieron volver á Irene una parte de su razon, empezando tambien la concurrencia, al ver aquella escena tiernísima, poco menos que á resucitar del estupor que hacia largo tiempo la tenia mas muerta que viva.

—Padre mio! padre mio! exclamó Irene, rompiendo en amargo llorar, y cayendo postrada á sus piés: los que crucificaron á Cristo no sabian lo que se hacian, y yo no he sabido tampoco el mal que estaba haciendo á mi padre.

Y luego, levantándose de pronto y cediendo nuevamente á su vértigo,

—Esposo, esposo mio, añadió, volviendo al lado del conde y colgándose de su cuello: esposo mio, ven.... es mi padre. No tengas celos.... le amo como á ti; pero le amo de otra manera. Ven, ven á recibir su bendicion.

—Ya lo oís, señor duque de Olmedo, se atrevió el conde á decir aun.

—Ea! acabemos contestó el duque separando á su hija del conde. ¿Dónde está ese sacerdote infernal, que ha osado enlazar con un monstruo una muger privada de razon?

—En el infierno! contestó una voz desde el fondo del altar de la Virgen: y casi al mismo tiempo cayó este, viéndose salir por el hueco no ya un fantasma como los anteriores, sino un venerable eclesiástico, cuyos cabellos blancos como la nieve parecian resplandecer con una aureola de luz, y en cuyo rostro bañado de santidad reconoció el escudero á Jaime, en tanto que el alcalde y la alcaldesa vieron en él al hombre misterioso que habia confiado á sus manos el precioso depósito de Aldonza.

A la vista de aquella aparicion, cuantos estaban en el oratorio cayeron de rodillas en el suelo, cediendo á un mismo y espontáneo impulso. Solo el conde se quedó en pié, apoyándose para sostenerse en el antepecho de la ventana.

—Hijos míos, exclamó Jaime, dirigiendo su voz dulce y suave á los que se postraban ante él. ¿Por qué doblais vuestras rodillas á los piés de un pobre mortal?

—Jaime! Jaime! gritó Diego Perez, corriendo á abrazarse con él. ¿Sois vos? ¿sois vos?

—Sí, Diego, yo soy: ¿no te dije que hay una providencia en el cielo, y que ella me volveria á tus brazos cuando determinase cumplir sus inescrutables designios?

—Sí, padre mio, sí, contestó Diego, y recuerdo bien que añadisteis: *Dios es justo y protege la inocencia, y sabrá volver á su tiempo por la causa de la justicia.*

—Y volverá no tengas que dudar. ¿Has dado al



duque de Olmedo el saquillo que ayer se te entregó?  
—Ah! perdonad señor.... mi cabeza está como fuera de sí; pero voy á dárselo ahora.

—Tu cabezal! Di mas bien, querido Diego, que las gracias de una muger han trastornado tu corazón. Sin embargo, es preciso resignarte. Yo reclamo de los padres de Aldonza el depósito que les confié. Donde está la otra mitad de esta medalla?

—Señor, dijo el alcalde, ya sabeis que el vicario me la arrebató.

—No llameis sacerdote á ese malvado: ese monstruo pasaba por tal; pero el conde de Irache que está ahí, sabe bien, como yo, que no lo era.

—¡Ah! dijo el conde dando un suspiro, y haciendo mil pedazos el papel que habia arrebatado al vicario.

—¿Entonces, dijo el duque, este enlace ha sido esencialmente nulo?

—Si, duque, contestó Diego Perez, sacando del bolsillo el documento que el cura habia entregado á Pacomio y este habia escondido en el jergon. Yo habia dilatado el decirlo, porque el triste estado de Irene bastaba á anular el enlace, y porque este papel es de tal indole que vá á espantar á los que me escuchan: mas ya que Jaime lo ha revelado todo, oid y estremecedos, señores. El conde ha hecho pedazos un papel, y ese papel es copia de este otro.

Y leyó á continuacion lo siguiente:

*«Yo el abajo firmado, confieso haber casado á la señora hija del duque de Olmedo con el conde de Irache, pero sin facultades ningunas, puesto que no soy eclesiástico, ni he recibido jamás las órdenes sagradas, siendo solo un cura supuesto, y así es nulo de toda nulidad el casamiento de la hija del señor duque, como todos los demas enlaces que sacrilegamente he autorizado desde el dia en que vine á este pueblo. Y para no morir sin venganza de la muerte que temo del conde, firmo y sello este documento, despues de dar á aquel una copia.»*

Y á esto seguia el nombre del cura, y tras él su rúbrica y sello.

Todos los que escucharon la lectura se quedaron como es de inferir, y mas habiendo entre los circunstantes diez ó doce personas casadas por el infame pseudo-sacerdote.

El conde no oyó la lectura: un vértigo espantoso que le dió, le habia hecho dar consigo en el suelo.

—¡Oh Providencial! exclamo el duque, alzando las manos al cielo. Vos me devolveis á mi hija, continuó abrazando á Diego Perez, ¿mas quién le volverá la razon?

—Dentro de ese saquillo, exclamó Jaime, hallareis acaso los medios. Ahora, Diego Perez, tú que tienes en el corazón de tu amada mas poder y ascendiente que yo, ¿unirás tu voz á la mia para que se decida á seguirme?

—Aldonza, exclamó Diego, venid, abrazad al alcalde y á su esposa, y seguid á ese sacerdote.

—Pero.... ¡y bien! dijo Aldonza: yo no entiendo....

—Id, hija mia, id, exclamó el alcalde, dándola un estrechísimo abrazo.

—Id, hija mia, dijo la alcaldesa, haciendo por su parte otro tanto, y bañándola con sus lágrimas. Id, y no os olviéis en vuestra dicha de los que con tan-

to cariño han hecho hasta ahora con vos las veces de padre y de madre.

—Id, dijo el oficial, que hasta entonces no habia desplegado los labios, lleno de asombro y de melancolia: id, y si veis en donde vais á entrar la muger que fué el angel de mis sueños, decidle que al despedirme de vos os he invocado por intercesora, para que me dé su perdon en lo que pueda haberla faltado.

—Y que yo, añadió el duque de Olmedo, tengo siempre una espada dispuesta á defender la causa del honor, de la inocencia y de la justicia.

Aldonza mas confusa que nunca, no entendiendo una sola palabra, conoció sin embargo que era fuerza ceder á la insistencia general, y dirigióse hácia el sacerdote, preguntándole:

—Y bien, señor: Diego me ha mandado que os siga. ¿Viene él tambien?

—No, respondió Jaime; pero á su tiempo volveréis á verle. Despedios de él, hija mia.

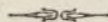
—Diego.... Diego.... A Dios: dijo ella, bañados los ojos en lágrimas, y esperando del escudero un abrazo de despedida.

—A Dios, Aldonza, á Dios, exclamó él, besándole la mano con respeto, y tendiendo sus brazos á Jaime, diciéndole: cuidadla como á hija.

Un momento despues volvió el altar al mismo ser y estado que antes, viéndose solo, en lugar del cuadro de la Santa Virgen Maria, un letrero con estas palabras:

*Conde, todavia no es tarde para reparar tus delitos. Los ruegos de tu hermana Leonor, han abogado ante Dios por ti, y su misericordia es infinita.*

El conde en aquellos momentos no pudo enterarse de nada, por continuar privado de sentido tendido sobre el cuerpo de Laynez y no lejos del de Gertrudis, que tambien parecia sin vida. El duque se alejó de aquel sitio con todos los que estaban en él, salvo Tofio que habiendo entrado el último cuando Aldonza desaparecia, quedóse sin saber lo que le pasaba, viendo rastro de sangre en el suelo y tres cuerpos tendidos en él á bastante distancia de aquella, sin que se viese señal en ellos de ser suya la sangre vertida.



Y aqui termina, como vé el lector, LA CASA DE PERO-HERNANDEZ, al menos hasta donde llega el manuscrito de que está sacada; pero yo no me puedo figurar que leyenda tan peregrina tenga un fin tan extraño como ese, dejando ciertas cosas pendientes y no habiendo explicado hasta ahora la clave principal del misterio del palacio que le sirve de titulo. Yo tengo para mí que el cronista debió de escribir (si son ciertas las noticias que he podido adquirirme) una segunda y circunstanciada parte en la cual se aclaraba todo: pero por mas diligencias que he hecho, no me ha sido posible dar con ella, á pesar de haber registrado un sin fin de bibliotecas y archivos. Los lectores de EL SEMANARIO y los de la



SEMANA PINTORESCA habrán por tanto de contentarse con lo buenamente posible, con lo que hasta aquí va contado, y si algún día llevo á dar con ella, es decir, con la parte segunda, como espero poderla hallar, estén firmemente seguros de que haré cuanto

dependa de mí por darla á luz inmediatamente, siempre que esos señores por su parte crean que merece la pena de promover una suscripción para cubrir siquiera los gastos de tintero, papel, pluma é imprenta.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPLE.



FIN